

01062



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA

DE LA HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA
AL ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA

ROBERTO FERNÁNDEZ CASTRO

ASESOR: DR. ÁLVARO MATUTE AGUIRRE



MÉXICO, D.F.

2004



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA**

Agradecimientos

Son tantas las personas a las que debo su ayuda para la elaboración de este trabajo que, en atención al orden en el cual me fueron impulsando para que finalmente se hiciera realidad, quisiera mencionar en primer lugar al Dr. Arnaldo Córdova y a los compañeros que, durante tres semestres de 2000 y 2001, leyeron y comentaron en su seminario las primeras versiones del proyecto.

Mucho es también lo que debo, personal y académicamente, al Dr. Manuel Maceiras Fafián, de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, por la hospitalidad y el tiempo que, muy generosamente, dedicó a leer el texto completo cuando ya estaba terminado pero carecía de la forma final que él me ayudó a distinguir. Quiero incluir también aquí a los doctores Carmen Segura Peraita, Juan Manuel Navarro Cordón y Tomás Calvo, de la misma Universidad, quienes aceptaron el riesgo de recibir en sus cursos de filosofía a un estudiante de historia, encaminándome así en el análisis de textos filosóficos.

Agradezco también muy sinceramente a la Universidad Nacional Autónoma de México. Mis estudios de Maestría en Historia de los cuales es resultado esta tesis, así como la elaboración de otros trabajos paralelos y un proyecto doctoral que hoy puedo decir que está en curso, no habrían sido posibles sin el otorgamiento de dos becas de la Dirección General de Estudios de Posgrado de la UNAM, la primera para realizar los estudios de maestría entre marzo de 2000 y enero de 2002, y la segunda para asistir como alumno visitante a la Universidad Complutense de Madrid entre octubre de 2001 y julio de 2002.

Debo mencionar además a los lectores que de manera más directa contribuyeron para hacer de esta tesis un trabajo decoroso. Al doctor José Rubén Romero por su confianza, primero como coordinador del Programa de Maestría y Doctorado y después como comentarista del texto. A los maestros Rosa Camelo y Javier Rico Moreno por su generosidad y paciencia al ayudarme a corregir errores e inexactitudes. A la doctora Evelia Trejo por la amistad y el aprecio de ya varios años y por todos los trabajos que se ha tomado en entender mis preocupaciones. Y por último al doctor Álvaro Matute, porque no sólo sus escritos están en el origen de este trabajo, también el tiempo y la disposición que ha tenido para escucharme.

Así mismo, agradezco a los estudiantes de los cursos de Historiografía y Teoría de la Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México durante los semestres de 2002 y 2003, por haberme dado la oportunidad de poner a prueba algunas de mis ideas, aunque ello les haya significado tener que sufrir también mis obsesiones con la historia de la historiografía.

Por último quisiera mencionar a los amigos que, sin estar siempre pendientes, han creído en mí y en lo que hago. Gracias también a mis padres Luis y Rosa, a mis hermanos Marina, Luis y Angélica por todo lo que me han enseñado; a Magdalena por haber aceptado estar conmigo siempre, y a mi pequeña Pilar por ser ahora mi mayor alegría. Junto a ellos se encuentran ahora Dietmar Essen (†2000) y Alfredo Ramírez Juárez (†2003), para mí, dos ejemplos de lo que puede ser una vida auténtica que no quiero olvidar.

Índice

Agradecimientos.....	1
Introducción general.....	4

Primera Parte

La historia de la historiografía

Introducción.....	10
1. La historia de la historiografía.....	11
2. El mundo del historiador y el desarrollo positivo de la historiografía.....	22
3. La historia de las ideas historiográficas y el historicismo.....	32
4. La historia de la historiografía en México.....	47
5. La importancia teórica de la historia de la historiografía.....	75

Segunda parte

El análisis historiográfico

Introducción.....	86
6. Prolegómenos del análisis historiográfico.....	87
7. Semiótica y semántica de la historiografía.....	103
8. Poética de la historia.....	123
9. Historicidad de la operación historiográfica.....	138
10. Escritura y lectura de la historia en México.....	166
Conclusiones.....	182
Bibliografía.....	187

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: RODRIGO IBARRA

CASTAÑO

FECHA: 06 / 01 / 2004

FIRMA: RLI 23.

Introducción

La idea tan superficial que con frecuencia se tiene acerca de lo que la historia de la historiografía pueda ser ha hecho posible que sólo en muy contados casos se atienda a su importancia, su forma y sus posibilidades teóricas. Y es que el tema parece tan obvio, que la actitud de indiferencia que la mayoría de los historiadores han guardado hacia él puede ser al menos comprensible, aunque no justificable.

Los largos años de tradición historiográfica mexicana han llevado consigo de manera inevitable a una reflexión sobre sí misma, sobre su identidad y también sobre su propia historia. Si bien es cierto que se sigue echando de menos una historia general de la historiografía mexicana, lo que se ha escrito al respecto es mucho; no poco de lo cual, con toda justicia, puede calificarse de calidad.

Pero así como el estudio de la historia de la historiografía conduce en repetidas ocasiones a preguntar por la naturaleza verdaderamente historiográfica de un texto, también la teoría permite y obliga a preguntar por la naturaleza de aquellos textos que tratan de su historia, de la historia de la historiografía, saber si todos ellos son historias o es que acaso la historia de la historiografía es historiable de otra manera.

Tal vez pudiera trasladarse aquí la tesis que sirve a Reinhart Koselleck en su teoría de los tiempos históricos y partir también de que los "acontecimientos" sólo se pueden narrar y las "estructuras" sólo se pueden describir. Si nos encontráramos entonces ante una narración de acontecimientos historiográficos estaríamos hablando de una historia de la historiografía, y por lo tanto nuestra otra única opción sería la descripción de estructuras historiográficas. ¿Pero si

efectivamente una descripción de estructuras historiográficas deja de ser historia de la historiografía qué es entonces? ¿Acaso análisis historiográfico? Esto deja pendiente todavía el saber si la historiografía posee algo caracterizable como estructura y cómo sería ella en tal caso, de qué elementos se constituiría.

La historia de la historiografía ha sido definida de los modos más diversos y hasta contradictorios. En principio parecería sencillo afirmar y sostener que se trata de la historia de una ciencia, de la historia de la ciencia que se ocupa del estudio del devenir humano en el tiempo, por ejemplo. Sin embargo, aún dejando en paz la problemática de su cientificidad, se advertiría lo difícil que es resolver lo relativo al dominio de sus objetos, de sus acontecimientos, de sus fenómenos.

Es precisamente aquí donde interviene el análisis historiográfico, cuyo concepto se ha empleado para referirse, no al análisis histórico, sino a aquello que en el siglo XIX se conoció con el nombre de "crítica histórica" o "crítica historiográfica", es decir, el comentario o estudio a fondo de lo expresado en los libros de historia, otorgándole el mismo sentido que al concepto de crítica literaria.

Pero la actualización que los dos conceptos reclamaron para finales del siglo XIX y principios del XX fue, básicamente, el de historia de la historiografía. Aunque el análisis historiográfico, tal como se conoce más recientemente, tiene orígenes relacionados con un tipo de estructuralismo cuya primera desventaja consiste en confundir al análisis historiográfico con la historia de la historiografía o en hacer de aquel el método estructural de ésta.

Naturalmente es ésta una cuestión determinada por el modo mismo de comprender lo que es la historiografía. Los "giros" lingüísticos, "hermenéuticos", "literarios" y "semióticos" que se han intentado en la historiografía durante la

segunda mitad del siglo XX le han impreso un nuevo sesgo a las cuestiones de la teoría de la historiografía, entendidas como una forma de auto-descripción que también se confunden con las que serían más bien propias de la historia de la historiografía.

La cuestión es que la historia de la historiografía debiera ser estudiada como la necesaria introducción a la historiografía, porque sólo el relato de su historia puede decirnos lo que la historiografía sea; y sólo ella misma es la más completa expresión de su temporalidad. Precisamente por eso la primera tarea que parece necesaria es el examen crítico de las interpretaciones que hasta ahora se han dado o las que han servido para definir a la historia de la historiografía. Según creemos, éste tendría que arrojarnos como resultado los elementos necesarios para volver sobre la historia de la historiografía y develar su más auténtico modo de ser.

La primera parte del presente trabajo trata, por tanto, de las diversas maneras como se ha querido caracterizar o llevar a cabo la historia de la historiografía, desde la que parece ser su más temprana aparición en el siglo XIX (aunque también se encontrará la opinión acerca de su nacimiento desde el siglo XVIII) hasta fechas más recientes. Es comprensible que la mayor atención se ponga en la suerte que ha tenido dicha labor en México gracias a reflexiones originarias o importadas, no sólo porque la familiaridad permite una representación más amplia, sino también porque a pesar de tratarse de un tema teórico, lo más aconsejable es buscar la universalidad desde el ámbito particular propio, que si bien puede parecer limitado por alguna omisión, basta para hacer lo que aquí se pretende.

La segunda parte del trabajo está destinada a las aproximaciones, los proyectos y las propuestas que desde la semiótica, la semántica, la poética y la hermenéutica se han hecho para estudiar la escritura y lectura de la historia, o sea el binomio de acción comunicativa en el que, en principio, parece consistir el análisis historiográfico actual. Eso no quiere decir que la historia de la historiografía desaparezca de esta parte del estudio, al contrario, como se verá, el análisis historiográfico no es ni la opción estructural de aquella ni su método, sino su tarea primordial.

El objetivo que persigue este trabajo es aclarar la naturaleza de la historia de la historiografía y del análisis historiográfico, así como la relación que existe entre ambos, para luego poder avanzar en la descripción de las etapas constitutivas de la operación historiográfica, en su descripción formal como discurso, tanto desde el punto de vista ético como estético, y finalmente en su comprensión como movimiento histórico temporizado. En eso consiste la ventaja del método de fenomenología hermenéutica que propongo como el más adecuado para abordar la cuestión, porque permite trasladarse desde los acontecimientos en su superficie hasta la verdadera facticidad de la historiografía como fenómeno que se ofrece a la conciencia.

Para aplicarlo es necesario determinar entonces otros rasgos particulares del análisis historiográfico, entendiendo por éste, el examen que ha de llevarse a cabo de la historiografía en su conjunto. Este examen se precisa porque, conviniendo con una de las ideas clave de la hermenéutica filosófica contemporánea, el sentido de un texto, historiográfico en este caso, no se revela

de un modo inmediato a sus posibles lectores, sino sólo gracias a la realización de una tarea interpretativa.

Y aquello a lo que llamo historia de la historiografía no es sino la *historia* que se sigue desde que un texto de tema histórico es *creado* por su autor hasta la *recepción* activa de su lector postrero; como polos de una *acción comunicativa*. Es así como el análisis historiográfico se incluye en la historia de la historiografía, porque su acción sólo se da históricamente. De este modo se enfrenta el problema de cómo un análisis fenomenológico de la operación historiográfica puede ofrecer una resolución a sus cuestiones epistemológicas desde la historiografía misma y no ya desde fuera.

Se ha desestimado el hecho de que, en última instancia, *la operación historiográfica es experiencia histórica* suscitada por el voluntario movimiento *rememorador de la conciencia en el tiempo*, y que como tal no debe ser analizada sino como una *acción en situación*, en una determinada situación hermenéutica, llegando hasta las condiciones de posibilidad de aquello que significa comprender históricamente. No puede ser otra la contribución a la que aspire el análisis historiográfico, cuando menos desde el punto de vista de la hermenéutica fenomenológica.

Sin embargo, este último propósito corresponde ya al estudio de la fenomenología del análisis historiográfico hasta el cual no se llega aquí, sólo queda dicho en lo que pueda valer para entender el sentido y la metodología del presente trabajo. Él corresponde a una primera etapa *historiográfica* que le sirva de cimiento a la ulterior elaboración de dicha fenomenología del análisis historiográfico.

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA

Introducción

Supongamos que creyésemos a Benedetto Croce en su idea de que la Historia como actividad de los hombres no tiene un comienzo histórico sino ideal. Aún así, su trayectoria ideal sólo podríamos conocerla trazando y partiendo desde una construcción histórica. Y lo mismo podría decirse de la historia de la historiografía. Ciertamente que no nos interesa quedarnos en lo puramente factual, puesto que le damos un sentido al acto de investigar cómo se ha hecho la historia de la historiografía, pero en todo caso el comienzo y la trayectoria ideal sólo se expresan y al mismo tiempo sólo son lo que se nos ofrece en una narración.

Así, aunque esta primera parte no cuenta la historia de cómo se ha hecho historia de la historiografía, sí proporciona algunas hipótesis acerca de cómo, cuándo, e incluso dónde comenzó a hacerse. En este caso, la preocupación por los orígenes no va más allá de querer situar a la historia de la historiografía que hoy nombramos; un resultado histórico que sólo pertenece a las academias de investigación e institutos de educación modernos, cuyos miembros creyeron llegado el momento de hacer la historia de su profesión. Una historia en la que, desde luego, el que menos se da cuenta de las transformaciones que le son propias es el sujeto que conoce, ocupado como está con sus objetos.

Naturalmente, esto no implica olvidar que la historia de la historiografía pertenece a un fenómeno de la mayor importancia, el de la conciencia humana que se vuelca sobre sí misma para preguntar cómo piensa su pasado, ya no sólo históricamente, sino incluso tradicionalmente. Es decir, el problema de la memoria y sus modos de ser.

La historia de la historiografía

De acuerdo con Harry Ritter¹, a pesar de que el uso técnico de la palabra historiografía —como término especializado para el estudio de controversias históricas— es muy reciente, la idea de estudiar históricamente la erudición historiadora no es nueva. Por ejemplo, Polibio había examinado y criticado ya los trabajos previos de historia romana, y a su vez los historiadores del renacimiento habían estudiado a los historiadores griegos y romanos clásicos desde el punto de vista histórico. Más tarde, Lancelot Voisin de la Popelinière publicó su *Histoire des histories, avec l'idée de l'histoire accomplie*, y ya a finales del siglo XVIII se habían realizado esfuerzos para reunir algo más que listas cronológicas de autores y títulos.

Fue hasta principios del siglo XIX cuando historiadores alemanes de la Universidad de Gotinga, como J.G. Gatterer, August L. Schlözer, Friedrich Ruhs, Friedrich Creuzer y sobre todo Ludwig Wachler, hicieron cristalizar la idea de una historia analítica y crítica de la erudición histórica. Aunque tras la publicación de la *Geschichte der historischen Forschung und Kunst seit der Wiederherstellung der literarische Kultur in Europa* (1812-1820) de Wachler, hubo que esperar hasta 1885 para que Franz X. von Wegele publicara su *Geschichte der deutschen Historiographie seit dem Ausreten des Humanismus*, según Charles Olivier-

¹ *Dictionary of concepts of History*, New York, Greenwood, 1986, 490 pp. (Reference Sources for the Social Sciences and Humanities, 3), p. 189.

Carbonell² los historiadores alemanes no cesaron de interesarse por la historia de la historiografía durante todo el siglo XIX.

Y es que según Carbonell, aunque “confusamente”, la historia de la historiografía había nacido en la Alemania de la Ilustración, porque ya en 1757 C.M. Wieland había profesado un curso que en 1891 se publicaría bajo el título de *Geschichte der Gelehrtheit*, y J.A. Fabricius le había consagrado a la historia de la historiografía su última obra, un “esquisse”: *Abriss einer allgemeinen Histoire der Gelehrsamkeit (1732-1754)*.

Pero Ritter y Carbonell son de los pocos que han ido más allá del siglo XIX para situar el nacimiento de la historia de la historiografía. Cuando José Luis Romero publicó en 1944 la traducción al español de las *Consideraciones sobre la historia de Francia* de Agustín Thierry, en su estudio preliminar afirmó que el historiador francés había dibujado ahí, con cierta precisión, lo que hacia fines del siglo XIX aparecería como una nueva rama de las ciencias históricas y se conocería con el nombre de historia de la historiografía o historia de la ciencia histórica.³ La obra de Thierry había visto la luz por primera vez en 1840.

En 1943, también en Buenos Aires, Rómulo D. Carbia y Juan F. Turrens habían publicado la versión en español del volumen que, en su *Storia della letteratura universale (1883-1885)*, el conde Ángel de Gubernatis dedicara a la historia de la Historia. El prólogo de Carbia dio espacio al cotejo de la obra con lo

² “Pour une histoire de l'historiographie”, *Histoire de l'historiographie*, número 1, 1982, p. 7-25.

³ Agustín Thierry, *Consideraciones sobre la historia de Francia*, traducción de Nélida Orfila, estudio preliminar de José Luis Romero, Buenos Aires, Editorial Nova, 1944. 218 pp. (Serie los historiadores ilustres) p. 8.

que le había precedido y con mucho de lo que había aparecido después sobre el mismo tema. Junto a lo que “no merecía honor”, por supuesto destacaban los nombres de Benedetto Croce, Eduard Fueter, George P. Gooch y Louis Halphen, aunque decía también de los tiempos precedentes:

Cuando menos desde el siglo XVIII, se han realizado diversas tentativas encaminadas a ofrecer un cuadro sincrético del proceso seguido por la producción historiográfica. Con una meta común en tal objetivo, las ha habido de todo volumen: desde las simples listas de obras, que no iban más allá de los límites de un nomenclador o de un catálogo sistemático, hasta los verdaderos ensayos de valoración testimonial.⁴

De tal forma quería hacer justicia a lo escrito por fray Jacinto Segura y por P. H. Schüz en aquel siglo, así como a aquello que de Christian Wolf, Ludwig Wachler y Leopold von Ranke pertenecía al siglo XIX, hasta volver al XX con los mencionados Croce, Fueter y Gooch, además de numerosas y plausibles monografías menores que resultaba ocioso enumerar, porque Arnaldo Momigliano y Carlo Antoni ya las habían registrado en el tomo XXXII de la *Enciclopedia italiana* el año de 1936.

El punto de la discusión para Rómulo D. Carbia se centra en dos imperativos que parecen estar en los orígenes de la historia de la historiografía y que conviene no perder de vista: el del servicio a la función docente, y por tanto, el de hacer una historia general de la historiografía. En consecuencia, la obra de Croce podía descartarse porque no valía para iniciarse en el conocimiento historiográfico, sino más bien para coronarlo con “la cumplida intelección

⁴ Ángel de Gubernatis, *Historia de la historiografía universal*, prólogo de Rómulo D. Carbia, epílogo de Juan F. Turrens, con ampliaciones, notas y enmiendas de ambos, Buenos Aires, Ediciones C.E.P.A., 1943. 316 pp., p.12.

conceptual". Las obras de Fueter y de Gooch, en cambio, como el resto de las monografías, estaban circunscritas a un sector cultural o de lengua, o a una parcela de tiempo o de región. Sólo De Gubernatis acometía el fenómeno total del desarrollo historiográfico en el tiempo y en el espacio, enfrentando a cada historiador "un poco goloso de vivirlo como tal y de gustarlo" desde el punto de vista de lo literario y de lo histórico, y aunque se podía discrepar con sus juicios, era innegable que hacía sentir a cada historiador.

La nota de Carbia era, por supuesto, definitiva en este último sentido. Por lo tanto, atendiendo a la fecha de aparición de la obra de De Gubernatis, Carbia coincidió con lo dicho por José Luis Romero y —como veremos más adelante— con las opiniones vertidas por Benedetto Croce y James T. Shotwell en cuanto a que la historia de la historiografía había hecho su aparición a fines del siglo XIX. Lo que no quedaba resuelto ahí era por qué las historias generales de la historiografía habían sido muy escasas desde su misma aparición y en todas las latitudes⁵, ni tampoco en qué medida eran o debían ser las historias de la historiografía parte de la historia de la literatura.

Las razones circunstanciales de la escasez de historias generales son diversas. En parte, las biografías de historiadores, las revisiones críticas de filosofías de la historia, las investigaciones acerca de lo historiado sobre un tema u objeto específico (como las mencionadas *Consideraciones* de Thierry por ejemplo)

⁵ Según Charles-Oliver Carbonell, *op. cit.*, es posible encontrar las referencias precisas de las primeras obras o artículos consagrados por historiadores franceses, italianos, holandeses, rusos, daneses, norteamericanos, alemanes y alsacianos a la historia de la historiografía en la obra de Charles-Victor Langlois, *Manuel de bibliographie historique*, Paris, 1901-1904, 2 volúmenes.

y hasta las bibliografías comentadas sirvieron para llenar el hueco, aunque de manera dispersa e insuficiente. A lo anterior había que agregar el hecho de que las primeras historias habían sido escritas desde una perspectiva entusiasta por los avances de la ciencia y el progreso. No por casualidad los primeros trabajos se habían dedicado sobre todo a la parte “moderna” de la historiografía; mientras que los estudios literarios y filológicos de las obras históricas de la antigüedad formaban parte de los programas universitarios de Estudios Clásicos.⁶

Precisamente en la década de los años cuarenta del siglo XX, cerca de nosotros, tuvo lugar un interesante diálogo entre quienes se interesaban en responder al por qué de la existencia tan reciente de la historia de la historiografía. James T. Shotwell por ejemplo, pensaba que la razón principal era que la historia había sido considerada, por lo general, como una rama de la literatura. Los historiadores eran colocados como maestros de estilo o de imaginación creadora junto a poetas y dramaturgos, en vez de considerárseles como simples historiadores, con un arte y una ciencia propios. Como parte de la literatura, Clío no había podido escribir su propia historia, porque el redescubrimiento del pasado era ciencia y arte a la vez.⁷

A esto, Ramón Iglesia respondió con una opinión “diametralmente opuesta”. Según él, uno de los pecados más grandes cometidos por la historia “científica”, era el de haber venido estorbando hasta hacía poco el que se escribiera la historia de la historia. Si la historia “progresaba”, poco podía importarnos su pasado. Las

⁶ *Idem.*, p. 10.

⁷ James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, traducción de Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. 430 pp. (Sección de Obras de Historia). p.15.

obras de los historiadores sólo interesaban por los datos que de ellas pudieran obtenerse para incorporarlos a nuevos textos que anularan a los primeros, haciendo sólo por cortesía y por seriedad científica la “cita” del texto histórico.⁸

Rómulo D. Carbia fue menos condescendiente con Shotwell. A su parecer, sabiéndose bien que historia no podía ser sinónimo de pasado ni de historiografía, ésta era sólo la composición literaria. La conclusión era que Shotwell se enredaba en una explicación que nada clarificaba y todo lo enturbiaba. Su libro era más una noticia crítica acerca de lo que se sabía del pasado humano que una historiografía propiamente tal, concretándose al proceso por el cual pasan el concepto y el contenido de la historia. Por eso entre las ampliaciones, notas y enmiendas que Carbia y Turrens hicieron al texto de De Gubernatis estuvo la modificación del título. El original de *Historia de la Historia* fue sustituido por el de *Historia de la historiografía universal* para ponerlo “a tono con la época” y actualizarlo.⁹

La raíz del problema no es tan simple como para poder dar la razón a alguno de ellos. La distinción de Carbia entre historia e historiografía era justa, en tanto que tomaba en cuenta los progresos científicos de su época. Pero la confusión provocada por Shotwell era deliberada, como conocedor que era de los historiadores antiguos y del hecho de que para ellos, *historia* había sido, en primer lugar, el concepto propio para el relato del pasado. Por eso Ramón Iglesia era

⁸ Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, 2a. ed., prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 328 pp. (Sepstentas, 16) p. 41.

⁹ Ángel de Gubernatis, *op. cit.*, p.7.

menos quisquilloso a este respecto, desde el momento mismo que hablaba de una "historia científica" y no de una historiografía científica culpable.

Pero por cierto que la opinión vertida por Iglesia tampoco era tan exacta. Precisamente la generalización llevada a cabo para emplear de preferencia el término de historiografía en lugar del de historia para referirse al trabajo del historiador, fue un signo de cómo la historiografía científica trató de definir sus conceptos propios, y la historia de su disciplina podía servir como otra prueba de su progreso. Ésta pudo ser una razón más para la "flexibilidad" de Iglesia en los conceptos.

¿Pero cuál fue entonces el sentido de lo escrito por Ángel de Gubernatis en relación con lo que Carbia y Turrens pensaron? Cuando él escribió, se opuso abiertamente a los críticos contemporáneos que pretendían tratar a la historia como una ciencia física. La certidumbre en la historia —decía—, es más bien un deseo que una realidad, al tratar de establecer leyes históricas siempre se incurrirá en errores de interpretación. Para llegar a ser un buen historiador, además de una vasta cultura era necesaria la doble capacidad crítica y artística, pues el verdadero historiador se encontraba entre el árido erudito y el filósofo de la historia, por lo común metafísico. Es él quien estudia una serie distinta de hechos, los indaga, los expone en una forma evidente, fascinadora, dramática, los colorea en el lugar y en el tiempo, los coordina, y con la guía de un buen sentido no vulgar los explica, obteniendo cuando sea necesario, enseñanzas civiles y morales. Este era siempre el mejor modo de escribir historia.

De ahí que De Gubernatis no temiera afirmar que “la historia es, quizá, la más ideal y rica de todas las disciplinas literarias.”¹⁰ Recibía luz de todas partes y a todas partes llevaba su propia luz, ninguna ocupaba tanto tiempo y espacio, ni era universal y particular al mismo tiempo, estudiando la especie y el género, investigando, narrando y aleccionando en la forma de vivir. La genealogía y la tradición doméstica le habían dado inicio, después había atravesado la tradición popular de las leyendas y los mitos para llegar a la crónica, pero sólo tomaba el verdadero nombre de historia cuando uno o más criterios superiores la dominaban, pudiendo ser éstos: artístico, patriótico, civil, filosófico, teológico, moral, psicológico o humanitario.

Fue sobre todo esto último lo que Carbia y Turrens trataron de corregir en el libro de De Gubernatis, señalando que la historiografía no había comenzado sino hasta cuando la búsqueda erudita previa a la composición literaria se había convertido en condición necesaria al relato histórico para los griegos. En las formas literarias anteriores, aunque similares, sólo existía aquella en estado larval. Es decir, lo que realmente marcaba la diferencia, el verdadero criterio superior, era y debía ser el de la ciencia.

Ya en el siglo XX, la historia del suizo Eduard Fueter fue más severa en los preceptos y por tanto en la selección.¹¹ No quería tratar específicamente ni la historia de la filosofía de la historia, ni la de las investigaciones o la de la crítica eruditas. Las historias de las teorías históricas y del método histórico sólo eran

¹⁰ *Ibid.*, p. 17.

¹¹ Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, traducción de Ana María Ripullone, Buenos Aires, Editorial Nova, 2v.

consideradas cuando parecían haber influido en el desenvolvimiento de la historiografía. De los cambios ocurridos en los tiempos modernos en la concepción de la historia sólo se señalaban aquellos que hubieran tenido expresión en las obras de los historiadores. La historia de la didáctica histórica y Jean Bodin, muy a pesar de su importancia, también quedaban fuera. En suma, tomando en cuenta que en muchos periodos la teoría y la práctica habían seguido caminos diferentes, como en el caso de la historiografía antigua, por ejemplo, ésta no se comprendía bien sino examinando en sí mismas las obras de los historiadores.

Fueter sólo quiso tratar de manera detallada a los iniciadores y pensadores originales, pero como la historia de la historiografía no debía ser un diccionario de historiadores, tendía a tratar todas las direcciones principales, más bien que a todos los historiadores principales. Con esto, las fluctuaciones por las que hubiesen pasado los historiadores en lo personal y en sus obras también quedaba fuera, tal asunto había que abandonarlo a los biógrafos y a los especialistas.

Entre sus reglas a seguir, Fueter mencionó también que, habiendo algunos eminentes historiadores que sólo pertenecían a la historia de la historiografía por un reducido número de obras, él se había permitido considerarlos sólo como autores de éstas, así como en otros casos examinaba únicamente las que eran realmente históricas o las que concernían al perfil de historiador de sus autores. Digno de mencionar es el hecho de que estas reglas incluían el tomar en cuenta los lugares de publicación de las obras en cierta época, cuando ello permitía juzgar la naturaleza y tendencia de un libro.

El final de su advertencia preliminar Fueter lo dedicó a menciones bibliográficas para lo que no trataría o en lo que no abundaría. La mayoría eran en

lengua alemana, destacándose Ludwig Wachler. Algunas eran útiles historias de la literatura francesa e inglesa en su propio idioma, y desde luego la obra de George P. Gooch, que venía a completar su exposición, porque hablaba de muchos historiadores que no tenían lugar ahí, y además trataba con tanta amplitud la historia de las investigaciones como la de la historiografía. Ya por último, el esquema "Intorno alla storia della storiografia" que Benedetto Croce había publicado en mayo de 1913 en su revista *Critica*, extraordinariamente espiritual y sugestivo de una historia de la historiografía antigua y moderna, pero desde el punto de vista de la filosofía de la historia.¹²

El elogio no pudo ser más expresivo, cuando Fueter lo escribió, el hondo influjo de la historia de las ideas a la manera germana ya había cuajado, a pesar de que todavía tenía mucho por recorrer el problema de la filosofía de la historia posthegeliana, es decir, el problema del historicismo. De hecho, Fueter en su historia también había puesto ya la mirada sobre todo en las ideas y dejado fuera la historia de las investigaciones.

La historia de la historiografía no nació pues sólo como historia de la ciencia histórica, también como historia literaria y de ideas, sólo que apareció justo en el

¹² Lamentablemente, la traducción de la obra de Fueter no advierte ni el año ni el número de edición del original alemán del que fue traducido. Croce y Gooch, al escribir entre 1912 y 1913, ya citaban el reciente libro de Fueter de 1911, pero puesto que Fueter los menciona a su vez en la edición que apareció en español, es posible suponer, siguiendo a Carbia, que esas dos últimas referencias hayan sido añadidas desde la versión francesa de Emile Jeanmarie en 1914, anunciada con notas y adiciones del autor.

momento en que el antiguo¹³ nombre de historiografía cambió su tradicional significado de arte de escribir historia por el más “moderno” de ciencia de la historia. No es posible ser concluyente acerca de la fecha exacta de nacimiento de la historia de la historiografía, y en todo caso es lo de menos. Más importante parece ser el hecho de poder identificar cuáles pudieron ser las situaciones que dieron lugar a ella: Completar el cuadro de la historia de la literatura o separar de ella a la historia de la historiografía para destacar su especificidad científica, escribir una historia general de la historiografía que sirviera a la formación de historiadores, e incluso, distinguir entre idea e investigación historiográficas como objeto de dos historias distintas.¹⁴

¹³ La historia del concepto de “historiografía” exigirá por sí solo un trabajo que tomara como punto de partida a la investigación filológica. A diferencia del concepto de historia, que ha sido estudiado muy bien en este sentido, incluso algunos diccionarios especializados se conforman con ofrecer como significado de historiografía el arte de escribir historia o el comentario de los libros de historia y los historiadores. Parece haber sido Flavio Josefo (siglo I a.C.) quien escribió por primera vez ἱστοριογραφία en su tratado histórico-filosófico *Contra Apión* para nombrar a la escritura histórica. Y fue Dionisio de Halicarnaso (mediados del siglo I a.C.) quien utilizó por primera vez en *Acerca de Tucídides* la palabra ἱστοριογραφῆω para llamar a la historia escrita, mientras que los seguidores de su escuela utilizaron ἱστοριογραφικός, ἱστοριογραφική e ἱστοριογραφικόν para referirse al arte de escribir historia o arte histórica. Sin embargo, ya Polibio de Megalópolis (siglo II a.C.) había empleado ἱστοιογράφος para nombrar al que escribe historias. Cfr. Henrico Stephano, *Thesaurus Graecae Linguae*, vol. V, post editionem anglicam novis additamentis auctum, ordíneque alphabetico digestum tertio ediderunt, Carolus Benedictus Hase, Guilielmus Dindorfius et Ludovicus Dindorfius, Graz, Austria, Akademische Druk und Verlagsanstalt, 1954.

¹⁴ Agradezco al maestro Javier Rico Moreno las reflexiones sugeridas para mejorar este primer capítulo.

El mundo del historiador y el desarrollo positivo de la historiografía

Como ha quedado dicho, a finales de la década de los años treinta del siglo XX, James T. Shotwell pensaba que la razón principal por la cual la historia científica de la historia no había sido escrita, era porque se le consideraba, por lo general, como una rama de la literatura, cuando en realidad, a los historiadores debía vérselos simplemente como eso, como historiadores con un arte y una ciencia propios, puesto que el descubrimiento del pasado era arte y ciencia a la vez.

Claro que creía en el progreso científico de los estudios histórico, pero con razón Ramón Iglesia resaltaba el lado humano de su visión, porque para Shotwell la historia de la historia tenía más de exigencia que de invitación, ella era el relato del ahondar de la memoria y la curiosidad científica que daba la medida de nuestra conciencia social y de nuestra vida intelectual.¹⁵ A él en su historia —dice—, le interesan los historiadores, sus métodos, sus materiales y sus problemas, y no los “hechos históricos” mismos, sino únicamente cuando el historiador se había ocupado de ello, y aquí, de preferencia importaba su manera de tratarlos. Es entonces cuando busca restituir a la historia su sentido más genuino, como la obra del historiador, pues es la *actitud* adoptada respecto al hecho la que determina en última instancia si ha de ser considerado como histórico o no.

¹⁵ James T. Shotwell, *op. cit.*, p.16.

Sin embargo, su argumento parece debilitarse cuando dice que esto consiste en ver las cosas en relación con otras, tanto en el espacio como en el tiempo, pero lo único que trata de poner en claro es que los hechos históricos son los que conforman la gran corriente de relaciones mutuas que es el tiempo. La biografía, por ejemplo, si sigue el camino trazado, puede ser historia, pero no así la investigación erudita, porque esta no permite ver a los hechos y vidas de personajes históricos como parte del proceso de que forman parte, en ella no adquieren sentido, porque no se les puede ver en acción, mientras que el historiador sí es capaz de poner en marcha "la gran maquinaria de los hechos".

A pesar del concepto de historia al que llegó Shotwell, estuvo plenamente convencido de que la historia de la historia científica desde los griegos hasta nuestros días debía de ser el hilo conductor de su relato, por eso pensaba que, en conjunto, casi nada había que aprender de las antiguas interpretaciones de la historia, las cuales, no eran de utilidad para nuestras propias interpretaciones, porque ahora, esta historia científica, inhumana casi en su fría imparcialidad, reconstruía con infinita precaución el roto mosaico del pasado, no para enseñarnos lecciones ni para entretenernos, sino simplemente para cumplir la demanda del espíritu científico empeñado en encontrar la verdad y exponerla.

Esto explicaba el abismo que separaba al explorador científico de hoy de un Herodoto, por ejemplo, pues aquel podía descubrir más historia en los montones de desperdicios enterrados en el desierto que la que pudiera haber obtenido el más grande viajero de la antigüedad de boca de los sacerdotes de Tebas.¹⁶

¹⁶ *Ibid*, p.23 y 35

Como quiera que sea, a pesar de su excesiva confianza en la historia científica y sus auxiliares, Shotwell resumió una forma de hacer historia de la historiografía que sería bastante cultivada, tomando como punto de partida al historiador. Aunque sería la historia de las ideas la que más contribuiría en este sentido, impulsada sobre todo, por la atención prestada a la polémica despertada por el historicismo en los primeros años del siglo XX.

Es posible, por otro lado, que en la mayoría de los historiadores de la historiografía que aceptan implícita o explícitamente la existencia de una ciencia histórica esté presente cierta confianza en su progreso, a tal punto que la historia de la historiografía viene a ser la historia de esta continua marcha hacia mejor, pese a los "obstáculos" que se le puedan presentar. Es este el caso de George P. Gooch en su historia de cómo el mundo se fue "preparando" para la ciencia histórica en su "auténtico" crecimiento, acechada por "peligros nuevos y no menos formidables" de los que se le presentaran antes de superar su era teológica.

El mundo tuvo que esperar hasta el siglo XIX, la época del segundo Renacimiento, para conseguir la libertad de pensamiento y de expresión, la penetración en distintas épocas y la juiciosa ecuanimidad de las que depende la ciencia histórica.¹⁷

¹⁷ *Historia e historiadores en el siglo XIX*, traducción de Ernestina Champourcin y Ramón Iglesia, México, FCE, 1977, 607 pp. (Sección de obras de historia), p. 589. Por otro lado, cabe advertir, como lo hace Harry Ritter, *op. cit.*, p. 190, que en su prefacio de 1913 a esta obra suya, Gooch adoptó la muy alemana expresión de "el desarrollo de la moderna historiografía", que durante, o inmediatamente después de la Primera guerra mundial fue sustituido en Inglaterra y Estados Unidos por el término especializado de "historiografía", sólo hasta después tomado como la abreviatura de "historia de la historiografía".

El campo de la historia se había ensanchado gradualmente hasta incluir todos los aspectos de la vida humana. Aun cuando el crecimiento de las naciones, las proezas de los hombres de acción y el auge y la caída de los partidos continuaban siendo los temas que más absorbía al historiador al cabo del siglo XIX, su red se lanzaba más lejos y abarcaba todo el panorama de la civilización: la influencia de la naturaleza, la presión de los factores económicos, el origen y transformación de las ideas, la aportación de la ciencia y el arte, la religión y la filosofía, la literatura y el derecho, las condiciones materiales de la vida, las vicisitudes de las masas, todos estos problemas reclamaban su atención en no menor grado. Mientras la ciencia histórica extendía sus conquistas en todos sentidos, la filosofía de la historia se rezagaba, y aunque todavía no era posible formular leyes que explicaran el propósito y el plan de la evolución humana, todo verdadero historiador contribuía igualmente, con el que se dedica a la ciencia y a la psicología, al progreso de nuestro conocimiento del hombre.¹⁸

En el ámbito anglosajón fueron Carl Becker, Harry Elmer Barnes, James Westfall Thompson y Charles Beard quienes definieron, popularizaron o ayudaron al establecimiento del significado técnico del concepto de historiografía antes de la Segunda guerra mundial. Según ellos, la historiografía, conceptuada como una forma de cultura, era un producto verdaderamente histórico que debía ser puesto en relación con el bagaje de la civilización en que había crecido. Y lo que esto significaba era evidenciar el progreso de la ciencia histórica.

¹⁸ *Ibid.*, p.589.

La historia de la escritura histórica debía ser considerada “una fase de la historia intelectual de la humanidad”, en la cual se registraba qué es lo que los hombres habían sabido y creído en diferentes épocas acerca del pasado, el uso que de él habían hecho al servicio de sus intereses y aspiraciones, de sus conocimientos y creencias, y los presupuestos ocultos que habían hecho parecer sus conocimientos relevantes y sus creencias verdaderas.

Pero la finalidad de tal indagación estaba dada por el hecho de que la “historiografía” era poco más que el registro de trabajos históricos desde el tiempo de los griegos, con alguna indicación de las propuestas y los puntos de vista de los autores, las fuentes usadas por ellos, y la exactitud y legibilidad de los trabajos mismos. Así, el objetivo era valorar con los patrones modernos la significación que pudieran tener los trabajos históricos. O sea que la historiografía proporcionaba manuales de información acerca de cómo historias e historiadores habían hecho sus “contribuciones” a la suma total del conocimiento histórico verificado y hasta entonces a la mano.

En ese sentido, la idea que Rafael Altamira y Crevea difundió desde España —incluso antes de la primera edición de sus *Cuestiones modernas de historia* (1904)— estuvo más de acuerdo con la todavía “muy alemana” forma de acometer la historia de la historiografía que conservó Gooch, pero que Altamira pondría finalmente en claro en su *Proceso histórico de la historiografía humana*¹⁹. Para entonces había ya llegado a la conclusión de que decir *civilización* era lo

¹⁹ México, El Colegio de México, 1948, 255 pp. El libro fue resultado de un curso que Altamira ofreció en 1946.

mismo que decir *Historia*, ambas significaban la narración íntegra y orgánica de los hechos. En este volumen, decía, los lectores habrían de comprender cómo las generaciones de muchos siglos nos habían podido legar una posición sólida en cuanto a la manera de concebir y de exponer la historia de la humanidad y de cada uno de los pueblos antiguos y modernos. Era esto precisamente lo importante en la evolución de la historiografía, y a este proceso humano no podía llamársele más que como él lo llamaba.

La obra de Eduard Fueter, a su manera de ver, en realidad era *Historia de la Historia*, mientras que la *Idea de la historia* de Robin George Collingwood lo era del concepto de la historia humana. Su finalidad como profesor difería sustancialmente de la de ellos, él buscaba preparar a sus alumnos para la técnica de la historiografía humana, sólo echando mano de la fuerza del relato de los hechos para explicar cómo los sucesos intelectuales de los siglos fueron destruyendo la concepción antigua (historia política), hasta absorberla en la más genérica historia de la civilización.

También Georges Lefebvre, cuando escribió *El nacimiento de la historiografía moderna* (1971), se interesó por la historiografía con un punto de partida similar. Le importaba dar a conocer a "los más famosos historiadores", que incluía no sólo a los narradores, a los grandes escritores, a los historiadores "artistas", sino también a los eruditos y a los grandes filósofos que se habían interrogado sobre la naturaleza profunda de la historia, puesto que era a todos ellos a quienes se debían, en una gran medida, los recursos, el método de la historia y la concepción misma que prevalecía entonces.

Pero el objetivo de mayor alcance era hacer comprender que la concepción de la historia, los medios de que dispone y el método que se asigna están en relación con la vida que refleja, "es ella misma viva, bajo el signo del cambio". Precisamente era ese uno de los méritos esenciales del siglo XIX, el de haber introducido en todos los terrenos del conocimiento la noción de evolución, de desarrollo histórico.²⁰

La historia era esencialmente dos cosas: la memoria del género humano que proporciona a éste conciencia de sí mismo, de su identidad, de su situación en el tiempo, de su continuidad; y también el relato de aquello que subsiste del pasado a través de los testimonios a partir de los cuales se construye o reconstruye la historia, y no de su totalidad. Las preferencias de la memoria cambian, las explicaciones pudieron haberse buscado en los cambios o en las constantes, y hasta pudo haber sido considerada ciencia, pero se quisiera o no, para una gran mayoría la historia seguía siendo un relato y, sin duda, continuaría siéndolo siempre, como continuaría siendo también pragmática, porque estaba destinada a ser útil a la educación del hombre para la vida pública, e incluso para la vida cotidiana.

El intento de Lefebvre al hacer ver que la historia no era un conocimiento fijado de una vez por todas no se encaminó a obtener la conclusión de que estaba sometida a una renovación perpetua sin que en ella pudiera conservarse nada duradero, porque no era así, el progreso era lento pero real, los puntos de vista del

²⁰ Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1975, 338 pp. p.11.

historiador se habían enriquecido, su panorama se había extendido a toda la tierra y al tiempo en su totalidad, había dejado de estar limitado a los hechos políticos y a lo que interesaba a las clases dominantes para ampliar su curiosidad al conjunto de la vida. Pero también había un enriquecimiento en el método y en los medios de investigación y de publicación, el público se estaba ampliando. El progreso que quedaba por realizar era el de la organización de la investigación histórica para que dejara de depender de la buena de Dios, de la comodidad, del gusto personal y de la moda. Sobre el futuro de la forma de la historia, Lefebvre había sido ya bastante claro con respecto al relato de la historia y a su pragmatismo, ya sólo quedaba confiar en la voluntad del historiador para que no cediera al desánimo y al escepticismo.

Este optimismo hacia el progreso en la historia de la historiografía no fue algo privativo de los historiadores de principios del siglo XX, como tampoco lo fue su confianza en el progreso de la ciencia histórica. En 1981 Carlos M. Rama expresó su preocupación, más bien por establecer "los grandes términos" en los que se había venido estructurando para los estudios de lengua española y de "nuestros revolucionarios tiempos", el bagaje vivo y positivo que recibían los historiadores de sus antecesores, a eso llamaba él historiografía.²¹

La historia de la historia, como también concedía en designar a la historiografía, obligaba a una presentación cronológica que tuviera en cuenta el desarrollo del pasado cultural, su inserción en el mundo político-social, pero al

²¹ Carlos M. Rama, *La historiografía como conciencia histórica*, Barcelona, Montesinos, 1981, 135 pp. (Biblioteca de divulgación temática, 4).

mismo tiempo la circunstancia concreta y eventual de todos y cada uno de los creadores individuales. Rama aceptaba la definición de E. H. Carr de la "Historia como experiencia del historiador" y de los progresos del conocimiento histórico a través de la aventura intelectual de sus sucesivos creadores.

Esto llevó a Rama a destacar la importancia que tenía conocer las coordenadas culturales, políticas y religiosas de los historiadores, la necesidad de seleccionar a "las primeras figuras" de entre los imitadores, sin tomar en cuenta a las figuras que los mecanismos institucionales postulaban en el seno del control social; así como la conveniencia de superar los provincialismos, considerando conjuntamente a europeos y americanos que participaban de la misma cultura y en definitiva vivían paralelos problemas.

La idea central de Rama era que a través de los historiadores avanzaba un proceso cognoscitivo que era acumulativo, y por el cual sabíamos cotidianamente más y mejor sobre el pasado de la especie. Los pueblos tomaban conciencia de su pasado usando la historiografía, por eso ninguna obra nos podía ser indiferente, sobre todo si surgía de pueblos de nuestra cultura y nuestra lengua común. Aunque la verdad era que tanto la historiografía ibérica como latinoamericana, no quedaban muy bien paradas ante el resto de la historiografía occidental. Más que ser diferentes, ambas parecían estar siempre rezagadas.

Pero la idea de hacer una historia de la historiografía que es científica no ha cambiado en años más recientes, ni siquiera después del empuje escéptico de filosofías posmodernas que han continuado poniendo en duda la posibilidad de conocer historia científicamente. Georg Iggers, Carlos Bermejo Barrera y Enrique Moradiellos podrían ser mencionados también aquí por sus esfuerzos en favor de

privilegiar la historia de la ciencia histórica que, sólo por adoptar esa óptica es deshistorizada. Esto quiere decir que para "modernizar" la historia de la historiografía hubo que estudiarla como historia de la ciencia histórica.

Desde luego que poner o no en duda la cientificidad de la historia es asunto de la teoría de la historia, pero dejar de considerar ese problema como parte de la historia de la historiografía sí es asunto de esta última, como también lo es el equívoco de pensar que los objetos o fenómenos de la historia de la historiografía tan sólo son aquellos que definen a la historia como forma de conocimiento.²²

Pero lo más paradójico de la idea cientifizante de la historia de la historiografía fue el hecho de haber dirigido todos sus esfuerzos a mostrar el progreso de la ciencia histórica a través de lo que he llamado el mundo del historiador. Es decir, no queda otro camino que ilustrar las cambiantes circunstancias de la labor investigante, para así poner de relieve su mejoría en la línea progresiva del tiempo, pero sin abundar demasiado en la situación interpretativa particular. Justo ahí es donde la forma historicista de la historia de la historiografía va a abrirse camino.

²² Esa misma razón es la que me lleva estar en desacuerdo con Carlos Mendiola Mejía cuando define el propósito de la "historiografía" como la búsqueda de la verificabilidad de la historia en una época pasada. Véase más adelante el capítulo destinado a "la historia de la historiografía en México".

La historia de las ideas historiográficas y el historicismo

La breve síntesis reflexiva en torno a la historia de la historiografía que Benedetto Croce publicó en forma de artículo fue sólo el principio de su vuelta al cultivo de la historiografía y la filosofía de la historia. La parte central de este proceso fue el ciclo iniciado con *Historia de la historiografía italiana en el siglo XIX* (*Storia della storiografia italiana 2v.*, 1915), continuado por la *Teoría e historia de la historiografía* (*Teoria e storia della storiografia*, 1917) y culminado por *La historia como hazaña de la libertad* (*Storia come pensiero y come azione*, 1938).

En *Teoría e historia de la historiografía*, Croce recogió los escritos de 1912 y 1913 que, respondiendo a un plan común, había sido posible reunir "sin esfuerzo en un libro". Este constaba de dos partes bien definidas. La primera de la teoría de la historiografía con tres apéndices, y la segunda de la historia de la historiografía. Sólo hasta la tercera edición de 1927 el libro llevaría al final la "marginalia", dedicada a lagunas, apostillas y reseñas relacionadas con el contenido del volumen.

La parte primera fue muy clara en cuanto a la filosofía de la historia de Croce, tomando como punto de partida "las condiciones de existencia de las verdaderas historias como historia contemporánea", en contraposición con las que él mismo llamaba pseudohistorias. "Las verdaderas historias" habían sido y serían tales, sólo con quienes las hubieren pensado y pensaran, reelaborándolas según su necesidad espiritual, es decir, cuando el desarrollo de la cultura de su momento histórico abriera ante él los problemas del pasado; entonces se hallarían estos tan ligados a su ser como la historia más personal y contemporánea, en un sentido no de identidad abstracta, sino de unidad sintética.

Así, decía Croce, quedaba establecido el indisoluble nexo entre vida y pensamiento en la historia. La *certeza* y la *utilidad* de la historia no podían suscitar dudas, porque el producto *actual* de nuestro espíritu no podría ser incierto, y porque un conocimiento que resolvía un problema surgido del seno de la vida no podía ser *inútil*.¹ Por eso, aunque al acudir al problema de las fuentes de la historia, Croce afirmaba que la filología, uniéndose con la filosofía producía la historia, podía también decir que la crónica, la historia filológica, la historia política y la historia practicista, estaban en el orden de las historias erróneas o pseudohistorias, que no se avenían a los intereses de la vida, aunque sí pudieran caer en la servidumbre de ellos. Pero esto tampoco hacía descartar a Croce la posibilidad de que estas fueran, además, momentos dialécticos de los que surgía la verdadera historia al vencer el historiador sus simpatías y antipatías, sus intenciones de hombre práctico y sus recuerdos de cronista.

Croce no se conforma con esta división de las historias conocidas de acuerdo a los intereses que las animaron. Se ocupa también de la historia como historia universal, de la historia de la naturaleza y de la distinción y división de las historias especiales. En su opinión, lo único real que existía eran las historias especiales, aunque no existiera sino la historia general. Al pensar en los hechos se discernía siempre un aspecto especial, se construían siempre y solamente historias.

Y sin embargo, la historia de la filosofía, de la literatura o de cualquier otro aspecto del espíritu no se podían pensar si no las consideráramos a la vez como historia social, política, literaria, religiosa, ética, etc.² Aún cuando las historias universales eran en verdad irrealizables, porque siempre derivaban sobre lo particular y

¹ Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción por Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1953, 300 pp., p.12-14.

² *Ibid.*, p. 98-99.

lo individual, es precisamente ahí donde él encuentra toda la historia y el universo entero en el sentido explicado. Para Croce, la única unidad válida es la que vincula a la filosofía, la poesía, la historiografía o las ciencias y sus teorías, con el complejo intelectual y social del momento en que surgen.

Por otro lado, el esclarecimiento de la relación entre la filosofía y la historiografía en el pensamiento de Croce es particularmente difícil. Llega a identificarlas, a identificar sus historias y a afirmar que la filosofía no puede ser otra cosa que “el momento metodológico de la historiografía”; dilucidación de las categorías constitutivas de los juicios históricos, de los conceptos directivos de la interpretación histórica.³ Pero en la segunda parte del libro, cuando Croce pretende ilustrar históricamente los conceptos expuestos, la historia de la filosofía se separa de la historia de la historiografía, de la literatura y del arte, porque en ella es en la única donde las interpretaciones y aspiraciones no pueden convivir, la teoría del historiador de la filosofía no puede estar en pugna con las teorías cuya historia trata de exponer, pues de lo contrario acusaría así su insuficiencia.

Después, la explicación de la naturaleza de la historia de la historiografía es congruente con la afirmación de que la historia, como historia del espíritu, se hace transparente para sí misma sólo como pensamiento, cuyo valor registra entonces la historiografía, aunque no con su característica de globalidad. Dice Croce:

Lo que he venido exponiendo puede comprenderse diciendo que la historia de la historiografía no es historia literaria, ni historia de obras culturales, sociales, políticas, morales, y, en resumen, de naturaleza práctica. O sea, que también es sin duda todas estas cosas en virtud de la unidad inescindible de la historia, pero que en ella el acento no cae sobre los hechos prácticos, sino sobre el pensamiento historiográfico, que es su objeto propio.⁴

³ *Ibid.*, p.121.

⁴ *Ibid.*, p.139-140.

Esto le permitió hacer el reconocimiento de la obra de Wachler y las contribuciones alemanas en este campo, pero también la crítica de Fueter, como ejemplo del error que se cometía al menospreciar para la historia de la historiografía las teorías historiográficas y la metodología histórica, porque siendo parte de la historia del pensamiento histórico, resultaba imposible distinguir las de la historia. Lo mismo ocurría con la filosofía de la historia. Las tres eran el ser mismo de la historia y no ingredientes accidentales.

Contra el argumento de Fueter, de haber pretendido escribir una historia en concreto y no una historia del pensamiento, Croce sostenía que procediendo así se examinaría y repensaría la obra de los historiadores en su materia particular, pero como eso no era lo requerido, lo que quedaba era el modo como habían sido concebidas, la forma "mental" de acuerdo con la cual los historiadores habían construido sus narraciones, y por ello su teoría y su pensamiento histórico.⁵

De este pensamiento trata su *Storia come pensiero e come azione*. El idealismo filosófico de Croce lo condujo a la investigación del proceso dialéctico a través del cual el pensamiento histórico nace de la pasión por la vida práctica, yendo más allá y liberándose de ella en un puro juicio de verdad, en virtud del cual, la pasión se convierte en acción decisiva. Este carácter moral preside toda la obra y Croce lo amplía hasta poder decir que la ciencia y la cultura históricas, en toda su detenida elaboración, existen con el propósito de mantener y desarrollar la vida activa y civilizada de la sociedad humana. Así, la crítica de la historia consiste en reconocer si una narración histórica es plena o vacía, es decir, si lleva en el corazón un motivo que la encadene

⁵ *Ibid.*, p.143.

con la seriedad de la vida tal como se vive, y en discurrir hasta qué punto el elemento intelectual se une en ella con el elemento intuitivo.⁶

Croce negaba que su libro acentuara la relación entre historia escrita y acción práctica como defensa contra los ataques que entonces se lanzaban contra el historicismo. Sin embargo, la segunda de las cinco partes en que se divide el libro, la más extensa, la dedicó al historicismo y su historia. Para él, "Historicismo (la ciencia de la historia) en la acepción científica del término, es la afirmación de que la vida y la realidad son historia y nada más que historia."⁷ Dirige sus críticas en contra de la "Ilustración" y su racionalismo abstracto, afirmando que las ideas y los valores, tomados como modelo y medida de la historia, no son ideas y valores universales sino con el latido de lo individual.

Esta vez la referencia de Croce para la consideración del problema es un autor alemán, Friedrich Meinecke, con quien afirma tener puntos complementarios pero también diversos. Aunque digno de elogio por su solidez y agudeza, Meinecke⁸ hacía consistir el historicismo en la admisión de lo que hay de irracional en la vida humana, en atenerse a lo individual, sin descuidar por ello lo típico y general a que va unido, teniendo a Ranke por el genio del historicismo en cuanto era más profundamente racionalista que la ilustración, pues él había corregido las abstracciones

⁶ Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, traducción de Enrique Díez-Canedo, México, FCE, 1942. 369 pp. (Colección de obras históricas). p.15-20. Díez-Canedo aceptó el título y las modificaciones introducidas a la obra de Croce en la edición inglesa de 1941, a pesar de que esta su versión española fue hecha directamente del italiano.

⁷ *Ibid.*, p.71.

⁸ *El historicismo y su génesis*, traducción de José Migarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina, México, FCE, 1982. 524 pp. (Sección de obras de historia).

pseudoabsolutas de la ilustración, sustituyéndolas por las categorías absolutas y la síntesis *a priori* de la experiencia.⁹

Según Croce, Meinecke había consagrado su historia, incidentalmente a la génesis lógica, pero con amplitud y detalle a indagar y exponer el comienzo, crecimiento y expansión de la conciencia historicista, "juzgándola como lo que fue, como una profunda revolución". Aunque hablando con rigor, continuaba Croce, el momento historicista no había faltado nunca en la historiografía, porque nunca había faltado en el espíritu humano.

En buena medida Croce tenía razón. Acudiendo directamente a la obra de Meinecke, se observaba cómo para él la médula del historicismo radicaba en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora, no excluyendo, en general, la búsqueda de regularidades y tipos universales de la vida humana, sino empleándolas y fundiéndolas con su sentido por lo individual.

Por lo tanto, en su investigación, Meinecke trataba de superar tanto el camino del puro filósofo con su historia de los problemas y de las ideas, como el del puro historiador. Lo que quiere es trabar de manera efectiva lo general del proceso y lo individual de sus orígenes. Para esto, no queda más remedio, dice, que "una subida a pico de montaña", para alcanzar perspectivas laterales de lo todavía inexplorado, estudiando cada pensador en su estructura individual y señalando las conexiones más importantes con la historia universal del espíritu.

Según Meinecke, al menos en forma unitaria, su tema jamás había sido tratado, pese al magnífico bosquejo que Dilthey había escrito sobre el siglo XVIII y el mundo

⁹ *Ibid.*, p. 72.

histórico, quien además se detenía al llegar a Herder, evitando exponer en su inmediatez el origen del historicismo, aunque sí lo hacía con la obra de la ilustración que había preparado el historicismo. Meinecke niega que él haga historia de la historiografía como la hacen Eduard Fueter o Mauricio Ritter, su historia es "de los principios estructurales y de los criterios de valoración sobre los que descansan la historiografía y el pensar histórico en general."¹⁰

Croce y Meinecke escribieron a favor del historicismo y entre sí mantuvieron un debate permanente, pero en 1966, catorce años después de la muerte de Croce, Arnaldo Momigliano creía sinceramente que nadie podía decir si la filosofía de Croce sería un punto de partida para filósofos en el futuro, en ese momento tenía pocos seguidores en Italia, y quizá ninguno fuera de ella. Collingwood había dejado de ser discípulo de Croce antes de su prematura muerte en 1943, y Meinecke, como Karl Vossler y Julius von Schlosser, otros dos de sus interlocutores germanos, no habían dejado discípulos.¹¹

Los escritos de Collingwood de 1936 con los cuales T.M. Knox compuso *The idea of history* (1946), estaban ligados todavía a Croce, pero sobre todo al historicismo, aunque tampoco pretendía hacer historia de la historiografía, sino lo que él llamaba "filosofía de la historia en sentido lato", es decir, una filosofía completa concebida desde el punto de vista histórico, la suya era una investigación filosófica de la naturaleza de la historia, considerada como un tipo o forma especial de conocimiento que es y tiene un tipo especial de objeto.

¹⁰ *Ibid.*, pp.15-16

¹¹ Arnaldo Momigliano, "Reconsideración de Benedetto Croce (1866-1952)", en *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, tr. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1997. 330 p.(Sección de obras de historia) p.298.

A finales de la primera mitad del siglo XX, el pensamiento de Collingwood formó parte importante de la corriente del historicismo que iba ganando terreno. La imaginación histórica fue uno de sus principales asuntos de reflexión, pero entendiéndola como "recreación" o "reactualización" de la experiencia del pasado. Siguiendo los pasos de Croce, aceptó que el conocimiento histórico tenía como su objeto propio el pensamiento como acto de pensar, no como mera conciencia, sino como autoconciencia. Collingwood llegó a la conclusión de que estudiamos el pasado histórico con el fin de conocernos a nosotros mismos.

Para Collingwood, como lo había sido también para Croce, la historia sólo podía ser historia científica. Pero Collingwood no quiso ser consecuente con el positivismo lógico inglés de la mayoría de sus colegas. Para él se trataba de una historia inferencial a la que competía estudiar acontecimientos inaccesibles a nuestra observación, abriéndonos paso hasta ellos a partir de algo accesible a nuestra observación, llamado por el historiador "testimonio histórico".¹² Al discriminar las que llamaba "cuasi-historias"—como la historia teocrática o la historia psicológica de Tucídides, de donde Herodoto resulta ser un genio a contrapelo de la corriente anti-historcista griega—, Collingwood atendió al pensamiento histórico en su íntima relación con el objeto y con el estilo del historiador. Esto significó incluir ambos aspectos en la valoración de un historiador y su obra como parte de una misma investigación, algo que Croce había rechazado.

Pero como historicista, Collingwood hizo una observación mayor con su lógica de pregunta y respuesta para acceder a la verdad. Ella consistía en encontrar la pregunta

¹² Robin G. Collingwood, *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, 2ª. Ed., México, FCE, 1988. 323 pp. (Sección de obras de filosofía) p.244. Puede verse además la segunda edición ampliada y revisada *The Idea of History: with lectures 1926-1928, with an introduction* by Jan van der Dussen, Oxford, University Press, 1993, LII-510 pp.

"suscitada" por una afirmación, donde cada respuesta debía ser la respuesta justa a la pregunta que intentaba responder. Trasladado esto al terreno de la historia de la historiografía, el resultado es que pensar históricamente sólo puede significar el fin de la creencia de que existen problemas eternos con respuestas variadas a lo largo del tiempo. Collingwood sostiene que "la mismidad es la mismidad de un proceso histórico, y la diferencia es la diferencia entre una cosa que en el curso de ese proceso se ha convertido en algo distinto, y la otra cosa en la cual se ha convertido"¹³. No había que olvidar el hecho definitivo de que el conocimiento afecta y determina lo conocido.

Otro de los participantes en la polémica del historicismo en relación con la historia de la historiografía fue Delio Cantimori (1904-1966), militante heterodoxo del fascismo italiano y del partido comunista después, mismo que abandonó en 1956 como respuesta a la tiranía soviética. En 1971, Franco Cardini lo presentó, con mucho acierto, como parte del mismo hilo sutil que había unido los temas de toda la vida de Cantimori, el de los "perdedores", el de los herejes, el de los campesinos reprimidos, el de los reformadores que habían hecho la elección "equivocada". Con la misma seriedad con que vivió y admitió sus errores, Cantimori quiso comprender los ritmos y movimientos profundos de la historia, incluso cuando se acercó al mundo de los historiadores.¹⁴

Precisamente uno de los textos cantimorianos más extensos que Cardini recogió fue el de los "Apuntes sobre el historicismo" (1945), donde su principal interlocutor era el Carlo Antoni de las reflexiones sobre el historicismo y la sociología, aunque el objeto

¹³ Robin G. Collingwood, *Autobiografía*, traducción de Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 163 pp., p. 67.

¹⁴ Delio Cantimori, *Los historiadores y la historia*, traducción de Antonio Prometeo Moya, prólogo de Franco Cardini, Barcelona, Península, 1985, 363 pp. (Historia, Ciencia, Sociedad, 196). La edición original italiana de esta obra es de 1971.

de la crítica era el historicismo alemán, y la fuente de inspiración era la obra de Benedetto Croce. Meinecke apareció en primer lugar por haber afirmado que el historicismo había sido una de las mayores revoluciones espirituales experimentadas por occidente desde la Reforma. Para Cantimori ésta era una más de las "hiperelaboradas" indagaciones y estructuraciones basadas en presupuestos, tanto de valores psicológicos, como de principios formativos o lógicos en que corría el peligro de diluirse la historia de la historiografía, dando hasta los antiguos esquemas de filosofía de la historia en el afán de complicar a la vida toda.

Así que para comprender esta explicación de Meinecke, Cantimori se remitió a su situación cultural universitaria y política alemana; encontrándolo, ante ésta, conservador y sujeto al Estado prusiano, y dentro de aquella, impregnado de la teología reaccionaria que todavía los controlaba. De esta teología provenía incluso la generalización deformadora de Meinecke, por eso concedía la razón a Croce en su afirmación de que el historicismo, en el uso científico de la palabra, era la afirmación de que la vida y la realidad son históricas y nada más que históricas. De ahí que Cantimori declarara con toda severidad que haber fecundado la historia de la historiografía con la historia de las ideas había sido un hecho absolutamente artificioso en Alemania.

El mayor reparo que ponía Cantimori a Meinecke y al mismo Antoni, era que no consideraban a los historiadores en relación con el mundo cultural, con la sociedad, con la vida política real y con las raíces y problemas reales de ella, con la historia del país en que trabajaban y por el que trabajaban. Es lo que Cantimori llamaba teoría e historia de la historiografía en función de la historiografía, en oposición a la historia de la

historiografía en sí, donde el hecho de la crítica historiográfica se abstraía acríticamente de la actitud historiográfica de la que era función.¹⁵

Ya en 1966, al escribir acerca de Benedetto Croce, Cantimori rechazaría la idea de muchos que consideraban que la historia de la historiografía, como historia de una particular forma de pensamiento, el pensamiento histórico, había que estudiarla mediante la lectura de los libros de los historiadores, pero sobre todo mediante el análisis de sus teorías. La intención de Croce era muy diferente —decía—, la historia de la historiografía debía aclarar y articular aquella distinción entre el mundo del historiador y las cosas de que escribe, y en particular debía servir para tomar conciencia de los problemas planteados o por plantear, mediante el conocimiento y el estudio del modo de trabajo y de los límites de los estudios históricos a propósito de tal argumentación o de cual personaje, teniéndolos presentes no sólo mediante la obra de los historiadores estudiados.¹⁶

Fue así como Cantimori llegó a entender la historia de la historiografía como historia de soluciones a problemas concretos histórica y socialmente dados, rechazándola como historia de la filosofía de la historia, no había que olvidar que “el mundo histórico” y “el mundo historiográfico” no siempre se tocaban, es más, a veces se disociaban dolorosamente.

Arnaldo Momigliano, historiador de la historiografía antigua principalmente, tampoco pudo evadir las serias discusiones que el historicismo seguía provocando.¹⁷

¹⁵ *Ibid.*, p.308.

¹⁶ *Ibid.*, p.249

¹⁷ *La historiografia greca*, traducción de José Martínez Gázquez, Barcelona, Critica, 1984, 306 pp.(*Crítica/ Historia*, 30), publicado originalmente en italiano en 1982 incluyó trabajos realizados entre 1931 y 1980; mientras que *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, tr. de Stella Mastrangelo,

Según él, historicismo era el reconocimiento de que cada uno de nosotros podía ver los acontecimientos pasados desde un punto de vista determinado o por lo menos condicionado por nuestra propia y cambiante situación individual en la historia. Esto explicaba que el corolario inevitable del historicismo fuera la historia de la historiografía como la manera de expresar la conciencia de que los problemas históricos tenían en sí mismos una historia.

Por supuesto Momigliano supo del riesgo de relativismo que esto implicaba, porque tendía a socavar la confianza en sí mismo del historiador. Lo que tampoco significa, dirá, aceptar la tesis desarrollada "con mucha perspicacia" por Hayden White en su reciente libro *Metahistory* (1973) de que Ranke, o cualquier otro historiador, clasifica los hechos según figuras retóricas, pues la retórica no plantea cuestiones de verdad, que es lo que preocupaba a Ranke y a sus sucesores, "y lo que todavía nos preocupa a nosotros". Sobre todo, la retórica no incluía técnicas para la investigación de la verdad, que era lo que los historiadores ansiaban.¹⁸ Eso era una expresión de relativismo puro, para él, indefendible, porque la historia de la historiografía, como cualquier otra investigación histórica, tenía el propósito de discernir entre verdad y falsedad.

Como un tipo de historia intelectual que se propone examinar las realizaciones de un historiador, tiene que distinguir entre soluciones de problemas que no conocen y soluciones (=hipótesis, modelos, tipos ideales) que vale la pena replantear y aplicar. Para escribir una historia crítica de la

México, FCE, 1997, 350 pp.(Sección de obras de historia), publicado originalmente en inglés en 1977, aunque contenía algunos de los textos incluidos en el anterior, mereció su título gracias a los estudios dedicados a Mabillon, Burckhardt, Droysen, Fustel de Coulanges y Croce, además de unas cuantas páginas finales dedicadas al historicismo y escritas en 1974.

¹⁸ *Ensayos*, p.304-305.

historiografía es preciso conocer tanto a los autores que uno estudia como el material histórico que estudiaron.¹⁹

Lo que más interesa a Momigliano es el trabajo del historiador, la investigación, si quisiéramos decirlo en términos de Benedetto Croce, la cual caracteriza con cuatro rasgos fundamentales: 1) el interés general por actos humanos pasados; 2) el placer en descubrir hechos nuevos sobre el pasado humano; 3) conciencia de que la intervención que tenemos sobre el pasado humano plantea problemas que afectan la credibilidad de la información misma y por lo tanto la sustancia del pasado; y 4) un esfuerzo por dar sentido a hechos selectos del pasado humano, es decir por explicarlos y evaluarlos. Es esto lo que separa radicalmente a Momigliano de Shotwell. Desde luego que los historiadores nos informaban del pasado, pero seguían teniendo mucho que informarnos sobre el oficio de historiador.

Pero la historia del historicismo en su vertiente historiográfica siguió interesando en la segunda mitad del siglo XX, incluso desde de un cierto neo-historicismo. Autores como Pietro Rossi, Frank Ankersmit, Georg G. Iggers y el mismo Hayden White llegaron a dialogar al respecto.²⁰ Esta afirmación se refiere sobre todo al medio anglosajón, que ha visto crecer su influencia también en los ámbitos académicos de países como Francia y Alemania, considerados tradicionalmente como generadores de conocimientos válidos en toda la cultura occidental. Aunque en Alemania tampoco se ha

¹⁹ *Ibid.*, p.310.

²⁰ La revista *History and Theory* dedicó en 1975 el *Beiheft* 14 a la presentación de ensayos sobre el historicismo escritos por Leonard Krieger, Pietro Rossi, John Passmore y Hayden White. Veinte años después, la misma revista recogió en sus páginas las participaciones de Georg G. Iggers y Frank Ankersmit en el foro: *The meaning of Historicism and Its Relevance for Contemporary Theory*.

dejado de revalorar el historicismo y la poderosa huella que dejó sobre la historiografía y la filosofía del siglo XIX.

Georg G. Iggers es probablemente quien ha tratado de sintetizar las reflexiones vertidas acerca del historicismo tanto en Alemania como en los Estados Unidos, con especial atención, y es lo que importa aquí, en la historiografía. Desde su obra *The German Conception of History*, Iggers advirtió su modo de acercarse a la historiografía. Su trabajo, dijo, no se proyectaba en principio como una historia de la historiografía alemana, sino que buscaba presentar un análisis crítico e interpretativo de los presupuestos teóricos y políticos apreciados por los historiadores alemanes de la principal tradición nacional de la historiografía alemana, desde Wilhelm von Humboldt y Leopold von Ranke hasta Friedrich Meinecke y Gerhard Ritter.²¹

Iggers continuaba en parte la línea de Meinecke, sólo que junto al trabajo teórico se impuso un trabajo historiográfico: trazar la emergencia, transformación y declive de la principal orientación en el pensamiento histórico alemán, así como de su práctica historiográfica, esto a través de la reconstrucción de la estructura conceptual básica de dicha tradición, pero creo que no con la plena conciencia de que ello implicaba trazar una línea recta en la historia de la historiografía historicista alemana.

La labor teórica se refería sobre todo a la relación del historicismo con la teoría política, propósito que no se debía confundir en su caso con el intento por escribir una historia social de las ideas historiográficas, sino que consistía en re-examinar las concepciones políticas de los historiadores junto a sus prácticas historiográficas.

²¹ Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The national tradition of historical thought from Herder to the Present*, Middletown, Connecticut, Wesleyan University, 1988, XII-363 pp.

No obstante, Iggers no superó, y quizá no tendría por qué haberlo hecho, el acercamiento a la historia de la historiografía como una historia del pensamiento, sencillamente porque continúa considerando al historicismo como una teoría del conocimiento. Tal y como lo hará en *New Directions in European Historiography* (la edición revisada en 1984) y en *La ciencia histórica en el siglo XX* (1995), el estudio de la historiografía consiste en investigar cuáles son los fundamentos de una concepción y práctica de investigación, es decir, sus juicios de valor y sus presupuestos ideológicos, que en el caso del historicismo corresponderían a una tradición rural, de provincia, antiliberal, antidemocrática y antimoderna.

Sin duda, el historicismo filológico de Momigliano y el historicismo ideológico de Iggers son una muestra clara de la vocación de apertura del historicismo. En términos más generales, lo que el historicismo demostró fue que junto a la historia de la investigación y de la práctica historiográficas, la historia del pensamiento historiográfico, y por lo tanto de la teoría historiográfica, es parte fundamental de la historia de la historiografía.

Tal vez después del historicismo podemos aceptar que los principios estructurales, y los criterios de valoración moral sobre los que descansan la historiografía y el pensar historiográficos en general, son atendibles porque la historiografía existe para alimentar a la vida humana activa. La lección del historicismo aquí, es el vínculo que se establece entre historiografía, historia y vida. Pero eso no es todo, de lo anterior se siguen las conclusiones de Collingwood y de Cantimori: si el conocimiento afecta y determina lo conocido porque no existen problemas eternos con respuestas variadas, queda claro que la teoría y la historia de la historiografía sólo pueden hacerse a partir de la historiografía misma que constituye la condición histórica del ser humano.

La historia de la historiografía en México

Según Luis González, cuando Shotwell fue traducido en 1940 por Ramón Iglesia, ya no pudo ser promotor y guía para las investigaciones historiográficas en México, porque ya los sucesos del lejano 1848 habían movido a José Fernando Ramírez a producir importantes escritos sobre historiografía novohispana. A él lo habían seguido por este mismo camino Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero y Luis González Obregón como vindicadores de otras viejas historias.

Pero el trabajo erudito sobre las obras historiográficas del pasado mexicano fue tan sólo uno de los caminos por los que comenzó a transitar la historia de la historiografía en el país. El otro fue el de la llamada crítica histórica, que Luis Chávez Orozco definió en su comparación con la crítica literaria.

Si la crítica literaria es una función adecuadísima para preservar a los lectores de las asechanzas del mal gusto, y, por eso, hay que considerarla como una actividad útil a la sociedad, la crítica histórica que honradamente pretende refrenar la ingénita propensión a la mentira de que adolecen muchos que se llaman a sí mismos historiadores, habría que considerarla no sólo útil, sino necesaria y aun indispensable dentro de la sociedad. El mal gusto es una enfermedad peligrosa que hay que extirpar del campo de las letras y de las artes; pero la impostura histórica es un mal mayor, pues envenena la vida de los pueblos.¹

Lo que ocurría, en opinión de Luis Chávez Orozco, era que cuando se escribiera la "bibliografía historiográfica mexicana", se llegaría a la conclusión de que el campo de los historiadores se dividía en dos bandos, conservadores y

¹ Luis Chávez Orozco, *Ensayos de crítica histórica*, México, s.e., 1939, 190 pp., p. 33.

liberales, y que eran muy pocos los que sin afiliarse a ninguno, habrían podido sustraerse a las pasiones de partido y permanecer serenos en medio del batallar de nuestra historia. Además, esa misma bibliografía nos mostraría que no había por qué maravillarse de que la verdad se nos ocultara y no se difundiera, cuando unos y otros se habían propuesto desvirtuarla. Todo quedaba pues en manos de las pasiones morales del historiador y de que pudiera despojarse de todas ellas para exhibir la pura verdad y asumir su compromiso social.²

Pero es indudable que la crítica histórica en México adquirió algunos de sus logros más importantes en los años posteriores precisamente por lo contrario, por ocuparse de la existencia del historiador y su mundo desde un punto de vista no menos erudito pero sí más teórico, cuando fue influida por el historicismo-existencialismo germano-español. Se puede adelantar incluso desde ahora que fue justamente por esa vía filosófica que la crítica histórica se transformó en análisis historiográfico.

Ramón Iglesia fue uno de aquellos primeros historicistas de la década de los cuarenta. Para él, pretender despojar al historiador de sus pasiones morales para exhibir la pura verdad, asumiendo al mismo tiempo un compromiso social, era sencillamente una contradicción. Significaba no querer situarse y prescindir de la perspectiva como parte integrante de la realidad, contribuir a la

² Sin embargo, Oscar Wilde, en su ensayo acerca de *El nacimiento de la crítica histórica* había definido ésta como parte "de ese complejo trabajar hacia una libertad que puede ser descrita como una revuelta en contra de la autoridad". La crítica histórica se refería entonces, además, al sentido político que toda historia debía contener. En Oscar Wilde, *Obras*, Madrid, EDAF, 1965, p.1465-1536, p.1467.

deshumanización de la historia, pensando que el estudio del historiador nada tenía que ver con los problemas vivos de su país y de su época, y que sólo desentendiéndose de ellos lograría un mejor conocimiento del pasado.

Ramón Iglesia buscaba en la obra histórica al hombre que la escribió, tratando de averiguar lo que había sentido y lo que había pensado, indagando en los motivos que habían movido su pluma y le habían llevado a ver los hechos de determinada manera, pues cada hombre contemplaba la realidad que le rodeaba con una perspectiva propia, y no podía haber estudio más apasionante que el de observar cómo un mismo núcleo de hechos, en su caso la conquista de México, se refractaba diversamente según el espectador que lo describía.³ Pero eso sí, se debía tener claro que un libro no anulaba a otro, y en cambio, el historiador podía sacar enseñanzas de alto valor del estudio de las obras maestras de sus predecesores, como lo hacían el filósofo y el artista de los que estaba tan próximo el historiador. Finalmente, la obra de historia era obra de arte.

No obstante, hablar de historia de la historiografía en México, y con la presencia del historicismo, es también hablar de historia de las ideas historiográficas desde muy pronto. La historia de las ideas en México no nos remite ni a una corriente teórica en particular ni a un pequeño grupo de historiadores que hayan conformado una generación o un círculo posible de delimitar con plena seguridad. Aunque sí es un poco de todo esto.

En 1966, Luis Villoro afirmó que el auge de la historia de las ideas en México había comenzado entre 1940 y 1965, como resultado de un amplio

³ Ramón Iglesia, *op. cit.* p.42.

movimiento cultural iniciado a la par que la Revolución Mexicana, conmocionando no sólo el antiguo orden social, sino también “la concepción del mundo que lo reflejaba”. Pero si bien este impulso de liberación y de ruptura tuvo sus raíces espirituales desde la generación del Ateneo, como un proyecto entrañado en el anhelo de realización de una cultura nacional, la investigación histórica sólo comenzó a ser posible cuando la Revolución superó sus disensiones internas y se volvió institucional, sucediendo al período reformador el programa de un crecimiento en la estabilidad.⁴

Junto a este clima propicio, las tendencias culturales generales y las tendencias tomadas por la filosofía estuvieron igualmente ligadas al surgimiento de la historia de las ideas. La reflexión sobre las características psicológicas y culturales del mexicano iniciada por Samuel Ramos, la filosofía concreta a que estimulaba la influencia de Ortega y Gasset y la enseñanza historicista de José Gaos, fueron decisivas en la formación de filósofos e historiadores para quienes historia y filosofía se completaban recíprocamente, según las filosofías de lo concreto que fueron el historicismo y luego el existencialismo. A estos estímulos se sumaron el indigenismo proveniente de la investigación antropológica y el nacionalismo político como expresión de la ideología revolucionaria.

De cualquier forma, Luis Villoro no dejó de reconocer que el término “historia de las ideas” era equívoco, y en un sentido amplio, debía aplicarse a toda la historia cultural, aunque en el uso tenía un sentido que solía restringirse

⁴ “Historia de las ideas”, en *Veinticinco años de investigación histórica en México*, edición especial de la revista *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1966. pp.11-45

exclusivamente a la historia de las ideas y creencias generales en que se manifiesta una concepción del mundo y de la vida, como es el caso de los estudios de historia de la historiografía que se hicieron con la forma de la historia de las ideas propia del historicismo.⁵

Edmundo O'Gorman fue, con seguridad, el más importante cultivador de los estudios de historia de la historiografía en la época que Luis Villoro contempló en sus páginas. Desde la muerte de Luis González Obregón en 1938, movido a reflexionar acerca de su obra, O'Gorman se preguntó por la clase de historia que el maestro había escrito, por la validez que se le podía atribuir a ésta y, en suma, por el concepto de la historia que había presidido su obra.

Pero esto, dijo entonces, no podía responderse porque presuponía estudios encaminados a precisar, con las debidas limitaciones, el proceso mismo de la "ciencia de la historia". Porque la forma como se había hecho la investigación de los hechos del pasado era en sí historiable. Estudiar la "historia de la Historia" sería en extremo recomendable e instructivo, además de que sus resultados serían un gran auxiliar para la solución de muchos de los problemas propuestos por la especulación abstracta de la teoría de la Historia.⁶

⁵ Para una definición más filosófica de la historia de las ideas pueden verse también las "Notas sobre el objeto y el método en la historia de las ideas (1969)" de José Gaos, incluido en su monumental *Historia de nuestra idea del mundo*, en *Obras completas XIV*, nueva edición cotejada con el manuscrito original y prólogo de Andrés Lira, México, UNAM, 1994, 791 pp. (Nueva biblioteca mexicana, 116).

⁶ "Sobre la obra de Luis González Obregón", *Letras de México*, vol. I, núm.31, 1938, p.2.

Después, el análisis de problemas historiográficos mexicanos y americanos principalmente, se revelaron como la vocación más fuerte de Edmundo O'Gorman. Ampliando el punto de vista de Collingwood, O'Gorman sostuvo que todo lo que el hombre pensaba de sí mismo lo hacía contando con su propio pasado, aunque no siempre del mismo modo, por eso, este problema devenía como un complejo antropológico que inquiría por las relaciones vitales del hombre con su pasado, y más radicalmente, por el concepto que de sí mismo tenía ese hombre. Tal complejo era precisamente la conciencia histórica. Qué mejor instancia pues de las relaciones con el pasado, que un documento historiográfico.⁷

Este fue el fondo que animó sus "pre-ocupaciones" ontológicas por el ser americano, tomando como fuente de estudio la historia de la historiografía colombina, proceso éste, en el que Edmundo O'Gorman "descubriría" la invención de América. Aunque por otra parte, también le permitiría dedicar profundos análisis a las obras de importantes cronistas de Indias, "vinculándolas" con el proceso ideológico al que históricamente pertenecían, e implicando a toda la cosmovisión y personalidad de los historiadores, sin desdeñar los elementos propios de la erudición.⁸

⁷ "La conciencia histórica en la Edad Media", en *Del cristianismo y la Edad Media*, México, El Colegio de México, 1943. pp.31-59.

⁸ *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, UNAM. Centro de Estudios Filosóficos, 1951, 417 p. (Ediciones del IV centenario de la Universidad de México); *Cuatro historiadores de Indias, siglo XVI*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 251 p. (Sepsetentas, 51).

Claro que tal labor de erudición no significaba simplemente “criticar una fuente histórica”, sino ofrecer al lector de un texto historiográfico del pasado la perspectiva adecuada para poder considerarlo en relación consigo mismo y de manera íntegra. Es decir, el ejercicio de prologar —en el que todavía son ejemplo los trabajos de O’Gorman— se entiende como la conducción de un lector por la vía del diálogo y del entendimiento con un texto cuyo complejo histórico lo ha constituido, y que le es fundamental para conocerse a sí mismo.

Pero sus acercamientos a la historiografía mexicana no fueron menos filosóficos. Concibiendo la necesidad de definir el ser mexicano como el gran tema que constituía el eje central de nuestra historiografía, O’Gorman afirma que es a ella precisamente a la que por derecho le ha correspondido ir ofreciendo la respuesta adecuada a las exigencias vitales siempre en fuga. En un balance de la historiografía nacida de la revolución, O’Gorman no puede menos que concluir que, cobrar conciencia del ser nacional como algo que depende de los esfuerzos y las decisiones propias, como algo que nos incumbe a todos y de lo que todos somos responsables, es lo que puede corresponder al verdadero avance de la historiografía mexicana durante el régimen revolucionario, puesto que las épocas anteriores han hecho ya sus contribuciones críticas en la comprensión de nosotros mismos.⁹

Sin embargo, todavía en 1946, Víctor Rico González dio a la luz su *Iniciación a la historiografía universal* desde un punto de vista más tradicional.

⁹ “La Revolución mexicana y la historiografía”, en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960, 220 p.(Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 7).

Según él, no existía hasta entonces ninguna obra editada en español con alcance universal sobre esta disciplina. La obra de Ángel de Gubernatis había sido concebida con el criterio del hombre de letras y no con el de historiador, su concepto de la historia difería del actual porque la había considerado como parte consustancial de la literatura, y por lo tanto, resultaba imposible analizar así a la Historia como disciplina independiente, con todo su contenido de ciencia y arte a la vez.¹⁰

Para Rico González, el objeto de la "historiografía" (es decir la historia de la historia) era tan importante que sorprendía pensar lo tarde que había surgido, ella consistía nada menos que en estudiar la actitud que con respecto a la historia habían adoptado los historiadores de las diversas épocas, o como dirá más tarde, en determinar cómo concibe la verdad un determinado historiador, por qué la busca, con qué método y cómo la expone.¹¹ Uno de los aspectos importantes en la obra de Rico González consistió en recordar la relación de la historiografía con la escritura, pero aún así no dejó de hacer sólo crítica historiográfica encaminada a extraer lecciones de los aciertos y los fracasos de los historiadores.

El tema de la escritura fue también abordado por el historiador cubano Julio Le Riverend durante sus años de estudio en México, cuando, aplicado en el estudio de las tradiciones históricas de los indios de México expresadas en

¹⁰ Víctor Rico González, *Iniciación a la historiografía universal*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, 199 pp.

¹¹ Víctor Rico González, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*, prólogo de Rafael García Granados, México, Instituto de Historia. UNAM, 1949, 218 pp.

jeroglíficos y pinturas, sostuvo que ellas comportaban también una filosofía de la historia o unas implicaciones teóricas, “una *manera de ver* el proceso y sus incidentes capitales, que sobrevive a través de los siglos y se comunica a diferentes generaciones, aun cuando sus circunstancias difieran radicalmente de aquellas que dieron origen a la tradición.”¹²

Lo que Julio Le Riverend emprendió fue la crítica de lo que implicaba sujetar todo el análisis de las “fuentes” al campo propio de la historiografía, entendiendo ésta como la crítica textual y el examen lingüístico. De modo que los ciclos de la historiografía mexicana, en relación con los cambios de sentido de la tradición indígena, podían verse a través de la imposición o la adopción de la historia de tipo general occidental, que en la composición del relato coherente, agrupaba y ajustaba las diversas tradiciones y testimonios en un plan único.

No parecía exagerado afirmar entonces que el hecho inicial que había marcado el origen de la historiografía de México era el contacto perdurable de las tradiciones indígenas con la cultura y la mentalidad occidentales. En cualquier caso, Le Riverend adelantó una distinción entre tradición e historiografía como dos formas de conservación y trasmisión de la memoria y de la experiencia aún no suficientemente comprendida.¹³

¹² Julio Le Riverend, “Problemas de historiografía”, *Historia mexicana*, número 1, volumen III, julio-septiembre, 1953, p. 52-68. p. 52.

¹³ Tal vez a la luz de reflexiones como ésta es que debieran verse trabajos como *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973 y *Toltécayotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, de Miguel León-Portilla; *La conciencia histórica de los antiguos mayas*, México, UNAM, 1975 de Mercedes de

La *Historia de la historiografía* (1965) de Josefina Zoraida Vázquez fue otra de las pocas síntesis generales que aparecieron entonces, y con la característica de haber sido escrita originalmente en español. Esta historia sí quedó inscrita como una historia de ideas porque ponía énfasis en la manera como la historiografía, en su intento por aprehender lo histórico, contenía generalmente "ese concepto total que varía de época a época, según las necesidades del momento y la visión del mundo y de la vida". A través de ella se podían observar, en cada momento histórico, las relaciones que el hombre había establecido con su pasado. Josefina Vázquez tuvo bien presentes los supuestos filosóficos que Croce, Collingwood y Ortega y Gasset habían señalado en cuanto a la manera como el hombre había venido contando siempre con su historia.¹⁴

Sin embargo, en su esfuerzo por apelar a la máxima comprensión, a la *Historia* de Josefina Vázquez le afectó demasiado la responsabilidad y madurez que, según suponía, debían significar vivir en el siglo XX. A pesar de reconocer la reducida validez que podían revelar las periodizaciones, cuanto más hondo era el análisis de una época, le pareció que lo familiar y comprensible de éstas ayudaba a entender la complejidad del pasado. Pero el resultado fue completamente adverso. Al tratar de exponer las relaciones vitales entre las interpretaciones

la Garza; y de Enrique Florescano, *Memoria indígena*, México, Taurus, 1999. Destinadas al menos en una de sus partes al estudio de las formas de conservación del pasado entre los indígenas.

¹⁴ Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía*, México, Pormaca, 1965, 178 pp. (Colección Pormaca, 14). Un punto de vista similar, desde la historia de las ideas, fue el que expresó diez años antes el profesor español Manuel Fernández Álvarez, *Breve historia de la historiografía*, Madrid, Editora Nacional, 1955, 126 pp.

históricas y las circunstancias de su tiempo, no son estas las que expresan el interés dominante y la cosmovisión del historiador en su mundo, sino que las ideas historiográficas aparecen como un puro reflejo de la cosmovisión de su época.

Luis González y González, compañero generacional de Josefina Vázquez, aunque no publicó ningún libro de historia de la historiografía general, escribió tantas páginas sobre el tema, que con toda seguridad aún no las conocemos todas. Su especialidad en este campo fueron las síntesis rápidas, casi siempre por encargo, de la historiografía mexicana del siglo XX, aunque él se inició en el estudio de la historiografía novohispana cuando su intención era dedicar su vida al conocimiento de esa época del pasado mexicano.¹⁵

Cada uno de sus repases críticos parece ser sólo la versión corregida y aumentada del anterior, pero nunca faltan las tres o cuatro frases inquietantes y suficientes para justificar la aparición de las pocas páginas que las contienen, por eso su lugar como cultivador de la historia de la historiografía en México es indiscutible. Metodológicamente, su enfoque generacional ha tenido gran aceptación en el estudio de la historiografía mexicana desde que a finales de 1975, en una reunión de historiadores con el Secretario de Gobernación, Wigberto Jiménez Moreno propuso un estudio de la historia de México a la luz de la teoría

¹⁵ Luis González y Wigberto Jiménez Moreno fueron quienes se encargaron de redactar el artículo "Historiografía" para la *Enciclopedia de México*, México, 1972, p. 537-556. En él, Jiménez Moreno propuso una cronología de las etapas de la historiografía del México prehispánico durante la época colonial, mientras Luis González hizo un intento por dividir en tres etapas la historiografía colonial en general.

de las generaciones que José Ortega y Gasset había lanzado cuarenta años antes.

Entonces, sólo el fragmento encomendado a Luis González fue escrito y publicado por la Secretaría de Educación Pública con el título de *La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la reforma y la revolución mexicana*. Ahí, Luis González coincidió con Jiménez Moreno en que el proceso de cambio sociocultural se entendía mejor si fijábamos la vista en los hombres responsables de las mudanzas históricas, y no en éstas o en las circunstancias en que se producían los vuelcos históricos. Convenía en la tesis de que en el mundo capitalista de los tres últimos siglos, en la época de las naciones independientes, los auténticos responsables del cambio social eran “minorías rectoras y no masas sin rostro o adalides archidibujados”.

Asimismo, aceptaba con Ortega y Gasset que dichas minorías dirigentes formaban cuerpos “cuasibiológicos” que se distinguían claramente de las clases mayoritarias a quienes dominaban, pero que por este mismo carácter, estaban destinadas a nacer y morir en un ritmo generacional de más o menos quince años. Poseían otro modo de ver las cosas, una sensibilidad distinta, con afanes de renovación, con metas y métodos diferentes de los de sus predecesores. Pero claro, estos selectos en la cumbre de la economía, la sociedad y la política, según Julián Marías, no se sucedían en fila india, sino que se entrelazaban, se empalmaban, se solapaban.

El resto de las condiciones previas para aceptar el esquema eran más específicas: aprobar la aplicación de esta “especie de entretenimiento histórico-matemático” a la historia mexicana moderna y reciente, desde su nacimiento como

nación-Estado hasta la segunda mitad de este siglo, “en que la idea de nación comienza a hacerse agua y la de autoridad también”. Consentir en el interrogatorio al que se había sometido a las seis minorías rectoras de entre 1856 y 1958 referido al número y nómina de sus miembros: su oriundez temporal, geográfica, social y cultural; su formación dentro y fuera de las aulas en su fase juvenil; el año, lugar, modo y bandera ideológica al entrar en el escenario público y sus manifestaciones sobresalientes durante la sesquidécada de “noviciado”; las circunstancias de tiempo, espacio y manera ligadas a su arribo a las cumbres del poder, de la sabiduría, de la fama, de la fortuna y del influjo; a sus propensiones íntimas y actividades mayores durante el quindenio de predominio; a su lento abandono de la escena hasta el final, y su significado dentro de la época o drama histórico que les tocó representar.

Claro que Luis González advertía que la vida nacional y contemporánea de México no debía tratar de entenderse sólo “con la vida y las obras sumarísimas de seis tandas de mexicanos selectos”, porque se mencionaban a personas de disímbola estatura como si fueran iguales, de muy distinta condición como si pertenecieran a la misma especie social y se entremezclaban decisiones políticas, libros, batallas, negocios y liturgias como nunca se había hecho, sólo se trataba de una contribución que quizá sería novedosa.¹⁶

¹⁶ Luis González y González, *Obras completas VI. La ronda de las generaciones*, México, Clío, 1997, 348 pp., p.7-15.

Sin embargo, trece años más tarde, cuando escribió el extenso artículo de "75 años de investigación histórica en México"¹⁷, echó mano de aquel esquema para describir la producción de los estudiosos de la historia en lo que iba del siglo XX. En *La ronda de las generaciones* había iniciado con "la pléyade de la reforma", seguida de "la generación tuxtepecadora". "Los científicos de nariz arriscada", nacidos entre 1842 y 1857, eran ahora los que ocupaban el primer sitio cronológico; a ellos seguían los miembros de "la bohemia modernista", nacidos entre 1858 y 1874; luego "los revolucionarios artífices de su propia estatua", venidos al mundo entre 1875 y 1890, y que escribieron la historia protagonizada por ellos mismo en su juventud durante el proceso revolucionario; entre 1890 y 1905 nacieron "los restauradores de la prudencia" que serán maestros de "la generación neocientífica y monográfica" a la que pertenecían los nacidos entre 1905 y 1920. De "la generación del medio siglo" él mismo formaba parte, al parecer, muy diferente de la de quienes subieron desde 1970, "la generación del 68", para arribar finalmente al punto donde se estaba parado en 1985.

Los nombres de historiadores y de historias que encontraban lugar eran muchos. Los rasgos generales contemplados no cambiaban demasiado con respecto a *La ronda de las generaciones*. Aunque no había tanto espacio para tratar de la oriundez de la minoría rectora entre los estudiosos de la historia en México; en ocasiones se mencionaba su fase formativa, especialmente cuando la historia de la institucionalización de los estudios históricos lo permitía; y por

¹⁷ Incluido en *México. 75 años de revolución. T. IV. Educación, cultura y comunicación*. 2, México, Fondo de Cultura Económica; Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988, p.649-704.

supuesto, era más fácil reconocer la bandera teórica de los historiadores que sus preferencias políticas; pero lo que sí trataba de dejar claro Luis González era el significado que cada historiador, o por lo menos cada generación, había tenido dentro de su época. La propuesta tenía sus limitaciones confesadas, pero ha sido ampliamente utilizada por historiadores de la historiografía mexicana más recientes como una manera de establecer cambios de época y cronologías.¹⁸

Enrique Florescano ha sido otro de los más importantes historiadores de la historiografía mexicana y también mexicanista. Desde 1990 Evelia Trejo y Álvaro Matute lo destacaron, primero como el responsable de los principales trabajos de síntesis sobre la historiografía de tema económico, pero sobre todo como uno de los más interesados en la historiografía durante y acerca de la época prehispánica, además de sus síntesis publicadas en México y el extranjero que han tenido como tema la historiografía contemporánea de México.¹⁹

Pero hay algo en lo que sin duda se ha destacado —con acierto o con error en sus consideraciones, dirán Evelia Trejo y Álvaro Matute—, la de cuestionar el favor que le hace a la historiografía contemporánea la existencia y la fuerza de las

¹⁸ Acerca de las periodificaciones en la historia de la historiografía mexicana existe también el intento general de Edmundo Félix Escobar Peñaloza, "Breve esquema de la historiografía mexicana", *Anuario de historia*, Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, vol. VI, 1969, p. 101-106. Es demasiado breve pero no tan superficial como para merecer el olvido en que se le ha dejado.

¹⁹ Cfr. Álvaro Matute y Evelia Trejo, "Veinte años de historia de la historia en México", en *Memorias del simposio de historiografía mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas; Gobierno del Estado de Morelos; Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM, 1990, p.15-17 y 21.

instituciones que han auspiciado la investigación, sobre todo en lo que toca a la influencia del Estado en la historiografía y lo que abiertamente ha calificado como historiografía del poder en tanto instrumento de la minoría gobernante.

En realidad su contribución ha estado dirigida a la función social o el papel que ha jugado el historiador como participe en "la reflexión, el análisis y la discusión de la identidad nacional, la caracterización de los diversos pasados del país y la valoración de la formación de la nación"²⁰, que a partir de 1940 tendría como determinantes la profesionalización e institucionalización de los estudios históricos. Su efecto sería, dice Florescano, el de crear un espacio social capaz de bloquear y mediar las relaciones políticas directas del historiador con los centros de poder y las fuerzas sociales; definiendo un centro de producción de normas de conocimiento y de prácticas de investigación que en adelante uniforma el oficio y el discurso del historiador. Y por último un nuevo tipo de producto: la tesis, la monografía, la "obra"; dirigido también a un nuevo público: los colegas, los profesores y los estudiantes. En fin, profesionalización e institucionalización producirían la "separación" real del historiador del resto de la sociedad.

Al parecer, Enrique Florescano se fue acercando a los planteamientos de Michel de Certeau, quien desde principios de los años setenta sostuvo, entre otras cosas, que el razonamiento histórico debía ser considerado, en primer lugar, como el producto de una situación de poder a la que se le asignaba la legitimación de lo existente mediante la administración institucional del pasado. En el estudio de la

²⁰ Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1996, 558 pp., p.7.

historia de la memoria colectiva y de la historiografía, la vida material e institucional del historiador y sus relaciones sociales no podían pues ignorarse.²¹

Ése es el fondo teórico que se expresa en el objetivo de perseguir las “innumerables memorias del pasado creadas por los distintos grupos y pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México”, tal y como se anuncia en el prólogo de *Memoria mexicana*.

Se trata de un largo recorrido a través de “las extraordinarias recuperaciones del pasado imaginadas por los pueblos indígenas”; “las concepciones providencialistas, místicas y profanas que produjeron los conquistadores y los frailes”; “las ideas de los hombres modernos que contemplaron el pasado bajo la influencia del pensamiento ilustrado”; “el relato concentrado en la edificación del Estado-nación” que impulsaron la independencia política de España y la fundación de la república federal; y por último las “dos interpretaciones canónicas” que dominaron el discurso histórico en el siglo XX: el de la idea de la disrupción política que fue la revolución iniciada en 1910 como

²¹ El interés de Enrique Florescano por la historiografía ha sido una constante en este sentido, desde las bibliografías y los “ensayos de crítica histórica” como *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991, 229 pp. hasta los ensayos de comprensión que, si bien tuvieron su origen en artículos periodísticos y de revistas especializadas, forman ya una trilogía que sin advertirlo se continúa y se profundiza a partir de *Memoria mexicana*, 2ª. ed., dibujos de Raúl Velázquez, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, 604 pp. (Sección de Obras de Historia), pasa por *Memoria Indígena*, México, Taurus, 403 pp. (Pensamiento) y culmina hasta ahora con la más reciente *Historia de las historias de la nación mexicana*, dibujos de Raúl Velázquez, México, Taurus, 2002, 530 pp. (Pasado y presente).

principal y nueva generadora de identidad nacional; y simultáneamente el canon elaborado por los profesionales de la historia, fundado en ideales académicos.

Pero para Florescano, la fuerza que mueve la sucesión y renovación de tales concepciones, percepciones, ideas, pensamientos, relatos, interpretaciones y discursos —cuyas distinciones no se advierten por cierto— es la confrontación de unos grupos contra otros, en especial la de la elite gobernante con los grupos populares. Por eso, junto a las obras producidas por los cronistas e historiadores, Florescano aspira a recuperar las formas tradicionales de recoger el pasado: el mito, la leyenda, el ritual, los símbolos, el mensaje mesiánico y las utopías.

Si bien es cierto que no se ve cumplido tal objetivo, tanto por la amplitud del tiempo que quiere abrazar, como por la falta de rigor en los conceptos que sirven para describir los procesos mentales de la conciencia histórica, al menos el trabajo de Enrique Florescano advierte sobre un campo todavía poco conocido por los historiadores de la historiografía, sobre todo cuando se atiende a la propuesta de visualizar las obras historiográficas sólo como una de las formas posibles de realización del fenómeno de la memoria humana en general.

Esto deja al descubierto la contradicción que se encuentra entre, por un lado hacer una división política de los diferentes "cánones historiográficos" que supuestamente han resumido la cosmovisión de las épocas históricas de México; y por otro querer superar las ortodoxias y reduccionismos académicos. O también, la contradicción de referirse a una "macronarrativa" que resume los valores que dotan a los pueblos de identidad, y al mismo tiempo pensar que ésta coincide con el imaginario de la gente común.

Junto a Florescano, José María Muriá es otro de los que han estudiado el mundo del historiador, de la situación que lo rodea y de la cual no se puede desprender. Así creyó demostrarlo en el hecho de que el lenguaje conceptual del conquistador se hubiera visto imposibilitado de designar las realidades indígenas, pues como lo había afirmado José Gaos, en ningún sector de la realidad podían tener éxito teórico ni práctico más conceptos o categorías que los autóctonos de él.²² José María Muriá formó parte del grupo de historiadores que trasladó la historia de las ideas al campo de la historiografía, pero también estableció claramente el carácter perspectivista y a la vez científico de la historia de la historiografía tradicional, justo la idea que habría de predominar entre la mayoría de los historiadores mexicanos no dedicados a este campo. Una historia casi banal y que parece no tener mayor importancia en sí misma.

Al resultado de la búsqueda del conocimiento del pasado de acuerdo con las necesidades del presente es a lo que se llama Historiografía de tal o cual época; y a su estudio en relación al proceso cambiante que sufre a través del tiempo, será denominada Historia de la Historiografía²³

En cierta forma, buscar al hombre que escribía historia detrás de su obra, fue casi unánimemente aceptado como parte importante, que no fundamental, de la historia de la historiografía, sin duda por una corriente intelectual venida del exterior y que había arrancado a principios de siglo en Alemania e Italia, pero

²² Ese fue el epígrafe que José María Muriá utilizó en *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 223 p. (Sepsetentas, 76).

²³ José María Muriá, *Un panorama de la historia de la historiografía mexicana*, Guadalajara, Jalisco, Universidad de Guadalajara, s.f., 39 p. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras) p.8.

sobre todo por el matiz que los maestros O'Gorman e Iglesia le imprimieron, aún así, es importante valorar con cuidado si efectivamente sus trabajos llevaron a cabo una verdadera renovación en los estudios de historia de la historia en México.

Tanto O'Gorman como Iglesia habían continuado con la tradición de editar y actualizar las obras clásicas de la historiografía mexicana y americana, con una buena dosis de erudición, pero ya sin siquiera pensar en borrarse a sí mismos de sus estudios introductorios y de anotación, que por supuesto incluían el establecimiento y crítica de los textos. Sin embargo, es posible que se haya olvidado que la manera de enfocar, la visión del tiempo, la intención, la distancia histórica de la interpretación y la actualización de la obra historiográfica para un determinado lector, eran las verdaderas divisas que los dos maestros habían querido imprimir a la historia de la historiografía.

Junto con esta forma de historiar la historiografía, las cada vez más populares, numerosas y rigurosas monografías dedicadas al tema, y alguna reseña crítica de alto nivel, un cierto análisis historiográfico se fue imponiendo, supuestamente con el privilegio de uno de sus aspectos: el erudito o heurístico, el hermenéutico o interpretativo y el estilístico o conceptual.²⁴

²⁴ Cfr. Álvaro Matute y Evelia Trejo, *op. cit.* Los autores distinguen aquí entre trabajos monográficos y análisis historiográficos. Entre los escritos que citan esto es muy difícil, porque entre los primeros incluyen los referidos a un autor, una obra o un aspecto de ella, mientras que los segundos versarían sobre conjuntos mayores, tendencias y problemas planteados por la misma actividad historiográfica. En todo caso la relevancia consiste en el intento por encontrar una coherencia entre productos de historia de la historiografía muy diversos, cuando, por otro lado, muchos de ellos no

Los estudios de historia de la historiografía de corte erudito y temático como el propuesto por Ramón Iglesia dominaron un panorama con perspectivas más bien técnicas. Generalmente, dentro de estos límites se quedaron también las investigaciones del pasado historiográfico de las entidades federativas y regiones del país, así como la mayoría de los que buscaron analizar un objeto visto por distintos sujetos. A esto hay que agregar la visita por parte de especialistas en tal o cual acontecimiento, proceso o período histórico, no siempre con buenas armas metodológicas pero sí con el objetivo de presentar "el estado de la cuestión" en un trozo de historia que les es familiar.

Dentro del conjunto de esta producción es imprescindible destacar, entre muchos otros, a Jorge Gurría Lacroix, y a las historiadoras Rosa Camelo, Antonia Pi Suñer, Gloria Villegas y Andrea Sánchez Quintanar. Los trabajos de Gurría son los ejemplos más acabados del análisis historiográfico tradicional, construido sobre una base de interrogantes listas para presentarse a cualquier historiador o escritor de historias: ¿quién era?, ¿qué escribió?, ¿por qué escribió?, ¿cuál fue su concepto de la historia?, ¿cuáles sus fuentes?, ¿cómo veía a ciertos acontecimientos y a ciertos personajes?, etcétera, todas ellas encaminadas a establecer el valor de la obra como fuente.²⁵

Con Rosa Camelo se corre el riesgo de cometer una injusticia porque su carrera se ha distinguido, sobre todo, en la enseñanza de la historia de la

son ni historia ni análisis de la historiografía sino crítica historiográfica, según la distinción que se ha tratado de hacer hasta aquí.

²⁵ Cfr. Rosa Camelo, "Jorge Gurría y la investigación historiográfica", en *De la historia. Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*, México, Imprenta Universitaria. UNAM, 1985, p. 17-28.

historiografía mexicana. Precisamente en un pequeño artículo dedicado a esta cuestión aclaró cómo es que para ella el problema consiste en hacer evidente la historicidad de los escritos historiográficos, haciendo reflexionar al posible lector en que no sólo existe lo narrado sino también el narrador. Un narrador o historiador en el que necesariamente debe estar presente la voluntad para historiar, es decir, para explicar un suceso en su relación con otros y llegar a obtener una percepción clara del pasado en su significado. Ése es el requisito para hablar de una obra historiográfica; el requisito para estudiarla es tomar en cuenta el tiempo y espacio de tres sujetos: el suceso historiado, el historiador y el lector que pudiera ser un historiador de la historiografía. Por eso es que para Rosa Camelo penetrar en la estructura de la obra historiográfica es penetrar en la estructura mental del historiador y su universo explicativo.²⁶

Antonia Pi Suñer por su parte, en la introducción al volumen cuarto de la *Historiografía mexicana* coordinado por ella, aunque adoptó el enfoque generacional de Luis González, también afirmó que se había tratado de agrupar a los historiadores de acuerdo al *género historiográfico* que más los caracterizó, es decir la historiografía política, subdividida en los que se ocuparon de la historia inmediata y los que escribieron desde una perspectiva más lejana. Después, los

²⁶ "Los contenidos en la historia de la historiografía", en Victoria Lerner Sigal, comp., *La enseñanza de Clío: prácticas y propuestas para una didáctica de la historia*, México, Centro de Investigaciones y Servicios Educativos. UNAM; Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990, 493 pp., p. 291-295. Otro trabajo de ella misma que vale la pena destacar por el tema de la periodificación es "Hombre e historia en los siglos XVI y XVII", en *Humanismo y ciencia en la formación de México*, Zamora, México, El Colegio de Michoacán; CONACYT, 1984, p. 157-162.

historiadores eruditos o científicistas que dieron prioridad a la compilación documental o enciclopédica que permitiera reconstruir el pasado. En tercer lugar aparece un estudio destinado al análisis de la importancia que los libros de texto de historia de México habían adquirido a partir de 1850. Y finalmente, los autores que conscientes de la necesidad de que México contara con una historia general, trataron de ofrecer una visión integradora de su devenir antes de la aparición de *México a través de los siglos*. El hecho de hablar de géneros historiográficos es indudablemente digno de reflexión aunque la autora lo haya aplicado de manera superficial y sin consecuencias historiográficas, porque no se refiere a la forma, sino al contenido, por otra parte, disociando uno del otro.

Los trabajos de Gloria Villegas y Andrea Sánchez Quintanar son todavía más de crítica historiográfica. En su caso, un estudio historiográfico analítico se centra en las ideas básicas, especialmente las políticas, y en cómo se aplican dentro de una obra; cuál es el método de investigación empleado y, de manera especial, cuál es la idea de la historia que preside la obra de un historiador. Tal vez sea éste último el motivo que más vale la pena destacar porque, ¿es que acaso la historia de la historiografía es la historia de la idea o el concepto de la historia? Definitivamente creo que no.

Un trabajo que ofrece mayor problema es el de Carlos Mendiola Mejía²⁷. Comienza por hacer la distinción entre historia, entendida como la *actividad práctica* que implica escribir libros de historia, y la *actividad teórica* en que

²⁷ "Distinción y relación entre la teoría de la historia, la historiografía y la historia", *Historia y Grafía*, número 6, 1996, p. 171-182.

consisten la teoría de la historia y la historiografía, encargadas de reflexionar sobre aquella actividad práctica que es la historia.

Dicha reflexión, dirigida en términos generales a establecer la validez de los libros de historia, distingue luego entre el "propósito" de la teoría de la historia que pretende fundamentar a la historia, y el "propósito" de la historiografía, que busca cómo se pretendió verificar la historia en el momento que se escribió. Es decir, según Carlos Mendiola, la historiografía "pretende reconstruir la manera en que se escribió la historia en una época, poniendo particular atención en cómo pretendió ser válida o cómo podía ser verificada."²⁸

Siguiendo el argumento de Carlos Mendiola ya sólo para el caso de la historiografía, lo anterior supone que para que la historiografía reconstruya las distintas verificaciones propuestas en la historia, ella debe determinar la contingencia de la propuesta. Por lo tanto, la historiografía estaría dirigida hacia el pasado, ofreciendo el conocimiento de cada uno de los modos en que la historia ha sido hecha como paradigma de la práctica historiográfica. Y es que si con paradigma se quiere decir que cada una de las maneras en que la historia ha sido realizada impone un modo de dirigirse a las fuentes y una manera de expresar sus afirmaciones y defenderlas ante la comunidad de historiadores, queda claro que el paradigma resulta ser una determinada forma de pretensión de validez y de su posible verificación.

Aunque Carlos Mendiola acierta en destacar lo que la historia tiene de actividad práctica, se equivoca al calificar a la que él llama simplemente

²⁸ *Idem.*, p. 173.

"historiografía", como una actividad exclusivamente reflexiva por su propósito. Ese propósito no es sino una de las posibles tareas de la historia de la historiografía, que viene a ser, por tanto, también una actividad práctica. Por otra parte, cabe agregar que es muy dudosa la posibilidad de aplicar la idea de paradigma al estudio de la historiografía, porque eso implicaría que, en efecto, los cambios en la serie de compromisos en la comunidad de historiadores que muestra el paradigma se producen por "exigencias" de la teoría de la historia, lo cual permite a la historiografía exhibir una diversidad de paradigmas. Visto así, el paradigma chocaría de frente contra la historicidad de la historia de la historiografía.

Perla Chinchilla Pawling, en cambio, ha mencionado la posibilidad de establecer una tipología para pensar la historia de la historia (que para ella viene a ser lo mismo que historiografía). Siguiendo a Roger Chartier —quien a su vez utilizó la tipología sugerida por Richard Rorty en relación con la historia de la filosofía, para encontrar sus equivalencias en campos como el de la literatura, la ciencia y el arte—, Perla Chinchilla refiere tres tipos para la historia de la historia:

La *Geistgeschichte*, definida como la historia de la formulación de las cuestiones consideradas como específicamente filosóficas, y la historia de la construcción del repertorio de los autores canónicos; en segundo lugar la 'historia intelectual', entendida como la historia de las condiciones mismas que hacen posible, de diversa manera, según los tiempos, la práctica filosófica, y finalmente las reconstrucciones históricas que intentan establecer el sentido de los textos respecto de su contexto de producción y de recepción.²⁹

²⁹ Roger Chartier, *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, México, Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia, 1997, 116 pp., p. 93. Citado por Perla Chinchilla Pawling, "¿Es posible enseñar historiografía?", *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, número 9, 1997, p.300-306. Es una reseña del libro de Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia*, obra que,

Habría sido interesante que Perla Chinchilla desarrollara esta tipología que ella considera aplicable a las formas de hacer historia de la historiografía, sobre todo para enfrentar las dificultades de reducirse a tres únicos tipos. Por otro lado, es necesario recordar que la sugerencia de tomar el modelo de la historia de la filosofía para aplicarlo a la historia de la historiografía se puede encontrar ya de manera implícita en la *Introducción a la historia de la filosofía* y en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Hegel. Por ejemplo, cambiando los términos, bien podría decirse que la historia de la historia debe ser estudiada como la única introducción posible a la historia, porque es ella la que presenta el origen de la historia. Una idea que además tendría el valor de conducir a la meditación acerca de la importancia teórica de la historia de la historiografía.³⁰

Creo que esto último puede servir para concluir este capítulo dedicado a la historiografía de la historiografía en México. Si bien es cierto que una buena parte de la crítica histórica —o historiográfica para ser un poco más precisos— permaneció sujeta al problema de la depuración de las falsedades ocultas en la historia de México, la relevancia de las historias de las ideas historiográficas en su

por cierto, Perla Chinchilla ubica en el primero de los tipos mencionados. Véase al respecto el último capítulo de la segunda parte: "Escritura y lectura de la historia en México".

³⁰ Naturalmente lo que Hegel dice es: "la historia de la filosofía puede ser estudiada como una introducción a la filosofía, porque presenta el origen de la filosofía", *Introducción a la historia de la filosofía*, traducción del alemán y prólogo de Eloy Terrón, Buenos Aires, Aguilar, 1980, 302 pp. (Biblioteca de iniciación filosófica, 42), p. 27.

forma historicista es indudable, porque a partir de entonces las relaciones vitales con el pasado pasan a ser algo verdaderamente propio de manera consciente.

Es así como me parece que se confirma la aseveración inicial de que fue el historicismo el que transformó la crítica historiográfica en análisis historiográfico, a pesar de la existencia y la permanencia de otras propuestas paralelas. Si se acepta que la historiografía contribuye al conocimiento de nosotros mismos, a la constitución de nuestro ser histórico, también estamos obligados a aceptar que la historia de la historiografía tiene una doble importancia teórica, porque, por un lado remite al análisis de la historia de esa constitución ontológica, y por otro implica el análisis de los fenómenos de conciencia que tienen lugar en dicha constitución.

Sin embargo, tal importancia teórica no ha sido pensada sólo desde este punto de vista, y la mejor prueba que puede ofrecerse aquí es otra vez la propia historiografía de la historiografía mexicana, que también ha abordado la historia de la historiografía como el medio idóneo para desentrañar la verdad que exige la ciencia de la historia; como el campo para confrontar las formas de la memoria dentro de la cultura indígena con las formas propias de la mentalidad occidental; como la expresión de la cosmovisión de una época a través de sus figuras más representativas (la idea del mundo del historiador); e incluso como la historia del concepto y del método de la historiografía.

Enrique Florescano, Rosa Camelo, Antonia Pi Suñer, Carlos Mendiola e incluso Perla Chinchilla, creo que al aplicar otras categorías y conceptos como "discurso y memoria en tanto resumen de identidad histórica", "estudio del tiempo", "universo explicativo", "género historiográfico", "historiografía como actividad reflexiva" y "tipos historiográficos" apuntan a dos cosas: primero, que la historia de

la historiografía exige una teoría para afinar el análisis historiográfico que es su tarea; y segundo, que la historia de la historiografía exige tal teoría a la propia historiografía, pero al mismo tiempo, la historia de la historiografía se reviste de una importancia teórica para la historiografía porque ella es el punto de partida más originario tanto para la práctica historiográfica como para cualquier teoría de la historiografía.

La importancia teórica de la historia de la historiografía

Para principios de la década de los ochenta y sin dejar de existir otras alternativas en la historiografía francesa, *la nouvelle histoire* es la nota dominante en la escritura de la historia que, emparentada o no al marxismo, escribe su propia historia. Charles-Olivier Carbonell escribió entonces su libro de *La historiografía*¹, de tono optimista en cuanto a la existencia humana, aunque apocalíptico en cuanto a la historiografía puesta ahora ante a la infinitud de los temas, de los métodos y de las posibilidades de escritura. Para él no hay lugar a dudas, la historia ha sido siempre la historia desde el nacimiento de Clío hasta la actualidad a pesar de los cambios, que por otra parte entrañan un progreso.

Pero su punto de vista pretende ser “el de un historiador de hoy día”, más curioso de las representaciones colectivas que de las obras maestras y de los genios, cuyo objeto es presentar, desde un punto de vista histórico, la diversidad de los modos de representación del pasado en el espacio y el tiempo. Y más precisamente, afirmar que la historiografía no es “nada más que la historia del discurso —un discurso escrito que dice ser cierto— que los hombres han hecho sobre su pasado”. Y puesto que una sociedad no se descubre jamás tan bien como cuando proyecta tras de sí su propia imagen, la historia de Clío resulta ser el

¹ Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 163 pp. (Breviarios, 353). Fue publicado originalmente en 1981.

mejor testimonio de culturas desaparecidas y de la nuestra propia. La historia de Carbonell señala así una idea cada vez más comúnmente aceptada e interesante: Las historias no son más que representaciones del pasado que hasta ahora sólo han sido historiadas a través de sus discursos escritos.

Un año después, en 1982, Carbonell encabezó la lista de los colaboradores del primer número de la revista *Histoire de l'historiographie*, de la Comisión Internacional de Historia de la Historiografía, que a su vez había sido fundada en Bucarest el 12 de agosto de 1980 por el Congreso Internacional de Ciencias Históricas. En su sección "Notiziario", la revista daba cuenta de cómo había quedado integrada dicha Comisión por Charles-Olivier Carbonell, André-Félix Grabski, Karl-Georg Faber, Georg G. Iggers, Lucian Boia, Bianca Valota y Hans Schleier, como presidente, vicepresidente y secretarios respectivamente. No era sorprendente que uno de los principales promotores de la Comisión y su presidente escribiera para señalar la línea de la revista en esa primera época.

En su artículo "Pour une histoire de l'historiographie", Carbonell comenzó por describir las limitaciones y el lugar muy secundario ocupado por la historia de la historiografía desde su nacimiento, según él, en el siglo XVIII en Alemania, pero sobre todo con las concepciones de la historia objetiva del siglo XIX, cuando la mejor forma de cumplir con las exigencias había sido la de hacer de la historiografía un catálogo bibliográfico o bio-bibliográfico.²

² Charles Olivier-Carbonell, "Pour une histoire de l'historiographie", *Histoire de l'historiographie*, número 1, 1982, p. 7-25.

Después, con el historicismo europeo, además de una nomenclatura más o menos amplia de los eruditos e historiadores que se habían ocupado de determinados temas, o de una aproximación filosófica al desarrollo de los estudios históricos, la historiografía tuvo la oportunidad de encontrar una historia sobre sí misma, cuando Benedetto Croce la remitió a la historia del pensamiento con un contenido más vasto, englobando todas las formas de representación, todos los saberes y todos los valores que daban a los grupos su coherencia y su cohesión.

Luego, los historiadores marxistas vendrían a hacer de la historia de la historiografía una rama de la sociología retrospectiva del conocimiento, hasta que la *nouvelle histoire* llegara para proporcionarle la singular oportunidad de dejar de ser una seca introducción bibliográfica y se transformara en una "larga conclusión abierta, para que no fuera más la genealogía de un saber, sino la invitación a un viaje de la inteligencia." Era así como había nacido una auténtica historia de la historiografía, parte de un movimiento más vasto que había venido a afectar todo el conjunto de las ciencias.

Esta metamorfosis de la ciencia, trasladando los términos de Ilya Prigogine, de Pierre Teilhard de Chardin, de Werner Heisenberg y de Edgar Morin, había dado como resultado, sin duda, la afirmación de que la historia, definida como el conjunto del pasado humano carecía de existencia objetivable, y que sólo existía la historiografía. Para un historiador atento de la obra de José Gaos, o más recientemente, de la tradición que abarca a Reinhart Koselleck y Jörn Rüsen, la sorpresa de Carbonell ante este hallazgo puede parecer ingenuo en el mejor de los casos, pero ya no lo es tanto si se piensa en sus consecuencias desde la historia de la historiografía.

No es necesario exagerar la importancia que puedan tener las consideraciones de Carbonell. Al final no deja de afirmar que la ambición es descubrir cuáles han sido las cambiantes máscaras que han cubierto el rostro de la historiografía y señala algunas líneas de investigación que supuestamente se han abierto para la historia de la historiografía: la enseñanza de la historia, la relación entre texto e imagen, el lenguaje histórico, la relación mito e historia, etcétera. Lo que sí se destaca es el nuevo estatuto ontológico que podrían adquirir historicidad e historiabilidad (o historiograficidad, utilizando el término de Gaos) en ese "ampliar y profundizar en las dimensiones de lo real" que para Carbonell significa abordar la historia de la historiografía.

En su número dos, la revista *Histoire de l'historiographie* presentó dos de las intervenciones ofrecidas en un debate abierto, para lectores y colaboradores, después del artículo de Carbonell acerca de la cuestión esencial de ¿qué es la historia de la historiografía? La primera fue de Lawrence D. Walker, de la Universidad estatal de Illinois y la segunda de Milica V. Netchkina, del Consejo Científico "Historia de la ciencia histórica" de la Academia de Ciencias de la URSS. Ninguno de los dos se refirió explícitamente al artículo de Carbonell, pero sí dieron una respuesta divergente de la historia cultural de la historiografía que él proponía.

Walker puso en claro la dirección de su posición desde el título mismo de su texto: "The History of Historical Research and Writing Viewed as a Branch of the History of Science". Probablemente, dice Walker, el mejor modelo para el estudio de la historiografía, definida diacrónicamente como el estudio de la investigación y escritura históricas en tanto sujeto histórico, sea el de la historia de la ciencia. Esto, no porque la historia sea una ciencia, sino porque su método es o trata de

ser científico, y la historia de este método y de las teorías empleadas en la conceptualización y escritura de la historia serían mejor apreciadas desde la ciencia que desde la literatura o el anticuarianismo. Incluso aceptando que la historia no sea una ciencia paradigmática, sino pre-paradigmática, en el sentido de Thomas Kuhn.

La única dificultad para poder considerar seriamente la investigación y escritura históricas como una rama de la ciencia, y a la historiografía como un tópico en la historia de la ciencia, era que su creación, muy frecuentemente, consistía en un acto celebratorio y conmemorativo de la muerte y de sus muertos que estaba muy lejos de lo racional científico. Aunque la contradicción era superable, después de todo, el esfuerzo por penetrar y recrear la verdadera "mentalidad" era a un mismo tiempo el más científico y el más conmemorativo de los actos. No había duda entonces, el estudio de la investigación y escritura históricas se haría mejor desde la historia de la ciencia, aun si la historia misma no era una ciencia.

Milica Vasilevna, en "L'histoire de l'historiographie. Problèmes méthodologiques de l'histoire de la science historique", insiste también en el carácter científico de la historia, pero reclama la necesidad de una elaboración teórica de la historiografía (entendida como la historia de la ciencia histórica) que sirviera como base para los estudios históricos, pues la historia de la ciencia histórica comprendía además la historiografía de su propia historia, y no podía ser de otra manera. Se comprendía incluso que para Milica Vasilevna aquella no tenía lugar sin ésta.

Para 1991, cuando Georg G. Iggers y Edoardo Tortarolo pasan a ser los editores de *Histoire de l'historiographie*, cada vez más conocida por su nombre en italiano de *Storia della storiografia*, se observa un cambio completo en las líneas de investigación de la revista, que sin embargo, se había percibido desde un poco antes: la transición hacia la historia de la historiografía como historia del discurso histórico antes que como historia cultural. Ya en 1986 algunas de las contribuciones se habían referido a la relación entre elementos narrativos y elementos estructurales en la historiografía.³

Es digno de mencionar al respecto el artículo de Irmeline Veit-Brause: "Paradigms, Schools, Traditions. Conceptualizing shifts and changes in the history of historiography".⁴ La autora sigue sobre todo el argumento de Carola Lipp acerca de "*el acto de escribir historia como cultura política*", para plantear la cuestión de una aproximación a la historia de la historiografía teóricamente más consciente. Se pregunta entonces por las categorías que han sido más frecuentemente utilizadas para explicar los cambios y desplazamientos en la historia de la historiografía.

El "cambio de paradigma" es la categoría utilizada en primer lugar para responder a la pregunta de ¿qué provoca la reorientación de lo investigable?, siendo las nociones de "escuelas" y "tradiciones" destinadas a la misma cuestión, pero sirviendo para señalar la coexistencia de un pluralismo metodológico. A continuación aparece el "rompimiento generacional", noción destinada a la

³ Véase por ejemplo Reimar Müller, "Zum Verhältnis von narrativen und strukturellen Elementen in der antiken Geschichtschreibung", *Histoire de l'historiographie*, número 10, 1986, p. 25-35.

⁴ *Histoire de l'historiographie*, número 17, 1990, p. 50-65.

pregunta de ¿cómo ocurren los cambios y los desplazamientos?. Y por último “cultura política”, categoría utilizada por Lipp con cierta ironía y que dirige su atención al problema de cómo los cambios en las direcciones de la investigación son negociadas por los practicantes de la disciplina.⁵

La teoría del cambio de paradigma dirige la atención a factores sociológicos que afectan el cambio en las direcciones dentro de las comunidades científicas de investigación, mientras que el cambio de generación se dirige hacia las determinantes socio-psicológicas en el “contexto de descubrimiento”, antes que en el “contexto de justificación” o en la aceptación de un nuevo paradigma por la comunidad investigadora.

Esta explicación se amplía mostrando cómo en las teorías del conocimiento y teorías de la ciencia, la cuestión de cómo se adquiere una nueva concepción se responde de modos fundamentalmente distintos. En la teoría de las ciencias exactas de Khun, un cambio de paradigma es ocasionado por la perspicacia creativa y la novedad sintética de practicantes individuales de una determinada disciplina, mientras que en el fundamento existencial de las ciencias humanas, como lo es la historia, un cambio de perspectiva es en gran parte un cambio en la definición de aquello que es digno de conocer.

La cultura política de la historiografía se refiere, por su parte, al impulso moral. Las ciencias humanas son vistas en una revolución permanente de los

⁵ Esta última categoría recuerda sin duda alguna ciertas ideas de Michel Foucault que se verán más adelante, pero también de Niklas Luhmann, véase por ejemplo “La sociología como teoría de sistemas sociales”, en *Ilustración sociológica y otros ensayos*, versión castellana de H. A. Murena, Buenos Aires, Sur, 1973, 183 pp. (Estudios alemanes).

grupos de practicantes discutiendo, discrepando y compitiendo constantemente por el acceso al capital simbólico, por el prestigio y poder que se crea con el establecimiento de controles monopolísticos sobre la autodefinición de la sociedad a la que pertenecen. Aquí, la autora se refiere a Hayden White como uno de los teóricos que sólo recientemente han puesto su atención en la “política de la historia”, pero lo que aquí interesa es, en primer lugar la explicitación de un modelo sociológico para la historia de la historiografía, y en segundo, la posibilidad de trasladar ese mismo análisis sociológico conceptual al campo de una teoría de la historia de la historiografía.

Todavía hay algo más que se puede decir acerca de quienes se han dedicado a estudiar desde un punto de vista teórico la historia de la historiografía en otras latitudes. Silvia Pappel⁶, al referirse a los debates recientes acerca del lugar del historiador y su trabajo, que desde la visión de la teoría de la historia y la historiografía tuvieron lugar en los últimos treinta años del siglo XX en Alemania, refiere varios títulos o colecciones de interés al respecto. Por ejemplo, el primero de los cinco volúmenes editados por Wolfgang Kötler, Jörn Rüsen y Ernst Schulz entre 1994 y 1999 bajo el título de *Der Geschichtsdiskurs*, lleva el inquietante nombre de *Grundlagen und Methoden der Historiographieggeschichte*. Debo confesar que lamento no haber podido conocerlo para incluirlo aquí.

⁶ Silvia Pappel coordinadora, colaboración Guillermo Zermeño, *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana. Azcapotzalco; Universidad Iberoamericana, 2000, 503 pp. (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades. Serie Historia-Historiografía), p. 18.

Sin embargo, creo poder decir algo al respecto gracias a la reseña de la obra de Horst Walter Blanke-Schweers, *Historiographiegeschichte als Historik*⁷, cuyas reflexiones parecen estar muy cerca de las contenidas en aquél otro título. El trabajo se divide sistemáticamente en tres cuestiones: La primera reconstruye la historia científica de la ciencia de la historia en los últimos 250 años como sucesión de tres paradigmas científicos, la "Historia ilustrada", el historicismo y la ciencia social histórica. La segunda ofrece un esbozo histórico del desarrollo de la Histórica (*Historik*) en la misma época. Y la tercera traza en detalle la historia de la historia de la historiografía. Aunque habría una cuarta cuestión, si bien, no sistemáticamente discutida, la que se refiere a la teoría, la tarea y la función de una historia de la historiografía moderna.

El resto de lo que puedo decir de acuerdo con la mencionada reseña es que el autor toma en cuenta la teoría científica de Thomas S. Khun y se refiere a algunos de los historiadores de la historiografía que reconoce como de capital importancia, naturalmente de lengua alemana: L. Wachler, F. Wegele, M. Ritter, F. Meinecke, K. Lamprecht, K. Breysing, G. v. Below, Ed. Fueter, E. Troeltsch, H. Ritter, v. Sbrink, H.-U. Wehler y G. Iggers.⁸

⁷ Stuttgart-Bad Canstatt, Frommann-Holzboog, 1991, 809 pp. (Fundamenta Historica. Texte und Forschungen, hg. v. Georg G. Iggers, Peter Hanns Reill, Jörn Rüsen u. Hans Schleir, Bd. 3). La reseña, escrita por el propio autor apareció en el *Dilthey-Jahrbuch für Philosophie und Geschichte der Geisteswissenschaften*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, Band 8, 1992-1993, 389-391.

⁸ De Iggers refiere otro trabajo que habría sido importante ver: "Theorieprobleme der Historiographiegeschichte", en Konrad H. Jarausch u. a. (Hg.), *Geschichtswissenschaft vor 2000*.

El título de *Historia de la historiografía como Histórica*, dice Blanke, se comprende para algunos como condensación de la situación empírica del trabajo: es decir, que la historia de la historiografía (como retrospectiva de la propia disciplina y de su historia), consciente o inconscientemente, entraña siempre una autorreflexión metodológica. Para otros en cambio, es programático para comprenderlo como informe decisivo para una historia de la ciencia histórica teóricamente acompañada. En cualquiera de los dos casos queda claro el valor teórico que la historia de la historiografía adquiere en una consideración crítica.

Ésta propuesta de una historia de la historiografía como Histórica (*Historik*), como teoría de la historia, que ha surgido principalmente de investigadores vinculados a la Universidad de Bielefeld en Alemania sólo es, quizá, la afirmación más clara de que la historia de la historiografía es una vuelta reflexiva sobre sí misma para la historiografía. Aquí, la historia de la historiografía comienza por preguntar qué ha sido y qué puede llegar a ser la historiografía.

Pero además, es evidente que el reconocimiento de que las historias son sobre todo representaciones del pasado dentro de la historia de la historiografía no puede dejar de afectar a toda la historiografía en general como forma de conocimiento. La comprensión del significado de lo históricamente real se hace más complejo y aparece de nueva cuenta la necesidad de una historia de la historiografía teóricamente más consciente. Es eso lo que justifica la consolidación y profundización en el campo del análisis historiográfico.

SEGUNDA PARTE

EL ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO

Introducción

Parece haber quedado claro hasta aquí que el nacimiento de la historia de la historiografía, si bien ha sido situado dentro de un tiempo y un espacio particulares, ella no ha sido siempre una y la misma, puesto que los temas de sus objetos han variado desde el mismo momento de imaginarlos en su ordenación y jerarquía. Claro que no basta con decir que la historia de la historiografía ha cambiado tanto como la historiografía misma, también es necesario aclarar que aquélla se ha hecho de una tarea particular.

Es en esta tarea en la que reside, en última instancia, la significación teórica de la historia de la historiografía, porque describir autorreflexivamente a la historiografía requiere de un procedimiento que, como el analítico, de lugar y cabida para suscitar, de manera consciente, la gran variedad de preguntas que los historiadores de la historiografía se han hecho hasta ahora.

Justo ahí es donde se inscribe el análisis historiográfico, que si bien —como ha quedado dicho— se toma en principio como el concepto que nació en un lugar determinado en el ámbito mexicano, vale para describir los más variados intentos que se han hecho tratando de explicar qué es lo que hace la historiografía, cómo y por qué. La razón de que tal generalización sea posible radica en el hecho de que todos esos intentos toman en sus manos el asunto desde la historiografía misma, aún cuando su objetivo esté puesto en elaborar una teoría de la historiografía o de las ciencias humanas en general. En resumen, abordar el tema del análisis historiográfico significa pasar de reconocer que la historia de la historiografía tiene una importancia teórica a preguntar ¿en qué puede consistir ésta?

Prolegómenos del análisis historiográfico

José Luis Romero no sólo se conformó con situar cronológicamente el nacimiento de la historia de la historiografía, también fue uno de los primeros en esbozar una forma de análisis historiográfico como procedimiento lógico de la historia de la historiografía. En una nota crítica publicada en 1943 bajo el título de "sobre los tipos historiográficos",¹ Romero destacó el papel que la actitud historicista había jugado en la observación de la mutabilidad del punto de vista para la consideración del pasado, y por tanto, en la afirmación de la historicidad de la ciencia histórica. Aseguraba que la historia de la historiografía correspondía a una etapa de madurez de la ciencia histórica posterior a la definitiva organización de su método y a la naciente discriminación de sus caracteres gnoseológicos, postulando como su misión específica el examen de las concepciones historiográficas nacidas de la historicidad de los puntos de vista de la ciencia histórica.

Gracias a esta característica actitud del siglo XIX se habían suministrado los elementos necesarios para llegar a estructurar una historia del pensamiento historiográfico. En el breve curso de su existencia, la historia de la historiografía había adoptado un esquema lineal que repetía las etapas fundamentales de la historia del pensamiento, el planteamiento era importante y quizá había que insistir

¹ *Logos. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, Universidad de Buenos Aires, año II, número 3, 1943, p.105-109.

más aún en señalar las correlaciones entre la historia general de la cultura y esta forma particular de ella, pero evidentemente no era el único.

Junto a él se ofrece la posibilidad de un examen sistemático de las formas regulares de la intelección histórica, nacidas de la intuición de un mismo valor considerado fundamental y que corresponden a formas regulares de concepción de los entes históricos; estas formas se realizan en el acto de la comprensión de una realidad histórica, y su análisis, a lo largo del curso secular de la ciencia histórica, conduce hacia el delineamiento de una morfología historiográfica, imprescindible para alcanzar el sentido de su mero desarrollo sucesivo.

Este análisis historiográfico debía comenzar por determinar, frente a cada realización historiográfica, cuál era el sistema de supuestos que subyacía en el fondo de la actitud cognoscitiva, y precisar después qué concepción de la vida histórica surgía de ellos por la preferencia hacia determinadas notas de las muchas que ofrece la realidad histórica. Luego, era necesario discriminar las singularidades históricas que se ejercitaban en ella, y finalmente, qué materiales habían podido suministrar los datos para montar tal interpretación y qué criterio metodológico había sido utilizado para su uso.

Así, el análisis historiográfico alcanzaría a caracterizar el significado y el valor de los distintos elementos integrantes del desarrollo total del pensamiento historiográfico y nos pondría en la pista de una morfología histórica, revelando que pese a las múltiples diversidades externas, los criterios interpretativos habían correspondido a un número limitado de concepciones de la vida histórica, cada una de las cuales parecía configurar una forma definida de intelección del pasado, constituyendo lo que podía denominarse un *tipo historiográfico*, un esquema que se realizaba regularmente y dentro de cuyas líneas directoras se estructuraban, reiteradamente, las realidades diversas que eran sometidas a examen. Tipos

historiográficos estos que, como formas ideales que eran, se agrupaban según los elementos de la vida histórica a que acordaban preferente y fundamental atención (los agentes históricos, las áreas temporales, etc.).

Distinguió entonces Romero cuatro grupos de tipos historiográficos. El primero era aquel que partía de la intuición de los agentes históricos como nota fundamental del devenir, intuición que conducía en la menos elaborada de sus formas a la percepción del grupo o colectividad a la que el observador pertenecía y cuyo pasado quería reconstruir. De ella se desprendían tres tipos historiográficos: aquel en que el pasado se manifiesta como devenir de una colectividad real, inmediatamente percibida; aquel en que se manifiesta como devenir de un hombre, y aquel en que se manifiesta como devenir de una colectividad ideal, clase social, cristiandad, humanidad, etcétera.

El segundo grupo partía de la intuición de ciertos esquemas temporales cuyos contenidos configuraban unidades de sentido. De esta intuición resultaban dos tipos historiográficos: uno en el que el pasado se hacía presente como devenir circunscrito en el tiempo como *épocas* en las que se ahonda lo peculiar, y otro en el que se presenta como devenir ininterrumpido en el que se estructura en longitud sobre la base de lo común y duradero.

El tercer grupo partía de la intuición de las formas en que se manifestaba la actividad histórica, conduciendo hacia el examen preferente de los productos objetivos, prescindiendo un poco de los agentes históricos. De ella se derivaban tres tipos historiográficos: uno en el que el pasado se presenta como sucesión de hechos de convivencia, otro en el que se muestra como devenir de una forma

autónoma de creación y un último en el que el pasado se presenta como devenir de la cultura.

El punto de partida del cuarto grupo de tipos historiográficos era la intuición de los nexos que estructuran la vida histórica. Con ella aparecía como tal la ciencia histórica, y en consecuencia, dos tipos historiográficos: uno que concibe el pasado como resultado de causas simples y determinantes, y que se ramifica en varios subtipos; y otro que lo concibe como resultado indeterminable de un sistema igualmente indeterminable de motivaciones.

Para José Luis Romero, por esta vía se podía llegar a estructurar una morfología historiográfica con cuyos esquemas sería posible un mayor rigor en la consideración del desarrollo de la ciencia histórica y un ajustado planteamiento de todos sus problemas peculiares, basado en el examen empírico de su labor a lo largo de veinticinco siglos en Occidente.

Años más tarde, José Luis Romero se ocupó de estudiar a Maquiavelo como historiador, de reunir algunos ensayos sobre la biografía y la historia, y de escribir serias consideraciones acerca del pensamiento histórico de la cultura griega. En estos trabajos evitó la aplicación esquemática del cuadro hecho en 1943 aunque lo siguió de cerca con positivos resultados, y en el último de ellos² hizo algunas observaciones sobre la delimitación en la fisonomía gnoseológica de las ciencias históricas, que gracias a Windelband, Rickert y Dilthey habían permitido establecer la inequívoca discriminación entre la etapa heurística y la

² *De Heródoto a Polibio: el pensamiento histórico en la cultura griega*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1952, 144 pp.

etapa hermenéutica, exigiéndose para la primera una objetividad rigurosa, y admitiéndose para la segunda cierto condicionamiento histórico.

Lo fundamental en el "análisis historiográfico de una obra histórica" para José Luis Romero sigue siendo la concepción de la vida histórica, piedra angular en ella, porque es la única que puede proporcionar un dato seguro acerca de la posición y el alcance de la obra histórica, así como de la alcurnia del historiador. En segundo lugar está la capacidad que revele el historiador para la comprensión de lo individual histórico, ahondando en ello y descubriendo toda su singular e intransferible significación hasta incorporarlo con sentido dentro de un proceso continuo y coherente que llegue hasta la propia experiencia inmediata del historiador. Ésta es en esencia la actitud histórica y sirve para medir la calidad del historiador. Por último, dice Romero, deben juzgarse los contenidos de erudición y los instrumentos metodológicos en función del ambiente intelectual que rodea al historiador; porque siendo la objetividad uno de los polos de la ciencia histórica, la erudición constituye el camino real para la obtención de materiales seguros. En cuanto a su vida personal o sus posibilidades antitéticas como filósofo o artista, Romero recomienda juzgar la obra del historiador sólo en función de este terreno, si de lo que se trata es de la historia de la historiografía.

Claro que José Luis Romero nunca influyó en México de manera directa ni tan importante como los propios maestros de aquí, y en términos generales los temas de la escritura y lectura de la historia no atrajeron la atención sino hasta el último tercio del siglo XX, otra vez por influencia del exterior, de Francia y de los Estados Unidos principalmente.

La única, pero muy destacada excepción en México fue la obra del filósofo José Gaos, quien más que ocuparse de hacer historia de la historiografía, afirmó la posibilidad de estudiar de manera directa y rigurosa la realidad histórica total de la historiografía, tomando como punto de partida las obras historiográficas y empezando por aplicar un esquema de la expresión en general.

Fue así como Gaos contribuyó desde el historicismo mexicano a la descripción del análisis historiográfico de la historia de la historiografía en sus "Notas sobre la historiografía".³ Si bien es cierto que en ellas aceptó la posibilidad de que una bibliografía pudiera ser una historia de la historiografía, al profundizar en el orden teórico partió del punto de que "la realidad histórica de la historiografía la integraban, ante todo, las *obras historiográficas*", entendiendo la palabra "obras" en el sentido más amplio que pudiera tener en aquella expresión, concibiéndolas además, como cuerpos de proposiciones en ciertas relaciones, como las unidades últimas de la historiografía, unidades últimas de expresión verbal escrita. De hecho, las obras historiográficas mismas eran unidades de expresión verbal escrita de orden superior. Por eso su estudio debía comenzar por aplicar un esquema para el estudio de cualquier expresión, de la expresión en general.⁴

³ Estas aparecieron originalmente en *Historia Mexicana*, vol. IX, núm.4, abril-junio de 1960, pp.481-508, aunque pueden consultarse con mejor provecho en el libro de Álvaro Matute *La teoría de la historia en México 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública-Diana, 1981, 205 pp. (Sepsetentasdiana, 126), donde son presentadas junto con otros textos contemporáneos que complementan su situación teórica. Es a la edición en este volumen a la que se hace referencia en lo sucesivo.

⁴ *op. cit.*, p.70

Gaos pretendía abarcar lo expresivo de la historiografía, es decir, las proposiciones que integraban las obras historiográficas y estas mismas; tanto como lo expresado, lo histórico, el objeto designado por el historiador, y su propio movimiento o estado significado por las proposiciones y las obras escritas. Y algo más, el público para el que escribía el historiador, el elemento comprensivo. La historiografía devenía así como expresión de la situación integrada por el historiador y su público, y por lo histórico designado por aquél y destinado a éste.⁵

El punto de mayor gravedad en torno a la historia de la historiografía se puede situar en el momento que Gaos confirma cómo es que de lo histórico sólo es posible hablar hablando de lo historiográfico o de las operaciones de que son resultado o expresión las proposiciones historiográficas, o en que "por debajo de estas, más a fondo, consiste la historiografía". Dichas operaciones las redujo Gaos a las de la investigación, la crítica, la comprensión o interpretación, la explicación, la reconstrucción, construcción o composición, y la expresión, mismas que en sus nombres griegos correspondían a la heurística, la crítica, la hermenéutica, la etiología, la arquitectónica y la estilística. Pero estas operaciones no debían entenderse como sucesivas, sino como ingredientes lógicos diferenciables.

Esto último es lo que me hace pensar que Gaos concibió estas operaciones de la historiografía como parte de un sistema técnico, o cuando menos dejó intacta esa idea, de ahí el equívoco al que se puede llegar creyendo que el análisis historiográfico es una tarea posible de resolver por la vía estructural antes que hermenéutica. Pero claro, fue el propio Gaos quien dejó espacio para tal equívoco.

⁵ *Ibid.*, pp. 71-72.

Otra de las propuestas de lectura analítica de la historia que principalmente Álvaro Matute y Evelia Trejo han rescatado es la que J. H. Hexter formuló en 1968 en su artículo para la *Enciclopedia internacional de las ciencias históricas* bajo el título de "Historiografía: La retórica de la historia"⁶, entendiendo los conceptos de historiografía y retórica de la historia como "sinónimos", y la historia de la historiografía como una rama de la historia del pensamiento o una sociología del saber.

Se trataba de llevar a cabo una revaloración de la retórica como indicio para emprender el análisis historiográfico, tomando en cuenta, más que el modo de escribir, el modo de conocer del historiador en el proceso general del conocimiento y la comunicación. Esto es algo necesario porque entre la comunicación del historiador con los demás y los episodios del pasado que les interesan, se interponen tanto los testimonios históricos como el conocimiento experiencial que los historiadores han adquirido mediante el estudio de esos testimonios y sus intentos de comunicarse a sí mismos lo que conocen.

Ahora bien, puesto que la historiografía es el medio de comunicar por escrito lo que el historiador cree saber acerca del pasado, la comunicación eficiente y efectiva exigen al historiador un principio de coherencia que tradicional y más comúnmente es el de la narrativa, porque suele ser la clase de respuesta explicativa que requiere la clase de cuestiones que los historiadores se formulan y

⁶ La edición en español, misma que hemos utilizado, apareció en el volumen 5 con el pie de imprenta de Ediciones Aguilar, Bilbao, 1979, p.451-472.

que les son formuladas. Diferentes éstas, y eso es lo que busca destacar Hexter, a las de ciencias como la física.

El resto de la propuesta la dirigió Hexter al análisis de la historiografía o de la retórica de la historia, donde él podía ver al menos tres opciones:

Puede dividirse en macroanálisis, microanálisis y análisis de la estructura. Macroanálisis es el análisis de conjunto de una obra de historia, microanálisis es el análisis de cualquier fragmento de retórica histórica sin tener en cuenta el conjunto historiográfico del que forma parte ni relacionarlo con él. El análisis de estructura se refiere a los rasgos, recursos y prácticas historiográficos que son comunes a todas las obras de historia o a un número muy considerable de ellas.⁷

En el caso del Macroanálisis, la valoración que Hexter hizo no pudo ser sino conjetural, porque decía no tener noticia de que alguien lo hubiese intentado en todos los problemas de los que tendría que ocuparse y de los cuales él mencionaba por lo menos los de la proporción del relato, el *tempo* histórico, y el equilibrio del análisis y de la narrativa. Del microanálisis Hexter dio una visión más bien negativa por sus limitaciones. En cuanto al análisis de estructura, al centrarse sólo en los recursos de la nota al pie, las citas en el texto y las enumeraciones de elementos, guardando la debida distancia, resultó ser una propuesta menos rica que las igualmente intuitivas de Romero y de Gaos. De hecho Hexter advirtió que sus consideraciones no eran más que prolegómenos de una codificación de los principios de la historiografía. En todo caso, considerar el aspecto retórico de la historia, concebir la idea de un macroanálisis historiográfico y, pese a todo, atender a la posibilidad de un análisis de estructura de la historiografía, fueron los puntos más útiles en la explicación teórica de Hexter.

⁷ Ibid, p.462

Más ambicioso fue el proyecto de José Carlos Bermejo Barrera al querer trasladar su propuesta de "Historia teórica" a lo que debería ser una "metodología de la historia de la historiografía".⁸ Según él, la historia de la historiografía nos ofrece una amplia panorámica en la que, con el transcurso del tiempo, vemos desfilar obras de grandes autores agrupadas por lo general en el ámbito de las llamadas escuelas historiográficas. Suelen además establecerse vinculaciones entre el devenir historiográfico de dichas escuelas y el propio devenir histórico, destacando los condicionantes políticos e ideológicos presentes en cada uno de los autores y escuelas, mismos que normalmente pasan a desempeñar el papel de claves que nos develan el secreto de la lógica oculta que preside el nacimiento, crecimiento y decadencia de las grandes escuelas.

Sin embargo, para comprender pormenorizadamente el funcionamiento de este proceso, sería necesario pasar del nivel de la descripción al nivel del análisis, imposible si no se parte de una teoría que nos permita conocer cuáles son los diferentes elementos que hemos de tener en cuenta para comprender el desarrollo de estos procesos. "Esta teoría nos la proporciona la Historia Teórica, complemento indispensable de la historia de la historiografía". Es partiendo de ella como se intenta dar cuenta del proceso de construcción del objeto, que a su vez nos permitirá entender uno de los problemas claves de la historia de la historiografía.

⁸ "Sobre la construcción del objeto historiográfico. Consideraciones sobre el método de la historia de la historiografía" en José Carlos Bermejo Barrera, *Entre historia y filosofía*, Madrid, Akal, 1994, 251 pp., p. 197-216.

Así, el primer asunto abordado es el de “la ilusión realista”, donde se tiene que para creer que el texto generalmente escrito que nos ofrece el historiador, coincide de forma absoluta con un cierto tipo de *verdad*, es necesario creer que son los enunciados historiográficos los que producen esa verdad, ya sea porque la verdad es una propiedad de los enunciados —con lo cual se rompería la ilusión realista— o porque los enunciados coinciden totalmente con la realidad.

Pero la realidad histórica que nos ofrece el historiador es una elaboración secundaria, puesto que se corresponde con otro proceso, el de la construcción social de la realidad, donde cada sociedad define cuáles son los tipos de relaciones sociales posibles y cómo puede ser calificada cada una de las acciones humanas. Toda sociedad se define a través del lenguaje, mediante unos canales de comunicación socialmente establecidos, elabora un catálogo de las situaciones y las relaciones sociales posibles, y construye los mecanismos conceptuales y expresivos que permiten a sus miembros orientar su conducta y predecir la de los demás. Así, todas las relaciones sociales poseen una faz bifronte, por un lado pueden ser consideradas como hechos brutos, como algo objetivo y, por otro, como interpretaciones, como algo subjetivo.

Por esto, la dependencia de las concepciones de la realidad que manejan los historiadores de las concepciones políticamente dominantes es lo que explica que los condicionamientos políticos e ideológicos sean fundamentales en la historia de la historiografía, y en contra de lo que a la mayoría de los historiadores les gustaría, son precisamente esas circunstancias externas al mundo académico

las que suelen provocar los mayores cambios de carácter historiográfico, por lo que está justificada la importancia que la historia de la historiografía les concede.

Por lo que toca al “hechizo subjetivista”, formulaciones como las de Rickert y Dilthey, señalarán la existencia de un cambio muy importante en la elaboración del discurso histórico. A nivel filosófico este hecho quedó puesto de manifiesto cuando el retorno de Kant volvió a otorgarle al sujeto las atribuciones que le correspondían en el proceso de conocimiento. En el caso de las ciencias de la cultura, el papel del sujeto va a situarse en un lugar de mayor preeminencia, en tanto que se establece una vinculación muy estrecha entre el mundo del conocimiento y el mundo de los valores. Sólo a partir de este mundo es posible el conocimiento en las ciencias de la cultura, que luego se entroncarán con el mundo de los juicios estéticos. Fue de esta formulación gnoseológica de donde se derivó toda la “teoría de la comprensión”.

La solución para salir de la “ilusión realista” y del “hechizo subjetivista” debe partir de que la realidad se construye social e históricamente, de que el sujeto desempeña un papel fundamental en el proceso de conocimiento y de que el historiador utiliza numerosos medios expresivos que pueden ser objeto de un análisis retórico, integrando todo ello y siguiendo los principios de la Historia Teórica. La propuesta parte de considerar de gran utilidad seguir la distinción kantiana de las facultades a la hora de analizar los mecanismos que generan las obras historiográficas.⁹

⁹ Ésa fue la pretensión de Bermejo Barrera en, *Fundamentación lógica de la historia. Introducción a la historia teórica*, Madrid, Akal, 1991, 96 pp. (Akal universitaria. Serie interdisciplinar, 152).

Según este modelo, la "sensibilidad histórica" sería aquella facultad que se desarrolla socialmente y mediante la cual un grupo de personas de una sociedad determinada es capaz de producir "documentos históricos". Por lo tanto, será objeto del estudio de la historia de la historiografía todo el proceso de creación y desarrollo de los *corpora* documentales, así como el estudio de las instituciones que hacen materialmente posible la creación, conservación y estudio de esas canteras de la información histórica dentro del ámbito de las restantes instituciones administrativas y políticas; relacionándolas además, con la historia de las ideologías, con las personas que las componen, con las corporaciones en que éstas se agrupan según sus métodos de trabajo propios, ideas y prejuicios peculiares. El estudio de todo esto es pieza clave para lograr la comprensión de la sensibilidad histórica, objeto preferente también de la historia de la historiografía.

Una vez establecido el *corpus* documental se está en condiciones de acceder a la información que nos ofrece, entrando entonces en funcionamiento el "entendimiento histórico", es decir aquella facultad que también se desarrolla socialmente y mediante la cual un grupo de personas es capaz de formular juicios históricos, de producir proposiciones acerca del pasado. En un estudio historiográfico, por lo tanto, al estudiar los mecanismos mediante los cuales se formulan los juicios históricos, debemos tener muy presentes las ideologías políticas, las concepciones históricas de las relaciones económicas, sociales y políticas, puesto que aparecen en un grado mayor o menor en los textos de cada historiador, reproduciéndolas o criticándolas.

Igual que los historiadores en tanto que archiveros otorgaban corporativamente la condición de documentos históricos a los objetos, los

historiadores en tanto que estudiosos o en tanto que narradores son los que producen discursos históricos que ellos mismos y la sociedad en que viven, en último término, consideran verosímiles; también la verosimilitud histórica es un producto social e histórico y es necesario ver en cada momento cómo se forma y qué consecuencias posee su formulación.

Lo anterior demuestra cómo todas las facultades históricas funcionan de un modo coordinado, algo evidente en el caso de la sensibilidad y el entendimiento, puesto que existe una estrechísima relación entre los documentos y las teorías a partir de las cuales se estudian. Esto es así también en el caso de las dos facultades restantes, "razón" e "imaginación" históricas.

"Razón histórica" se llama a la facultad de unir las reglas que podemos extraer del uso del entendimiento y reducirlas a principios. El conocimiento histórico únicamente se produce a partir del uso de la sensibilidad y el entendimiento, y mediante la combinación de documentos y representaciones. Las ideas de la razón no nos proporcionan conocimiento, pero desempeñan una función reguladora, no añaden nada al conocimiento pero sin ellas no sería posible.

Las ideas de espacio, tiempo, proceso, agente y causa, sentido y ley son imprescindibles para poder construir una síntesis histórica a partir de los juicios del entendimiento. "A la razón corresponde también el ámbito de las ideas morales" y cada sociedad y cada época poseen un sistema de ideas morales sobre las que se asientan, la cual abarca todo el conjunto de relaciones sociales concebibles. Pero como no siempre es posible criticar o legitimar al orden vigente de manera directa, el estudio de las reconstrucciones del pasado y de las proyecciones de

sentimientos e ideas que se realizan en él es también parte fundamental de la historia de la historiografía.

Se llega de este modo al campo de la "imaginación histórica", facultad que permite concebir las obras históricas como totalidades, como mundos cerrados. Su misión no sólo consiste en otorgarle unidad a la obra histórica, sino también en hacer que dicha unidad permita percibir las informaciones que esa obra proporciona como un sistema perfecto en el que encajan cada una de sus partes y que por lo tanto puede ser perfectamente posible.

Naturalmente, esto sólo es factible cuando la historia es ciencia; cuando no está profesionalizada ni institucionalizada, no es más que una rama de la literatura, no es más que un determinado tipo de relato y es ahí, dice Bermejo, donde radica la fuerza de las teorías narrativistas. En su desarrollo, la razón y la imaginación se combinan con un débil uso del entendimiento y la sensibilidad. Es decir que partiendo de bases documentales endebles se construyen relatos acerca del pasado fuertemente determinados por las ideas y los sentimientos del tiempo presente. La identidad predomina sobre la alteridad, no se le reconoce al pasado su diferencia.

De todo esto se obtiene que la realidad histórica se construye porque en la producción de la obra historiográfica tienen lugar una serie de procesos mediante los cuales se elaboran los documentos, se configuran los acontecimientos y se impone un sentido al devenir histórico. Lo que ocurre es que siempre quedará un resto que es imposible conocer, lo que Kant llamaba "cosa en sí". El proceso de selección de lo que estudiamos es en realidad un proceso de construcción

histórica de la realidad, que se elabora a su vez, partiendo del proceso de construcción social de la realidad que en cada momento histórico se lleva a cabo.

Aunque esa desventaja que Bermejo observa en su propuesta no es de verdad el problema. Sólo en la confrontación con Gaos podría quedar claro que los niveles de elaboración que integran la operación historiográfica no se presentan en una sucesión lógica. Pero en realidad la teoría de las facultades de Kant no es aplicable al conocimiento histórico, porque Kant deja muy en claro que de lo que él habla es del conocimiento metafísico. En la *crítica de la razón pura*, que pretende responder a la pregunta de si es posible en general la metafísica como ciencia, no hay como base nada dado fuera de la razón misma, sino que se trata de desarrollar el conocimiento desde sus gérmenes originarios, sin apoyarse en *factum* alguno.

Aún así creo el proyecto de Bermejo Barrera pertenece a los intentos por comprender en su totalidad histórica la elaboración historiográfica desde el único lugar posible, el de la historia de la historiografía. Lo mismo que en las obras Romero, Gaos y Hexter, hay aquí una voluntad de profundizar y sistematizar el trabajo de la historia de la historiografía, de formular un modelo de análisis historiográfico que permita encontrar la regularidad y por lo tanto el sentido de lo que la historia de la historiografía hace. Por eso me atrevo a situar estos cuatro proyectos en los prolegómenos al análisis historiográfico, porque siendo ya intentos por describir sus rasgos fundamentales no se han olvidado todavía de su punto de partida, de la historia de la historiografía.

Semiótica y semántica de la historiografía

Mientras Hexter tomaba parte en la polémica que se desarrollaba en el ámbito anglosajón para aclarar el carácter de la historia como un conocimiento diferente de las ciencias físico-matemáticas, en Francia, Michel Foucault emprendió su diálogo, primero con los historiadores de las ciencias, y después con la historiografía francesa toda y el proyecto filosófico de Jean Paul Sartre, en tanto, se respiraba un aire estructuralista. De la historiografía propiamente dicha, Foucault realmente no se ocupó, pero se ha trasladado a este campo el contenido de su discurso en *Las palabras y las cosas* (1966), y sobre todo, el de ese "discurso del discurso" que constituyó la *Arqueología del saber* (1969), donde comenzó a concebir su inacabado proyecto de una "arqueología del saber histórico".

La historia del pensamiento y la historia de los discursos fueron las sendas por las que Foucault arribó al estudio del saber histórico, rechazando desde el comienzo las prácticas de la historia que referían sus análisis a las continuidades culturales, al alma o sensibilidad de una época, a "grupos", "escuelas", "generaciones", "movimientos", e incluso parecía borrar la irrupción de los acontecimientos en favor de las estructuras más firmes.

El problema que se planteaba era el de las transformaciones que valen como fundación y renovación, el de las rupturas en la historia y la reactualización de sus periodos largos para constituir series con sus elementos bien definidos, sus especificidades, sus leyes y series de series o "cuadros" de múltiples estratos y las

cronologías que les fuesen propias. Lo discontinuo se integra al discurso del historiador y a su lectura histórica para convertirse en elemento positivo que determina su objeto y la validez de su análisis. Foucault piensa en una historia de la dispersión, en una "historia general" que, diferente de la "historia global" que trata de "restituir" la forma de conjunto de una civilización, determine qué forma de relación puede ser legítimamente descrita entre las distintas series en un sistema vertical. Por eso la necesidad de una historia nueva que tienda a la arqueología, a la restitución del acontecimiento y no a la revivificación del discurso histórico.

Sin embargo, Foucault se resiste a aceptar que hubiera pretendido estructuralizar la historia del pensamiento, para él, lo esencial estaba en liberarla de su sujeción trascendental empeñada en la búsqueda del "origen", valiéndose para ello del Nietzsche genealogista, de cuya obra distinguirá perfectamente los términos de *Entstehung* o emergencia producto de un juego de fuerzas y *Herkunft* o procedencia cuya búsqueda remueve lo que parecía unido. La genealogía de la historia es la encargada de hacer los tajos verticales de las épocas, de liberar a la historia de su modelo metafísico y antropológico de la memoria, de hacer de ella una contra-memoria y de desplegar en ella una forma totalmente distinta del tiempo.¹

Por eso para Foucault era inimaginable la existencia de disciplinas que se desarrollaran discretamente durante siglos, teniendo los mismos objetos de investigación (pensemos nosotros no sólo en la historia, también en la hoy

¹ Michel Foucault, "Nietzsche, La Genealogie, L'Histoire", en *Hommage a Jean Hyppolite*, Paris, Ed. PUF, 1971, p.145-172.

denominada historia de la historiografía por ejemplo), cambiando sólo los nombres por los que se denominan estos objetos y las leyes que los rigen, convirtiéndose en algo cada vez más claro a medida que se eliminaba el "error", pues esta noción, como la de "verdad", "hecho" y "fantasía", estaban determinadas por las mutaciones de los modos de discurso y los *epistemes* originadores, es decir, el conjunto total de relaciones que unían un determinado período, las prácticas discursivas que daban lugar a las figuras epistemológicas, a las ciencias y a los sistemas formalizados del conocimiento.

Como afirma Hayden White, para Foucault "el tropo dominante de una determinada comunidad discursiva determina tanto lo que puede verse en el mundo como lo que puede conocerse de él. Así, la tropología constituye la base de lo que Foucault denomina la *episteme* de una época de la historia del pensamiento y la expresión."²

Aunque tampoco se trataba simplemente de aplicar al devenir del saber o a la génesis de las ciencias, categorías que habían sido ya probadas en el dominio de la lengua, sino de mostrar cómo, dentro de una misma práctica discursiva, unos hombres podían hablar de objetos diferentes, tener opiniones opuestas, hacer elecciones contradictorias y mostrar en qué se distinguían las prácticas discursivas unas de otras para definir las posiciones y las funciones que el sujeto podría ocupar en la diversidad de los discursos.³

² Hayden White, "El discurso de Foucault: la historiografía del antihumanismo", en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, p.123-154.

³ Michel Foucault, *La arqueología del saber*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, siglo veintiuno editores, 1997, p.335-336.

Justamente esos cortes distintivos —que son siempre categorías reflexivas, principios de clasificación, reglas normativas o tipos institucionalizados— son los que han sido trasladados al análisis del discurso historiográfico como proyecto de descripción pura de los acontecimientos discursivos que la definirían como ciencia. Ese proyecto no plantea otra cuestión que la de “la aparición de los enunciados”, que en caso de encontrar una regularidad (un orden, correlaciones, posiciones en funcionamientos, transformaciones) en la formación de los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos, las formaciones enunciativas y las elecciones temáticas, encuentra su expresión en la “formación discursiva”.⁴

Las palabras, pues, con su libertad de aterrizaje en el espacio tropológico, es al hacerlo como conciben su relación con las cosas, donde el estilo del discurso que pretende comunicarlas; esa cierta manera constante de expresión, puede caracterizarse en términos del tropo dominante de una *episteme*.

No cabe aquí querer encontrar algún particular punto de desacuerdo con Foucault, pero creo que, en lo general, la demostración de Reinhart Koselleck acerca de la determinación histórica de la comprensión lingüística puede ser vista como una respuesta hermenéutica a tal estructuralismo. El problema mayor radica, tal vez, en querer encontrar racionalidad y regularidad donde no la hay, porque la racionalidad del mundo sólo es producto de la imaginación, y pensar lo contrario es también antropocentrismo.

El estructuralismo del discurso no es y no fue entonces la única opción para la semántica histórica. Uno de los principios que Reinhart Koselleck sostiene en su

⁴ *Ibid.*, p. 62.

teoría de los tiempos históricos es que, existiendo diferentes estratos del tiempo, que a su vez exigen distintas intervenciones, es sostenible la tesis de que si bien en la praxis no se puede señalar un límite entre narración y descripción, en la teoría de los tiempos históricos los planos de un tramo temporal diferente no se pueden relacionar de forma mutua y completa. Esto es, como ha quedado dicho desde la introducción: "los 'acontecimientos' sólo se pueden narrar y las 'estructuras' sólo se pueden describir."⁵ Claro que también es necesario preguntarse aquí si tal distinción es posible.

Cuando Koselleck habla de estructura en este contexto lo hace en relación con la permanencia, duración y extensión de los cambios históricos. Pero una de sus conclusiones que pueden resultar de importancia aquí es el reconocimiento de que el contenido de realidad de los acontecimientos pasados que se narran no es mayor que el contenido de realidad de las estructuras pasadas, considerados ambos desde una teoría del conocimiento.

El valor posicional de la historia narrada y el modo de reproducirla viene a depender de la problemática que se investigue, asignándosele una categoría temporal diferente. En ese sentido, o se tematiza el lapso de antes y después del asunto, del proceso, y de su procedencia junto con sus consecuencias, o la historia se descompone en sus elementos con el fin de que adquiera un carácter referencial para aquellas condiciones sociales que hacen inteligible el decurso del acontecimiento.

⁵ Reinhart Koselleck, "Representación, acontecimiento y estructura" en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993. (Paidós básica, 61), p. 141.

Aunque el problema no se resuelve en una simple elección. Si el historiador precisa de conceptos históricos que tienen que descubrir la gran cantidad de contextos de los acontecimientos pasados, del mismo modo que deben ser comprendidos en la actualidad por él mismo y por sus lectores, el resultado es que no se puede narrar un acontecimiento sin representar alguna estructura, sin describir un proceso, sin aplicar conceptos históricos que permitan "concebir" el pasado.

Pero cada conceptualización abarca más que la singularidad pasada, a la que ayuda a concebir. Ningún acontecimiento particular se puede narrar lingüísticamente con categorías de la misma singularidad que las que puede requerir ese acontecimiento particular.⁶

Es así como Koselleck introduce su semantología histórica. Los conceptos contienen posibilidades estructurales que tematizan la simultaneidad de lo anacrónico y no pueden reducirse a una pura serie temporal de la historia. Los conceptos, que abarcan estados de cosas, contextos, y procesos pasados, se convierten para el historiador en categorías formales que se aplican como condiciones de las historias posibles. Son precisamente los conceptos con contenidos estructurales que poseen pretensión de permanencia, posibilidad de un uso repetido y de realización empírica, los que franquean el camino hacia la representación de una historia que en su momento fue "real" y que hoy puede manifestarse como posible.

También por eso Koselleck puede decir que, investigando en su estructura, las parejas de conceptos asimétricos pueden separarse de su surgimiento singular

⁶ *Ibid.*, p.150.

y de su contexto concreto. Se pueden trasplantar históricamente. Esto posibilita una historia efectiva de los conceptos en la que se basa la situación estructural de que ciertos sistemas de experiencia son aplicables varias veces mediante analogías.

Esta relación entre los acontecimientos históricos, e incluso las experiencias, con su constitución lingüística, permitió además a Koselleck aclarar cómo el transcurso de los sucesos históricos, la forma de hacerse posibles, así como su elaboración lingüística, no coinciden de manera simple, de tal modo que un acontecimiento sólo aparezca en su comprensión lingüística, sino que entre ambos reina una tensión que cambia históricamente de continuo. Es cierto que sin acciones lingüísticas no serían posibles los acontecimientos históricos, y las experiencias que se adquieren desde ellos no se podrían interpretar sin lenguaje, pero ni acontecimientos ni experiencias se agotan en su articulación lingüística.⁷ Esta lección, que a Koselleck sirve sobre todo para la constitución de una historia conceptual a partir de la historia social, alerta sobre la consideración del lenguaje en historia. No es que el asunto de la historiografía, y por tanto de la historia de la historiografía, esté más allá o más acá de la lingüística, sencillamente es muy distinto.

En 1981, Walter D. Mignolo, siguiendo más bien los pasos de Foucault, publicó los resultados de una investigación orientada a poner de relieve los

⁷ *Ibid.*, p. 255 y 287. Fue precisamente esta idea la que separó a Koselleck de Hans-Georg Gadamer. *Cfr.* Hans-Georg Gadamer y Reinhart Koselleck *Historia y hermenéutica*, introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina, Barcelona, Paidós; I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1997, 125 pp. (Pensamiento contemporáneo, 43).

presupuestos epistemológicos que en los siglos XVI y XVII, habían orientado la escritura de los textos que describían y narraban la naturaleza de las Indias, las culturas precolombinas y la conquista hispánica.

El primero de los principios de tipología textual que el autor acepta como uno de los supuestos básicos en el análisis de la producción y recepción de textos es que éstos, en la comunicación social, aparecían siempre como manifestación de "clases ya definidas en la cultura". Esto es, el autor o productor escribía respondiendo a un horizonte de expectativas de su audiencia; en tanto que ésta interpretaba el texto sobre el horizonte de *expectatives* que el texto orientaba por la clase a la cual pertenecía.

Por lo tanto, la tarea de los estudios tipológicos no podía ser otra que "describir cuáles son las operaciones conceptuales mediante las que los participantes en situaciones *comunicatives* (autor y audiencia) clasifican los textos".⁸ Pero eran sobre todo los criterios históricos puestos en práctica por una comunidad para clasificar los textos que regulan su actividad comunicativa" los que quedaban involucrados.

Para llevar adelante este estudio, a Mignolo le resultan necesarias antes algunas observaciones orientativas dentro de la problemática metodológica, como la fundamental distinción entre "tipología discursiva" y "tipología textual" que se deriva, naturalmente, de la distinción entre texto y discurso. De la tipología discursiva bastaba con decir que se ocupa del problema tipológico en situaciones

⁸ Walter D. Mignolo, "El metatexto *historiográfico* y la historiografía india", *Modern Languages Notes*, vol. 96, 1981, p. 358-402.

comunicativas dialogales cara a cara; en tanto que la tipología textual lo hace del problema en situaciones comunicativas institucionales, y era esto lo que interesaba.

Uno de los rasgos característicos de la tipología textual institucional es que en este nivel no sólo se cuenta con los textos, sino también con el "metatexto" mediante el cual los propios practicantes definen su actividad y los rasgos o propiedades que los textos deben tener para pertenecer a una determinada clase. Según Mignolo, son las "Poéticas", para el caso de la literatura, y los tratados historiográficos para el caso de la historiografía, los que ilustran lo que se llama metatexto.

Mignolo recurre a *La arqueología del saber* y *El orden del discurso* de Michel Foucault para inferir que si la disciplina es el "lugar" desde donde se manifiesta la fuerza de control, entonces el metatexto es el medio por el cual se transmiten las reglas y su reactualización. Este supuesto orienta las preguntas formuladas a las familias de textos que la cultura agrupa en clases; y orienta también qué es lo que se quiere saber de ellas, o sea: ¿de qué manera se elaboran en el metatexto las categorías tipológicas mediante las cuales se considera legítimo producir e interpretar textos según el marco de expectativas de la clase a la cual pertenecen?

Si se acepta hablar de "formaciones discursivas" para designar, en general, familias de enunciados que se agrupan bajo un nombre (como el de la historiografía, la literatura o la economía), se pueden aceptar y distinguir también en la formación discursiva dos niveles de los textos que pertenecen a ella: el nivel del "dominio de objetos" (del contenido, de lo que se habla; lo historiográfico por

ejemplo) y el nivel de los "textos" en los cuales se construye el dominio de los objetos. Y es que la aceptación de esta distinción se hace sobre la base del metatexto, pues es en él donde se encuentran "los principios que definen y delimitan tanto el dominio de objetos como los requisitos que deben llenar los textos que, junto con el dominio de objetos y el metatexto, configuran la formación discursiva."⁹

El objeto de estudio viene a ser entonces la formación discursiva y la manera que se define o auto-define en el metatexto. O a la inversa dice Mignolo, el metatexto como objetivo, en la medida en que a través de él los participantes en situaciones comunicativas definen y actúan bajo los principios reguladores de la formación discursiva. Por esta razón resulta indispensable responder a la pregunta de ¿cómo define el metatexto una formación discursiva en general y no sólo historiográfica?

La hipótesis de Mignolo es que el metatexto configura y articula la formación discursiva en tres niveles: el de sus principios generales, en los cuales se establecen tanto el dominio de objetos como las reglas y definiciones que regulan la "forma" de los textos que deben dar cuenta (narrar, describir, explicar, etc.) del dominio de objetos en cuestión; el de los tipos discursivos; y el de los rasgos o estructuras discursivas (descripción, narración, metáfora, metonimia, etc.) apropiados para el tipo discursivo de la formación.

En resumen, los aspectos sustantivos de los estudios tipológicos quedan esbozados en los criterios mediante los cuales una disciplina articula un metatexto

⁹ *Ibid.*, p.362.

cuya función es la de controlar la producción de discurso y el dominio de objetos; y la formación que intuitivamente se concibe al considerar el dominio de objetos, los textos y el metatexto, queda configurada como una clase de textos (los textos historiográficos en este caso). Entre tanto, los aspectos metodológicos de los estudios tipológicos quedan configurados por los criterios que el analista establece para describir la formación discursiva, el metatexto, las estructuras discursivas y los principios generales de la formación, como los aspectos sustantivos. El objetivo que se ha de fijar es describir cómo se clasifican los textos, y no re-clasificarlos.

No obstante, el escrito en el cual Mignolo ilustró mejor una posible forma de historiar la historiografía, a partir del *referente* del descubrimiento y la conquista de Indias que le sirve como criterio organizativo, apareció un año antes en una historia de la literatura.¹⁰ Su empeño se centró en señalar las características estructurales, discursivas y pragmáticas que tienen esos escritos desde la perspectiva de su producción; mismas que permiten agruparlos en “tipos” y en “formaciones” discursivos. Implicando con ello sólo aquellas informaciones que permitan describir la actividad escritural.

El autor comienza también introduciendo la noción de texto, definido como “*un acto verbal conservado en la memoria colectiva y de alta significación en la organización de una cultura*”.¹¹ Obtiene así, como primer corolario, que el texto es

¹⁰ Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en Luis Íñigo Madrigal, comp., *Historia de la literatura hispanoamericana (Época colonial)*, Madrid, Cátedra, 1992, p. 57-116.

¹¹ *Ibid.*, p.67.

inseparable de la lengua, y como segundo, que la expresión "alta significación en la organización de una cultura" permite distinguir, aunque de manera intuitiva, el texto del documento.

En realidad la segunda distinción sirve para ampliar y completar la definición de texto o texto de cultura con su operación clasificatoria, diciendo que una cultura no sólo conserva los textos, sino que los conserva como textos de una cierta clase (literarios, filosóficos, religiosos, etc.). Es esta clase la que, en su generalidad, Mignolo propone denominar formación textual o discursiva, o sea, el nivel institucional de la actividad verbal escrita cuyo origen sitúa en la noción de "formaciones discursivas" propuesta por Michel Foucault en *La arqueología del saber* y *El orden del discurso*.

Pero la formación textual es sólo la clase más inclusiva; además, los textos se clasifican en el interior de una clase (como la clasificación en géneros y sus correspondientes subdivisiones para el caso de la literatura, por ejemplo). Esta segunda operación clasificatoria la denomina Mignolo "tipo discursivo", es decir, ese registro que como forma (tipo) existe preestablecido en la sociedad en la cual el acto del lenguaje tiene lugar.

"Tipo" y "formación" son pues los elementos o componentes básicos del contexto discursivo de la actividad escrita, aunque Mignolo insiste en aclarar su carácter migratorio. Los tipos discursivos pueden ser textualizados y convertirse así en tipos textuales, y también, los tipos discursivos rescatan particularidades de la forma de los textos. Eso sin contar que, por otra parte, se pueden encontrar en la historia de una cultura tipos discursivos que no se relacionan estrechamente con una formación textual.

Luego de estas definiciones de "teoría", el autor agrega en la delimitación de su "materia empírica" a "la significación", como el aspecto relacionado con la lengua y el texto. Esto es, la posibilidad de una cultura de considerar significativos no sólo los textos escritos en su lengua propia, sino también aquellos que, escritos en otra lengua, significan también para ella de una manera o de otra. El segundo criterio, el cronológico-ideológico, queda definido, como se dijo, por el referente del descubrimiento y la conquista de Indias, donde la denominación "Indias" o "Nuevo Mundo" sirve para delimitar una época con su propia dimensión ideológica. Es así como el corpus textual en consideración se constituye en una unidad, por tener en común tanto el referente como ciertas fronteras cronológico-ideológicas. Esta unidad es la que Mignolo denomina "familia textual".

Según creo, las características estructurales u organizativas (sintáctico-semánticas) a las cuales se refiere Mignolo podrían ejemplificarse mejor con la llamada *dispositio*, que toma en cuenta o no, tanto las divisiones de la historia (1. historia divina vs. historia humana: historia natural e historia moral. 2. historia universal vs. historia general e historia particular), como la preceptiva vigente. Las características discursivas, por su parte, creo que pueden entenderse como las que determinan los roles del escritor y del lector en la operación escrituraria como acción comunicativa. Por último, las características pragmáticas se refieren sobre todo a su realización factual por parte del escritor, aunque lo cierto es que no quedan claras en la exposición.

Otra dificultad es que las definiciones de *carta*, *relación*, *crónica* y sobre todo de *historia* parecen ser, en última instancia, las que determinan todo el análisis. Quizá por eso las "observaciones finales", dedicadas a un grupo de textos

pertenecientes a la misma familia, pero que siempre han concitado el problema de su adecuada clasificación debido a su ambigüedad discursiva, dejan la sensación de que algo falla entonces en todo el modelo teórico, un modelo que, por lo demás, parece poco ajustable al texto historiográfico (entendido, sin anacronismo, en sentido amplio). En suma, al final, la supuesta determinación del metatexto —que bien podría ser llamado paradigma— sobre la materia empírica se pierde a favor de ésta.

Otro texto, que fue originalmente leído en el XX Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, celebrado en Austin, Texas, el mes de marzo de 1981, Mignolo no sólo lo presentó como lo que, “con un desarrollo más extenso” existía ya bajo el título de “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, sino como la continuación del programa de Edmundo O’Gorman situado durante la época en que la hermenéutica mantenía el principio de que todo acto interpretativo era la interpretación de las intenciones del autor. Ahora, en cambio, cuando con Gadamer se había aprendido a concebir al autor como un mero “agente” de fuerzas históricas y epistemológicas que lo sobrepasaban, el sentido de un texto filosófico o historiográfico era también producto de una tradición, de una disciplina y de estructuras conceptuales que sobrepasaban las fronteras del individuo.¹²

Por eso, dice Mignolo, “la *intención* del texto es un conjunto de convenciones y normas compartidas que soportan la producción de sentido no

¹² Walter D. Mignolo, “La historia de la escritura y la escritura de la historia”, en *Textos, modelos y metáforas*, Xalapa, Veracruz, México, Centro de Investigaciones Lingüístico-literarias; Instituto de Investigaciones Humanísticas. Universidad Veracruzana, 1984. 268 pp. (Cuadernos del Centro, 16). p. 197-208.

sólo de un autor sino de una colectividad..."¹³ Con esta premisa, Mignolo se acerca a un aspecto particular de la historiografía de Indias formulando las siguientes preguntas: ¿De qué manera entendía un hombre del siglo XVI o del XVII el acto de escribir historia? ¿De qué manera la concepción de la historiografía estaba relacionada con una filosofía del lenguaje, puesto que la historiografía es, después de todo, un asunto de lenguaje?

El punto de arranque es la preocupación común entre los historiadores de Indias por saber de qué manera los indios "conservaban sus memorias", porque el acto mismo de formularla define la actividad que ellos están realizando: la de escribir historias. Quienes hacen la pregunta tienen a la historiografía como método de fijación y recuerdo. Algo que además implica que se tiene historiografía porque se tienen escritura y libros; y si los indios carecen de ambos ¿cómo escriben historias si es que acaso las escriben?

La conclusión es que si en la tradición de occidente la escritura de la historia es inseparable de la historia de la escritura, esto se debe a que están irremediabilmente unidas una concepción del instrumento y de su pasado (historia de la escritura) y una concepción de los juegos del lenguaje permitidos por ese instrumento (escritura de la historia). O sea que la intención del texto radica en la coyuntura que se establece entre la idea que tenemos del instrumento y los límites que imponemos a sus posibles empleos. Lo importante entonces es que los antiguos mexicanos, en su propia concepción del lenguaje poseían la conciencia de los "juegos" a los que este instrumento podría ser aplicado: aquellos destinados

¹³ *Ibid.*, p. 198.

a la conservación del pasado. Lo que quiere decir que ellos poseían su particular distinción, en su propia historia de la escritura, de la posibilidad de realizar la escritura de la historia.

Los escritos de Foucault y de Mignolo —a diferencia de la semantología hermenéutica de Koselleck— se sitúan ya en medio de otra forma de análisis lingüístico del discurso que se va a asignar como tarea la de buscar los universales del discurso, en caso de que existan, bajo las formas de unidades y reglas generales de combinación. Esa es la distinción entre la semántica hermenéutica y la semántica estructural

El análisis estructural se impone la tarea de cuestionar los caracteres de realidad y racionalidad del relato histórico, preguntando, y aquí tomamos el caso particular de Roland Barthes, si es que la narración de acontecimientos pasados difiere, por algún elemento específico o pertinencia indubitable, de la narración imaginaria que se puede encontrar en la epopeya, en la novela y en el drama. Y si existe ese elemento o pertinencia distintivo, indagar en qué nivel de la enunciación se debe situar.¹⁴

Al igual que Foucault, Barthes acude al nivel de la enunciación, preguntándose cuáles son los mecanismos de movimiento (*shifters* en el sentido que Roman Jakobson les imprime) que aseguran el paso del enunciado a la enunciación o viceversa. Barthes reconoce dos tipos regulares de estos

¹⁴ Roland Barthes, "El discurso histórico", traducido por José Rubén Romero con la colaboración de Javier Manríquez, *Históricas*, número 12, mayo-agosto 1983, p. 21-32. Fue tomado de *Poétique*, París, Seuil, número 49, febrero 1982, p. 13-21.

mecanismos en el discurso histórico: El primero corresponde más al historiador-etnólogo porque designa toda mención de fuentes, testimonios y referencias al acto de escuchar; de ahí su nombre de mecanismo de escucha, en el cual, además del acontecimiento referido, el discurso menciona el acto del informador y la palabra del enunciante que lo refiere.

El segundo mecanismo o *schifter* es el de organización, que nace de la fricción del tiempo de la enunciación y el tiempo de la materia enunciada, con él, el historiador organiza, retoma y modifica su discurso durante la elaboración del mismo. Pero eso no es todo, los mecanismos de organización, dice Barthes, sirven para complicar el tiempo crónico o lineal de la historia, confirmando con ciertos rodeos de apariencia racional la función predictiva del historiador. Es decir, como el historiador sabe lo que no ha sido relatado, como el agente del mito, tiene necesidad de "intensificar el devanamiento cronológico de los acontecimientos con referencias al tiempo de su propio discurso."¹⁵

Estos son únicamente los signos o mecanismos que se refieren al proceso mismo de la enunciación, otros son los que mencionan a sus protagonistas: el destinatario o lector y el locutor o emisor. En el caso de este último destaca esa forma particular en que el historiador, sujeto vacío de enunciación, y como ocurre en la crítica literaria, trata de "colmarse" ausentándose de su discurso, como si la historia se relatase a sí misma. Sin embargo, este accidente corresponde al discurso histórico llamado "objetivo", que en el nivel del discurso no aparece sino como una forma particular de lo imaginario y es producto de lo que puede llamarse

¹⁵ *Ibid.*, p.24.

la ilusión referencial, puesto que el historiador pretende que hable el referente por sí mismo.

Ya en el terreno del enunciado, Barthes afirma que el enunciado histórico debe prestarse a un desglosamiento destinado a producir unidades de contenido que puedan luego ser clasificadas, mismas que representan aquello de lo que la historia habla. Su conjunto lo constituyen el referente desglosado, nombrado y ya inteligible, pero todavía no sumiso a una sintaxis. También por eso es mejor hablar de colecciones y no de léxicos, porque se trata únicamente del plano del contenido. En este sentido, el enunciado histórico comporta “existentes” y “ocurrentes”, seres y entidades, así como sus predicados que respaldan la posibilidad de ser llamadas colecciones, porque pueden constituir por separado listas relativamente cerradas y susceptibles de ser manejadas. Lo que de este modo se toca es el problema de la nominación de objetos de la historia.

Otro problema es el que concierne al estatus de los procesos históricos. Siendo el estatus del discurso histórico uniformemente afirmativo, “el hecho histórico está ligado lingüísticamente al privilegio de ser. Se relata lo que ha sido y no lo que ha ocurrido o lo que es dudoso. En una palabra, el discurso histórico no conoce la negación (o muy raramente, de una manera excéntrica).”¹⁶ Es así como Barthes relaciona el discurso “objetivo” del historiador positivista con el discurso del esquizofrénico, en ambos casos hay una censura radical de la enunciación, nadie está presente para asumir el enunciado.

¹⁶ *Ibid.*, p. 27.

Barthes agrega otros aspectos del enunciado histórico, como los que tratan de las clases de unidades de contenido y de sucesión, pero se permite generalizar con estos contados señalamientos del enunciado, sugiriendo que el discurso histórico oscila entonces entre dos polos de acuerdo a la densidad respectiva de sus índices y sus funciones. Si en un historiador predominan las unidades-índices que remiten en cada instante a un significado implícito, la historia es llevada a una forma metafórica que la acerca al lirismo y al simbolismo. Pero si por el contrario, predominan las unidades funcionales, la historia toma una forma metonímica y se emparenta con la epopeya. Sin embargo, existe una tercera historia, la que por la estructura del discurso, intenta reproducir los dilemas vividos por los protagonistas del proceso relatado; dominan en ella los razonamientos, y es una historia reflexiva a la que también se le puede llamar estratégica.

Con estas tres únicas opciones, el punto final que aborda Barthes se refiere al significado, a demostrar cómo la historia no puede dejar de significar. En el discurso histórico los significados pueden ocupar dos niveles, el que resulta inmanente a la materia enunciada y el que trasciende todo el discurso histórico; pero en cualquier caso el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica, imaginaria, tomando como cierto que lo imaginario es el lenguaje por el cual el emisor de un discurso (entidad puramente lingüística) "llena" el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica).

Por lo tanto, el sitio de lo real en la estructura del discurso histórico se encuentra en el significado, y no como en la ilusión construida por la historia objetiva que cree conocer sólo un esquema semántico con dos términos, el referente y el significante. Lo peor es que esa historia objetiva se rehusó a asumir

lo real como significado en el mismo momento que la historia intentó constituirse como género, por eso la relación “pura y simple” de los hechos se consagró como la mejor prueba de éstos, instituyendo la narración como significante privilegiado de lo real. Así explica Barthes que el debilitamiento o desaparición de la narración de la ciencia histórica implique una verdadera transformación ideológica, donde el signo de la historia es, desde ahora, menos lo real que lo inteligible. Esta última apreciación fue la menos afortunada del Barthes “profeta”, porque a la postre, la narración más bien se fortaleció, y tal transformación ideológica de lo real como significado, en la práctica, tal vez siga siendo una utopía de pocos historiadores.

De cualquier modo, tanto Barthes como Foucault, Koselleck y Mignolo abren un campo inmenso de posibilidades para el análisis semiótico y semántico de lo específicamente historiográfico. Sus posibles debilidades las he mencionado ya, mejor sería insistir en que el estudio de la historia de la historiografía, hasta este punto, lo que exige de manera más insistente es una atención mayor hacia los signos y los conceptos como producto de actos de enunciación, los cuales podrían tener ciertas regularidades de operación aun contando con la individualidad de sus sujetos.

La poética de la historia

Indudablemente, uno de los autores que más ha influido entre los estudiosos de la historiografía en los últimos años es Hayden White. Había ya presentado algunos trabajos en las revistas *History & Theory* y *New Literary History*, pero fue hasta 1973 cuando finalmente dio a conocer su obra más importante: *Metahistoria. La imaginación histórica europea en el siglo XIX*¹, que en sus propios términos, se proponía ser una historia de la conciencia histórica en la Europa del siglo XIX y una contribución a la actual discusión del problema del conocimiento histórico, representando por lo tanto un relato del desarrollo del pensamiento histórico durante un período específico de su evolución y una teoría general de la estructura de ese modo de pensamiento llamado "histórico", expresada más específicamente en una teoría formal de la obra histórica.

Su punto de partida en esa teoría era considerar a la obra histórica "como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa" con un contenido estructural profundo, de naturaleza poética en general y lingüística de manera específica, que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie histórica.

Pero este paradigma que funciona como verdadero elemento "metahistórico" en todas las obras históricas, se refiere, dice él, no a las

¹La edición en español a la cual nos referiremos es traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 pp. (Sección de obras de historia).

dimensiones manifiestas de los conceptos teóricos explícitamente utilizados por el historiador para dar a su narrativa el aspecto de una explicación, sino al nivel más profundo donde esas operaciones teóricas encuentran sus sanciones implícitas. White distingue entonces tres tipos de estrategia que el historiador puede utilizar para conseguir el "efecto explicatorio", la explicación por argumentación formal, la explicación por la trama y la explicación por implicación ideológica, cada uno de los cuales contienen dentro de sí cuatro modos posibles de articulación por los cuales se puede conseguir un efecto explicatorio específico.

Así, a la argumentación le corresponden los modos de formismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo; a la trama los arquetipos del romance, la comedia, la tragedia y la sátira; y a la implicación ideológica las posiciones de anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo.

Distinguidos los tres niveles en que trabajaron los historiadores europeos del siglo XIX para conseguir un efecto explicativo en sus narraciones, considera White el problema de los estilos historiográficos, que representan una combinación particular de modos y formas de tramar, de argumentar y de implicar ideológicamente que no puede ser indiscriminada por la existencia de ciertas afinidades electivas basadas en las homologías estructurales discernibles, pero que tampoco establecen combinaciones necesarias.

En cualquier caso, la tensión dialéctica que tiene lugar al combinarse los tres niveles de las estrategias explicativas evoluciona dentro del contexto de una visión coherente o imagen gobernante de la forma del campo histórico completo con aspecto de una totalidad autoconsistente. La coherencia y la autoconsistencia son las características que dan a la obra del historiador sus atributos estilísticos

distintivos. Pero la base de esa coherencia y consistencia es de naturaleza poética y específicamente lingüística, porque antes de poder aplicar a los datos del campo histórico el aparato conceptual que utilizará para representarlo y explicarlo, el historiador "prefigura" el campo, lo constituye como objeto de percepción mental, lo construye como terreno habitado por figuras discernibles, clasificables y susceptibles de ser relacionadas.

El acto prefigurativo es constitutivo no sólo de un dominio que el historiador puede tratar como posible objeto de percepción mental, sino también de los conceptos que utilizará para identificar los objetos que lo habitan y para caracterizar los tipos de relaciones que pueden tener entre ellos, predeterminando la modalidad de las estrategias conceptuales que usará para explicar dicho campo.

Ahora bien, recuérdese que White ha postulado un nivel profundo de conciencia en el cual el historiador escoge las estrategias conceptuales por medio de las cuales explicará o representará sus datos, realizando en este nivel un acto esencialmente poético que prefigura el campo histórico. Acto de prefiguración cuyos tipos de formas posibles pueden caracterizarse por los modos lingüísticos en que se presentan y que White ha identificado, tomándolos de Vico y otros modernos lingüistas y teóricos de la literatura, con los cuatro tropos del lenguaje poético: metáfora (caracterización en términos de semejanza con o diferencia de otros), metonimia (sustitución del nombre del todo por el nombre de una de sus partes), sinécdoque (caracterización de un fenómeno utilizando la parte para simbolizar una cualidad inherente al todo) e ironía (caracterización de una entidad negando en el nivel figurativo lo que se afirma positivamente en el nivel literal).

La primera es esencialmente *representativa*, la segunda es *reduccionista*, la tercera *integrativa* y la última *negativa*. En suma, esta operación puede entenderse como el intento de establecer la naturaleza ineluctablemente poética de la obra histórica y especificar el elemento prefigurativo de cualquier relato histórico que tácitamente sanciona sus conceptos teóricos, develando la base lingüística sobre la cual se ha constituido determinada idea de la historia. Se entiende así la postulación de cuatro modos principales de conciencia histórica con base en la estrategia prefigurativa (tropológica) que los imbuye, proporcionando a su vez estos cuatro modos de conciencia, la base para un protocolo lingüístico diferente por el cual prefigurar el campo histórico y con base en el cual es posible utilizar estrategias específicas de interpretación histórica que lo "expliquen". Es en el modo tropológico dominante y en su correspondiente protocolo lingüístico (de naturaleza esencialmente prefigurativa) donde finalmente se encuentra el fundamento "metahistórico" de la obra histórica.

El trabajo de White estaba dirigido a la caracterización del campo histórico antes de su análisis y representación por el historiador. Pero conforme avanza en la descripción de su modelo teórico, el componente ideológico irreductible en toda descripción histórica de la realidad, que implica una concepción de la forma que debe adoptar también el conocimiento del mundo presente, va tomando mayor importancia.

Al principio White se limitó a considerar que el momento ético de una obra histórica se reflejaba en el modo de implicación ideológica. Debido a éste, una percepción estética (la trama) y una operación cognoscitiva (la argumentación) podían combinarse de manera que derivaran en afirmaciones prescriptivas de lo

que hubieran podido parecer afirmaciones puramente descriptivas y analíticas. Pero ya para 1980, al tratar de “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”², sugirió que el valor atribuido a la narratividad en la representación de acontecimientos reales surgía de la necesidad de que estos revelaran la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de la vida que era y sólo podía ser imaginaria, con la consecuencia de que dicho discurso narrativizante tenía en realidad la finalidad de formular juicios moralizantes.

Preguntándose entonces si acaso podíamos alguna vez narrar sin moralizar, a la respuesta negativa agregó que el principio moral era el requisito para una verdadera resolución discursiva y la autoridad de la narrativa histórica se convertía en la autoridad de la propia realidad. Es decir, que la narrativa estaba íntimamente relacionada, si no es que hasta en función de, el impulso a moralizar la realidad, a identificarla con el sistema social que está en la base de cualquier moralidad imaginable.

Naturalmente, las tesis sostenidas por White respecto a la teoría de la obra historiográfica provocaron diversas reacciones entre historiadores como Arnaldo Momigliano, Giovanni Levi, Carlo Ginzburg, Roger Chartier y algunos más de igual importancia. Por principio de cuentas, White había problematizado la idea de que la historia “aspiraba a nada más que a decir la verdad acerca del pasado, toda la verdad si fuera posible, y nada, pero nada más, que la verdad al menos”. Sin embargo, los historiadores del siglo XIX por ejemplo, pese a sus deseos de

² Este artículo fue recogido en Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, 229 pp. (Paidós básica, 58). p. 17-39.

objetividad, científicidad o al menos realismo, habían mantenido la forma narrativa como la forma más apropiada para describir acontecimientos del pasado y explicarlos.

Primero, el historiador constituía un conjunto de acontecimientos como una serie de hechos, luego transformaba esta serie en una secuencia por medio de la estructuración narrativa, esta secuencia a su vez era transformada en una explicación para el sentido común o la ciencia, y finalmente esta secuencia histórica era compuesta como un discurso donde resultaba explicada e interpretada, es decir, se extraían de ellas las implicaciones ideológicas para el entendimiento de la sociedad del lector.³

Al escribir *Metahistoria*, Hayden White llegó a la conclusión de que no podía haber una "historia propiamente dicha" que no fuera al mismo tiempo "filosofía de la historia". Los modos posibles de la historiografía eran los mismos modos posibles de la filosofía especulativa de la historia, con la diferencia de que en ésta, los elementos del relato sólo existían como epifenómenos de la estructura de la trama, al servicio de los cuales se dispone su discurso.

De igual forma, puesto que no había una base teórica incontrovertiblemente cierta para afirmar de manera legítima una autoridad de cualquiera de los modos de explicación como más "realista" que otro, estábamos obligados a hacer una elección entre estrategias interpretativas en cualquier esfuerzo por reflexionar

³ Hayden White, "Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier", *Historia y grafía*, Universidad Iberoamericana, número 4, 1995, pp.317-329.

acerca de la historia en general, teniendo, en última instancia, una base estética o moral antes que epistemológica.

Por último, como sustento para una teoría general del lenguaje poético, la teoría de los tropos le permitía caracterizar la estructura profunda de la imaginación histórica del siglo XIX considerado como un proceso de ciclo cerrado, porque cada una de los modos podía ser visto como una fase o momento, dentro de una tradición de discurso que evoluciona a partir de lo metafórico, pasando por comprensiones metonímicas y sinecdóquicas del mundo histórico, hasta una aprehensión irónica del irreductible relativismo de todo conocimiento.⁴

Lo que más interesa aquí es que la búsqueda se encaminaba a encontrar las cualidades morales, ontológicas y estéticas con que podía dotarse a los acontecimientos en el proceso mismo de describirlos, lo que implicaba un cambio en el estudio del pasado, incluyendo el pasado de la historiografía misma.

Destaco aquí sobre todo la importancia de estudiar las cualidades morales de la historiografía en White, porque considero que en el fondo determinan a las cualidades estéticas. Rechazo en cambio la posibilidad de considerar a la imaginación histórica del siglo XIX como un proceso de ciclo cerrado cuya estructura profunda pueda ser caracterizada mediante cada uno de los tropos del lenguaje, en tanto fases o momentos de una evolución. Este hecho creo que es comprensible porque White no acometió la investigación de las cualidades ontológicas del pasado que se relata, justamente por donde creo que se debería continuar.

⁴ *Metahistoria...*, p.47.

Jacques Rancière se ha de referido de igual modo a una poética en su acercamiento a la historiografía, pero aquello que ha denominado poética del saber, es el "estudio del conjunto de los procedimientos literarios por medio de los cuales un discurso se sustrae a la literatura, se da un estatuto de ciencia y lo significa. La poética del saber se interesa por las reglas según las cuales un saber se escribe y se lee, se constituye en un género de discurso específico."⁵

La historia, por tanto, articula en su discurso un contrato triple que obliga a descubrir el orden velado por el orden aparente (contrato científico); que ordena la inscripción de las estructuras de este espacio velado o las leyes de este proceso complejo en el marco de formas legibles de una historia de comienzo y final, de personajes y de acontecimientos (contrato narrativo); y que enlaza lo invisible de la ciencia y lo legible de la narración con las imposiciones contradictorias de la era de las masas y de la democracia (contrato político). Y para captar esta articulación anidada en el centro mismo de la revolución historiadora es preciso penetrar en el taller de historiador.

Se trata de una nueva historia (que coincide de hecho con la *nouvelle histoire* francesa de *Annales*), de una revolución historiadora que rechaza "en la práctica de la lengua, la oposición de la ciencia y la literatura", disponiendo de un espacio para la conjunción de los contradictorios, que quiere decir el poder de articulación de los nombres y de los acontecimientos, que está ligado a la

⁵ Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, 127 pp. (Colección diagonal). p. 17. Fue publicado originalmente en 1992.

indeterminación ontológica del relato, pero que es también el único adecuado para la preservación de la especificidad de una “ciencia *histórica* en general.”

Así, la poética del saber consiste en la invención de un nuevo régimen de verdad para la oración historiadora, producido por la combinación de la objetividad del relato y por la certidumbre del discurso. En lugar de insertar acontecimientos relatados en la trama de una explicación discursiva, “la puesta en presente del relato vuelve sus poderes asertivos análogos a los del discurso”, colocando el acontecimiento y su explicación en el mismo sistema de presente.⁶ No obstante, la propuesta de Rancière está muy lejos de resolver la triple contradicción entre democracia, ciencia y relato. Es más, ignora por completo una transformación ideológica como la intuida por Roland Barthes.

También Philippe Carrard eligió para su trabajo, en 1998, el concepto de poética en lugar del de retórica o el de análisis del discurso, porque aquel le pareció más abarcante. El análisis del discurso, dirá, es a veces asimilado con una descripción técnica de procesos lingüísticos, mientras que la retórica lo ha sido con el establecimiento de un catálogo de figuras de expresión y técnicas de argumentación. La poética, en cambio, “atiende a todos los movimientos, esquemas y convenciones que dirigen la escritura, incluyendo el ordenamiento del material, la elección de la voz y el punto de vista, así como materiales estilísticos como la dicción y patrones de sentencia.”⁷

⁶ *Idem*, p. 24.

⁷ Philippe Carrard, *Poetics of the new history. French historical discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1998, xix-256 pp., p.xiv-xv.

Carrard es muy claro en el prefacio de su libro para expresar los objetivos de su investigación. El más importante es el de determinar cómo los “nuevos problemas”, “aproximaciones” y “objetos” propios de los “nuevos historiadores” pueden ser conectados con los nuevos modos de escritura y cómo estos pueden coincidir o distinguirse de los esquemas discursivos empleados en disciplinas vecinas como la antropología y la crítica literaria. Todo esto, con la premisa de que cuando cambia nuestra manera de escribir la historia, cambia también nuestra manera de hacer historia.

Por otro lado, Carrard cumple el propósito mencionado en el prefacio de dar a las “estructuras superficiales” del texto historiográfico la misma importancia que Hayden White y Paul Ricoeur habían dado a las “estructuras profundas”. Su concepto de “estructuras superficiales” más que irónico parece significar una propuesta complementaria a los trabajos de aquellos.

Las preguntas que a Carrard le interesa hacer a las obras de la nueva historia son: ¿quién es el que habla?, ¿para quién habla?, ¿en que circunstancias?, ¿con qué propósitos? y ¿utilizando qué tipo de estrategias retóricas? Y lo que creo más importante, relacionando todos estos aspectos con el dominio de la epistemología (la forma de verdad que manejan), el de la ideología (sus explícitos o implícitos sistemas de valores) y sus filiaciones intelectuales (sus posiciones en la universidad y sus relaciones con los negocios de la publicidad) de los “nuevos historiadores”.

Pero podría preguntarse si la “nueva historia” que en Francia se sitúa contra el positivismo —con una nueva posición ante los protocolos de escritura recomendados, ante el ordenamiento tradicional del tiempo histórico, ante las

tácticas de supresión del sujeto de enunciación y ante las restricciones en el uso del lenguaje figurativo—, no formaría parte también de un movimiento más generalizado, y que por lo tanto no sería en modo alguno privativo de los historiadores franceses abordados por Carrard. O posiblemente la llamada nueva historia sólo lo fuera sin comparación con otros modelos o corrientes de pensamiento. Esto sin contar con que de verdad sean mayores las similitudes que las diferencias existentes para agrupar a los “nuevos historiadores” que Carrard toma en cuenta.

Ésta es una insatisfacción con el trabajo de Carrard sólo de principios, de presupuestos. Lo que realmente interesa es la aplicación de su poética, los elementos que toma en cuenta y los resultados que consigue. Carrard examina la discusión en torno a la narrativa como modelo de organización textual que los “nuevos historiadores” rechazaron y pretendieron sustituir por otros más convenientes, pero conservando el tiempo como rastro primario y sentido general de la expresión del cambio, evolución y desarrollo.

Sin embargo, Carrard encuentra que, vistos los textos de la nueva historia desde la perspectiva de una narrativa poética, sólo un pequeño número de ellos podría ser calificado de no narrativo, los demás se distribuirían en dos categorías, la de la “descripción”, que comprendería trabajos del tipo de la “antropología histórica”; y por otro lado en la categoría narrativa de metahistorias, es decir aquellos donde se discuten trabajos anteriores. Además, resulta que la narrativa de la nueva historia no está hecha por eventos, sino por lo que Carrard propone llamar tipo de organización textual “narrativa de escenario”, al parecer el modelo favorito de la historia de las mentalidades.

En este sentido, el modelo braudeliano resultó ser un paradigma para muchos, "utilizando el vocabulario de la poética", éste podía ser caracterizado por la inclusión de una descripción que cuenta o enumera las estructuras, y una serie de narraciones paralelas que cuenta los movimientos de las coyunturas, pero que luego conduciría hasta el reto de conseguir la "historia total" y superar el mito de la "historia inmóvil".

Carrard se refiere luego a cómo la adopción de diferentes modos de discurso por parte de la nueva historia se consideró como un gesto político, lo que la envolvió en una cuestión de autoridad y relaciones de poder, y lo mismo significó el "regreso a la narrativa", un signo de independencia conferida por el poder institucional.⁸ En cuanto a la perspectiva epistemológica, Carrard concluye que para los nuevos historiadores hacer historia ha significado cuando menos tres cosas: contar lo que ocurrió en el pasado, describir qué fue lo que se deseó en el pasado y comentar textos anteriores.

Carrard considera entonces los aspectos que él llama pragmáticos en los textos, es decir, la manera como los historiadores han escrito empleando convenciones estilísticas y retóricas de la disciplina histórica para que otras personas los lean. La idea es distinguir quién habla en los textos de la nueva historia y desde qué posición, para identificar además a su audiencia. La hipótesis básica de Carrard consiste en sostener que el proceso de textualización de temas en historiografía no debe darse por sentado como algo accesorio, sino que debe

⁸ *Ibid.*, p. 7.

partir del análisis de los procedimientos de escritura, analizando las implicaciones para la política, ideología y epistemología de los textos.

Habiendo llegado a la conclusión de que la nueva la historia sí es narrativa, que toda narración tiene un narrador que cuenta su propia historia o la de otros (homo o heterodigética) y que ésta puede o no ser parte de la historia del mundo representado (intra o extradigética), el que habla puede colocar a la expresión misma como único signo de su presencia, o bien, multiplicar las señales de subjetividad; precisamente el caso de los nuevos historiadores, cuya característica más significativa es la presencia abierta del narrador, inclusive en operaciones relacionadas con el despliegue de la historia o el desarrollo del argumento. Los nuevos historiadores, dirá Carrard, al aparecer como investigadores en el cuerpo mismo del texto, rompen con las reglas utilizadas en la distribución de la información entre el texto y el paratexto (el papel que jugaban los prólogos y las introducciones).

Con esto, los historiadores como "sujeto emocional" según Roland Barthes, expresan fuertes deseos individuales, sentimientos y opiniones, agregando un componente autorreflexivo a sus trabajos, agregando al análisis de su material algunas reflexiones acerca del análisis mismo con la posibilidad abierta de obtener conclusiones. Lo cual tiene desde luego sus consecuencias para el conocimiento histórico mismo, como el estrechamiento en la distancia que tradicionalmente se creía que guardaban la retórica y la epistemología.

En cuanto a las perspectivas, lo más interesante son los tres tipos de focalización que Carrard propone: la focalización cero, donde las situaciones son presentadas desde detrás, desde una posición no localizable; la focalización

interna, donde la presentación es “con” los personajes; y la focalización externa, donde la presentación es desde la perspectiva de un observador. En este caso, los nuevos historiadores abandonan el tiempo no especificado de su perspectiva para contar su historia en focalización interna, desde el “antes” hasta el “ahora” de su posición espacial, temporal y epistemológica. Es así como pueden considerar el discurso del ausente, que generalmente es el no privilegiado, empleando la narrativización, transposición o simplemente reporte de un gran número de citas. Aquí, desde luego, aparece el problema de poder dar al relato un efecto de realidad echando mano de la confusión que se puede lograr entre el referente y el significado.

Para terminar, Carrard aborda el tema de las “figuras” empleadas por el historiador en el curso de sus descripciones un asunto caro también a Hayden White. A ellas pertenecen las implicaciones epistemológicas y textuales de la dependencia de la historia a los recuerdos archivados; mismas que incluyen a su vez la evidente función retórica junto a la función lógica de las citas, las imágenes, las expresiones, sus relaciones con doctrinas totalizadoras como el marxismo y el estructuralismo, el empleo del lenguaje figurado, la puntuación misma y las tres áreas fundamentales de la argumentación histórica en general: el espacio, el tiempo y la sociedad.

Aparentemente, en la poética de Carrard se encontraría una negación de la posibilidad de que el análisis historiográfico vaya más allá del texto sólo, pero el hecho de que Carrard considere, como también lo hacen White y Rancière, la necesidad explícita de llegar hasta las implicaciones epistemológicas e ideológicas de la escritura de la historia es el punto de apoyo para superar el límite del puro

texto, por más que en el caso de la ideología Carrard se quede en las relaciones de poder institucionales y no continúe hasta sus alcances sociales.

Por lo tanto, puede decirse que la historia de la historiografía sólo alcanza su culminación en el análisis historiográfico, cuando éste aclara sus implicaciones filosóficas (epistemológicas pero también ontológicas) e ideológicas de comunicación y configuración de modos de convivencia. Y en esto también resulta ilustrativo el caso de Carrard, porque aunque no hace referencia expresa a ello, es claro que lo que él analiza es un cambio en la producción y en la recepción de la historiografía como proceso comunicativo. La poética del saber de Rancière me parece una síntesis en ese mismo sentido, pero que desafortunadamente es superficial en exceso al tratar de articular el supuesto triple contrato del discurso historiográfico.

Historicidad de la operación historiográfica

Hans-Georg Gadamer, en *Verdad y método*¹ no hace tampoco referencia explícita a lo que hasta aquí se ha venido denominando análisis historiográfico, ni siquiera cuando se ocupa de la relación entre historiografía y hermenéutica en Johann Gustav Droysen, cuya fórmula de "comprender investigando" para el método histórico, lo lleva a la determinación de cómo es que en la autorreflexión metodológica de Droysen la hermenéutica se enseñorea de la historiografía. Y esto a pesar de que Droysen —dice Gadamer— logró determinar con más rigor que Leopold von Ranke las mediaciones que encierran la investigación y la comprensión.

Si ya en Droysen se encontraba la idea de "comprender investigando" como una línea que atraviesa toda su metodología, para Gadamer la única realización auténtica de la tarea histórica es la de determinar el significado de lo investigado, que se encuentra no sólo al final de la investigación, sino también en su comienzo, como estímulo del interés investigador. Por eso puede decir que "la resolución de la oposición abstracta entre tradición e investigación histórica, entre historia y conocimiento de la misma", debe encontrarse en el comienzo de toda hermenéutica histórica.

Según Gadamer, hermenéutica e historiografía no son "enteramente" lo mismo, porque en cierto sentido "el historiador va más allá del negocio

¹ Traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Sigueme, 1997, 697 pp. (Hermeneia, 7).

hermenéutico”, porque las preguntas que dirige al texto se refieren a algo que el texto no ofrece por sí mismo, lo cual conduce a ese sentido nuevo y exacerbado del concepto de la “interpretación” que Gadamer identifica junto a su correlato, el de la “expresión”. Aquí, la expresión no se restringe al ámbito lingüístico, pues cada texto representa no sólo un sentido comprensible, sino también un sentido que necesita ser interpretado y desvelado. “Para el historiador es un supuesto fundamental que la tradición debe ser interpretada en un sentido distinto del que los textos pretenden por sí mismos”.²

Es esto lo que hace que hermenéutica e historiografía no sean “enteramente” iguales, pero entre ellas Gadamer encuentra una “comunidad”. La hermenéutica no es sólo una función propedéutica de la historiografía, sino que la abarca toda, tal y como había aparecido en Droysen, aunque será Wilhelm Dilthey quien haga de ella una metodología histórica y una teoría del conocimiento de las ciencias del espíritu. No obstante, el rechazo de Ranke, de Droysen y de Dilthey por la filosofía de la historia universal los conduciría justo hasta la que era entonces la pretensión de la hermenéutica filológica: que el sentido de un texto debía comprenderse desde sí mismo, por eso la hermenéutica se convirtió en el fundamento de la historiografía.

Fue Hegel quien amplió este punto de vista —según lo presenta Gadamer como corrección a lo sostenido por Friedrich D. E. Schleiermacher—, diciendo que la esencia del espíritu histórico consistía no en la restitución del pasado, “sino en la *mediación del pensamiento con la vida actual*”. Tal vez Dilthey no se equivocó

² *Ibid.*, p. 408-409.

entonces cuando afirmó que era "en la conciencia histórica donde se llevaba a término el saber de sí mismo del espíritu", al menos así parece reconocérselo Gadamer.

Esto introduce uno de los planteamientos centrales de Gadamer, la explicación de la movilidad histórica del comprender. "El comprender —dice— debe pensarse menos como una acción de la subjetividad que como un desplazarse uno mismo hacia un acontecer de la tradición, en el que el pasado y el presente se hallan en continua mediación"³. Dentro de este presupuesto, la hermenéutica, según Gadamer, ocuparía un punto medio entre la objetividad de la distancia histórica y la pertenencia a una tradición; punto desde el cual su tarea no consistiría en desarrollar un procedimiento de la comprensión, sino en iluminar las condiciones bajo las cuales se comprende.

Cobra entonces su importancia el concepto de horizonte que según Gadamer habían empleado ya en términos filosóficos Friedrich Nietzsche y Edmund Husserl. La elaboración de la "situación hermenéutica" significa obtener el horizonte correcto de comprensión. Como cuando la conciencia histórica, por citar un ejemplo, tiene la pretensión de ver el pasado en su propio ser y no desde patrones y prejuicios contemporáneos, desde su propio horizonte histórico y representarse lo que uno quiere comprender en sus medidas verdaderas.

Sin embargo, cuando la conciencia histórica se desplaza hacia horizontes históricos, todos ellos forman un gran horizonte que "se mueve por sí mismo y que rodea la profundidad histórica de nuestra autoconciencia más allá de las fronteras

³ *Ibid.*, p. 360.

del presente". Uno se desplaza contando siempre con su horizonte, que no se forma al margen del pasado. De hecho, ni siquiera existe un horizonte del presente en sí mismo, junto a otros horizontes históricos por ganar, sino que comprender es siempre el proceso de fusión de estos presuntos horizontes "para sí mismos".

Por eso, cuando Gadamer recurre a la descripción y fundamentación existencial del círculo hermenéutico de Martin Heidegger, afirma que el círculo describe la comprensión como la interpenetración del movimiento de la tradición y el movimiento del intérprete, pero la comunidad que nos une a la tradición está sometida a un proceso de continua formación que nosotros instauramos en tanto comprendemos, participando así del acontecer de la tradición y determinándolo. Esto permite a Gadamer advertir que el círculo de la comprensión no es un círculo metodológico, sino descripción de un momento estructural ontológico de la comprensión.

Entendiendo así la complejidad que se puede encontrar en todo encuentro con la tradición, realizado con conciencia histórica y manifestado en la tensión entre texto y presente, resulta lógico que Gadamer acepte que en la comprensión siempre tiene lugar "algo así como una aplicación del texto que se quiere comprender a la situación actual del intérprete", y "considerando como un proceso unitario no sólo el de comprensión e interpretación, sino también el de la aplicación".

Cuando Gadamer describe la realización controlada de la fusión de horizontes, a la que da el nombre de "tarea de la conciencia histórico-efectual", es precisamente al problema de la aplicación al que se refiere. La conciencia de la

historia efectual es la que constituye el centro en el que la vieja unidad de las disciplinas hermenéuticas recupera su derecho. La comprensión es una forma de efecto y se sabe a sí misma como efectual, lo que aclara el sentido de la aplicación que aparece en toda forma de comprensión.

El problema decisivo que Gadamer se plantea aquí es averiguar ¿qué clase de conciencia es la conciencia de la historia efectual?, ¿cómo es que hay que entender la unidad de saber y efecto? Gadamer sostiene que la conciencia histórica efectual tiene la estructura de la experiencia, porque como lo explicó Hegel en la *Fenomenología del espíritu*, “para la conciencia su objeto es el en-sí, pero lo que es en-sí sólo puede ser sabido tal como se representa para la conciencia que experimenta. De este modo la conciencia que experimenta hace precisamente esta experiencia: el en-sí del objeto es en-sí ‘para nosotros’”⁴.

Sin embargo, encontrar la estructura general de la experiencia no tiene otro fin para Gadamer que buscarla en la experiencia hermenéutica, dentro de la cual la tradición es la que accede a la experiencia pero no como simple acontecer que pueda conocerse o dominarse por la experiencia, “sino que es *lenguaje*, habla por sí misma como lo hace un *tú*” que se comporta también respecto a uno; y el correlato de la experiencia del *tú* en el terreno hermenéutico es precisamente la conciencia histórica que conduce a la más elevada manera de la experiencia hermenéutica: la apertura a la tradición que posee la conciencia de la historia efectual.

⁴ *Ibid.*, p. 429.

Esta apertura la refiere Gadamer al reconocimiento del horizonte hermenéutico como "horizonte del preguntar", "en el marco del cual se determina la orientación de sentido del texto", lo que le sirve para poner al descubierto la dialéctica de pregunta y respuesta, permitiendo que la relación de la comprensión se manifieste por sí misma como una relación semejante a la de una conversación. Esto conduce a Gadamer a devolvemos al tema del lenguaje cuando dice que "la fusión de horizontes que tiene lugar en la comprensión es el rendimiento genuino del lenguaje".

Rastrear la estructura de la verdadera conversación tiene meta poner de relieve a ese otro género de conversación que es el comprender textos. Y así como antes se había preocupado por destacar el carácter constitutivo del significado de la pregunta para el fenómeno hermenéutico de la mano de la conversación, su intención posterior será mostrar la ligüisticidad de la conversación que subyace a su vez a la pregunta como un momento hermenéutico.

Todas estas ideas de Gadamer son determinantes para el análisis historiográfico, pero es necesario precisar de qué manera se introduciría en él cada uno de los planteamientos, si es cierto que, según creo, la configuración actual del análisis historiográfico puede ser actualizada en sentido filosófico y político.

El sentido filosófico se refiere en primer término a la determinación epistemológica que corresponde, como lo dice Gadamer, a la investigación de las condiciones bajo las cuales se comprende. En segundo lugar estaría la determinación ontológica, es decir la concepción del comprender como el modo de

ser de la existencia misma. El sentido político en cambio, tomado en su significado más amplio, bien podríamos confrontarlo con los conceptos de aplicación y de conciencia de la historia efectual de Gadamer, y aquí, probablemente más que en el sentido filosófico, sería dable abordar el fenómeno hermenéutico de la lingüisticidad desde la idea de la conversación.

Por lo que toca a los contenidos de la hermenéutica abarcante y la movilidad de los horizontes de la comprensión para sí mismos en una sola continuidad con el presente, el historicismo mexicano y sus fuentes europeas algo pensaron al respecto, según creo haber explicado ya. Lo único en lo cual habría que poner especial atención es en incorporar efectivamente la movilidad de la comprensión en el análisis historiográfico como algo visible y actuante.

Las referencias que Gadamer hace a la investigación histórica consisten siempre en una historia factual o institucional, y por lo tanto, pensar en la tarea de la hermenéutica histórica para el historiador no excluye al historiador de la historiografía, pero tampoco lo incluye conscientemente. Cabría preguntar entonces si de verdad el objeto de estudio del historiador de la historiografía son las obras historiográficas o si son sólo el testimonio primario con que cuenta para la investigación de algo todavía más importante, la realidad historiográfica, la situación historiográfica para decirlo con Gadamer. Pero esta situación no se referiría al historiador o al texto analizado, sino desde luego a la tradición. Por eso el objetivo sería llegar a la sociedad o a la comunidad propias de esa tradición, ésta es la realización filosófica y política de la historia de la historiografía a la que he hecho referencia.

Por último, debo decir que si bien de momento queda aceptada la preeminencia de la hermenéutica para la investigación histórica y para su análisis, será necesario todavía abordar la naturaleza de su trayectoria o "el modo de ser propio de la comprensión" en cada uno de los momentos de la producción y la recepción de la historiografía. Lo que se adelanta aquí es que sólo mediante la hermenéutica fenomenológica sería analizable el núcleo de la operación historiográfica en su sentido más auténtico. Eso sí sería llegar hasta el problema ontológico.

Michel de Certeau, historiador y antropólogo francés es otro de los más notables pensadores que ha escrito estudios de análisis de la producción historiográfica. Aceptando que toda empresa científica tiene como características, desde hace cuatro siglos, la producción de artefactos lingüísticos autónomos (lenguas y discursos propios), y la capacidad de éstos para transformar las cosas y los cuerpos de los que ya se han separado (una reforma o revolución del mundo que los rodea según la ley del texto), pretende remitirnos a una historia "moderna" de la escritura.⁵

Michel de Certeau explica cómo concibió inicialmente su libro como una serie de estudios destinados a señalar las etapas cronológicas de esta práctica:

En el siglo XVI, la organización "etnográfica" de la escritura en su relación con la oralidad "salvaje", "primitiva", "tradicional" o "popular" a la que constituye como su otro (tercera parte de este libro); en los siglos XVII y XVIII, la transformación de las Escrituras cristianas, legibilidad en un cosmos religioso, en meras "representaciones" o en "supersticiones" marginadas por un sistema ético y técnico de prácticas capaces de

⁵ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1985, 372 pp.

construir una historia humana (segunda parte); en los linderos del siglo XX, el regreso de la alteridad rechazada gracias a la práctica escriturística de Freud (cuarta parte); finalmente, el sistema actual de la "industria historiográfica", que sirve de base a un lugar socioeconómico de producción, a las reglas científicas de una pericia, y a la construcción de un relato o texto (primera parte).⁶

Michel de Certeau dice que el sentido de la expresión "industria historiográfica" proviene de Marx, y cita al pie: "La industria es el lazo de unión *real* e histórico entre la naturaleza y el hombre" y es "el fundamento de la ciencia humana".⁷ Luego, el autor explica cómo y por qué ha preferido desechar la reconstrucción cronológica, que sería demasiado apegada a una concepción lineal del tiempo. Ha preferido hacer visible el lugar *presente* del que tomará forma su interrogante, la *particularidad* del campo del material y de los procesos (los de la historiografía "moderna") que permitieron analizar la operación escriturística, junto con las diferencias metodológicas (semióticas, psicoanalíticas, etc.) introducidas por otras posibilidades teóricas y prácticas en el funcionamiento occidental de la escritura.

Sin embargo, las primeras interrogantes surgen de que según Michel de Certeau, la historiografía (es decir historia y escritura) lleva inscrita en su nombre la paradoja de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Asume como su tarea la de unirlos, y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer "como si los uniera". ¿Es la historia lo real? ¿En qué sentido de lo real? ¿Y acaso no debiera atenderse a la historia del mismo concepto de

⁶ *Ibid.*, p. 12.

⁷ Acerca de la "industria historiográfica", cfr. M. de Certeau, "Escritura e historia", en *Politique aujourd'hui*, diciembre 1975, pp. 65-77.

historiografía? Lo que sí puede decirse desde ahora es que “discurso” y “real” no son antinómicos en lo absoluto, como opina Michel de Certeau.

Según él, aunque la búsqueda histórica del “sentido” no es sino la búsqueda del otro, como lo ha dicho Alphonse Dupront, se trata de una acción contradictoria que intenta envolver y ocultar en el “sentido” la alteridad del extraño, “trata de calmar a los muertos que todavía aparecen” y ofrecerles tumbas escriturísticas. En la práctica de separar de la historiografía (en presente y pasado, en periodos por ejemplo), el corte es un postulado de la interpretación (que se construye a partir de un presente) y su objeto (dividido y organizado en representaciones que deben ser interpretadas).

En el carácter volitivo del trabajo determinado por este corte, opera una selección en el pasado, del que se distingue entre lo que puede ser “comprendido” y lo que debe ser olvidado para obtener la representación de una inteligibilidad presente. Sin embargo, todo lo que esta nueva comprensión del pasado tiene por inadecuado vuelve, a pesar de todo, a insinuarse en las orillas y en las fallas del discurso.

“Resistencias”, “supervivencias” o retardos perturban discretamente la hermosa ordenación de un “progreso” o de un sistema de interpretación. Son *lapsus* en la sintaxis construida por la ley de un lugar; prefiguran el regreso de lo rechazado, de todo aquello que en un momento dado se ha convertido en impensable para que una nueva identidad *pueda ser pensable*.⁸

La historiografía trata entonces de probar que el lugar donde se produce es capaz de comprender el pasado, por medio de un extraño procedimiento que

⁸ *Ibid.*, p. 18.

impone la muerte y que se repite muchas veces en el discurso, procedimiento que niega la pérdida, concediendo al presente el privilegio de recapitular el pasado en un saber. Trabajo de la muerte y trabajo contra la muerte.

La escritura viene a ser el símbolo donde se efectúa, con un gesto que tiene valor de mito y de rito a la vez, aquél procedimiento paradójico. Mientras escribir es construir una frase recorriendo un lugar que se supone en blanco: la página, la historiografía es esa actividad que recomienza a partir de un tiempo nuevo separado de los antiguos y se encarga de construir una razón en el presente.

Desde hace cuatro siglos, en occidente, “hacer historia” conduce siempre a la escritura, práctica significativa que reemplaza a los mitos de antaño, y en cuanto práctica (no como discurso que es su resultado), es el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado, de sustituir la oscuridad del cuerpo vivido con el enunciado de un “querer saber” o un “querer dominar” el cuerpo, de transformar la tradición recibida en un texto producido, de convertirse en aquella página en blanco que ella misma puede llenar.

A esta práctica que tiene el valor de un modelo científico no le interesa una “verdad” oculta que sea preciso encontrar, se constituye en un símbolo por la relación que existe entre un nuevo espacio entresacado del tiempo y un *modus operandi* que fabrica “guiones” capaces de organizar prácticamente un discurso que sea hoy comprensible. Es a todo esto a lo que Michel de Certeau llama “hacer historia”, es decir, historiografía.

Aunque inseparable del destino de la escritura en el occidente, la historiografía conserva la particularidad de captar la creación escriturística en su relación con los elementos que recibe, de operar en el sitio donde lo dado debe

ser transformado en construido; de construir representaciones con material del pasado, de situarse finalmente en la frontera del presente donde es necesario convertir simultáneamente la tradición en un pasado (excluirla), y no perder nada de ella explotándola con métodos nuevos.

Michel de Certeau supone que la historiografía se distancia de la tradición y del cuerpo social, apoyándose como último recurso en un poder que se distingue efectivamente del pasado y de la totalidad de la sociedad. "Hacer historia" se apoya en un poder político que crea un lugar propio (ciudad, nación, etc.) donde un querer puede y debe escribir (construir) un sistema (una razón que organiza prácticas). Hay una especie de ficción por la cual el historiador se coloca en el lugar del sujeto de la operación de la que, sin embargo, es sólo el técnico.

Aparece así la primera referencia a una crítica de lo real. Lo real que se inscribe en el discurso historiográfico proviene de las determinaciones de "un lugar". Y las relaciones efectivas que parecen caracterizar a este lugar de escritura son: dependencia de un poder establecido por otros, dominio de las técnicas que se refieren a las estrategias sociales y juego con los símbolos y las referencias que tienen autoridad ante el público.

Esta situación queda inscrita también en el texto. La dedicación más o menos discreta que mantiene la ficción del pasado para que "se realice" el juego erudito de la historia, confiere al discurso una condición de deuda con respecto al poder (ayer del príncipe, hoy de una institución científica del Estado, o de su epónimo: el patrón). Esta "referencia a otra cosa" indicaría el lugar que autoriza, el detector de una fuerza organizada, en cuyo interior y en función de la cual se realiza el análisis. Sin embargo, al mismo tiempo, el relato, como cuerpo de la

ficción, marcaría una distancia que lo separa de la deuda por los métodos empleados y por el contenido tratado. Los dos puntos que permitirían esta separación serían un trabajo técnico y un interés público. Es así como el historiador recibe los medios para realizar su trabajo y los elementos de determinación de su interés.

El historiador, dice Michel de Certeau, ha de saber que

escribir es salir al encuentro de la muerte que habita un lugar determinado, *manifestarla* por medio de una representación de las relaciones del presente con su "otro", y *combatirla* con un trabajo que consiste en dominar intelectualmente la articulación de un querer particular con las fuerzas presentes. Por todos estos aspectos, la historiografía echa a andar las condiciones de posibilidad de una *producción*, y es al mismo tiempo el sujeto de su propio discurso.⁹

El hecho de la producción pasa por echar de menos un concepto específico y plenamente elaborado de la temporalidad con el que se podría abordar el problema de la historiografía. Desde este punto de vista, la historiografía sería solamente "un discurso filosófico que se ignora a sí mismo", ocultando las interrogantes que lleva consigo, al reemplazarlas por el trabajo indefinido de hacer como si respondiera. Lo cierto es que estos cuestionamientos rechazados reaparecen continuamente en el trabajo del historiador, reconocidos sobre todo por la referencia a una "producción" y al cuestionamiento que se pone bajo el signo de una "arqueología".

El concepto de "producción", como primer hecho histórico (*die erste geschichtliche Tat*), queda precisado a través de lo dicho por Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach*, cuando afirma que el objeto, la realidad y el mundo sensible

⁹ *Ibid.*, p. 26.

deben ser captados como actividad humana concreta, como práctica. Esta tesis, combinada con aquella otra de que "sólo es productivo el trabajo que produce capital" (de los *Principios de una economía política*), y trasladadas a la preocupación por las "ideas" o las "mentalidades", abre una posibilidad para abordar la relación que puede establecerse entre lugares determinados y los discursos que allí mismo se producen.

La hipótesis consiste en que, siendo sin duda el discurso una forma de "capital", invertido en símbolos, transmisible, susceptible de ser desplazado, acrecentado o perdido, es claro que esta perspectiva vale también para el "trabajo" del historiador que la utiliza como instrumento, y que la historiografía, desde este punto de vista, depende todavía de lo que debe tratar: la relación entre "un lugar", "un trabajo" y ese "aumento de capital" que puede ser el discurso. Tal "arqueología", como él mismo la llama, que lo llevó a examinar a la historiografía en sí misma, parece sin embargo destinada a esclarecer la relación entre un *logos* (escritura o historiografía en este caso) y su *arché*, "principio" o "comienzo", que constituye su "otro", lo real que la hace posible. Casi una metafísica platónica.

Con lo anterior, el estudio de la operación historiográfica reclama como necesarios tres postulados iniciales: 1) los discursos, en tanto que hablan *de* la historia, están siempre situados *en* la historia; 2) los discursos son históricos porque están ligados a operaciones y definidos por funcionamientos. No es posible comprender lo que *dicen* independientemente de la *práctica* de donde proceden, se trata de conceder su importancia al verbo, al acto productor, en lugar de sólo privilegiar el complemento, el objeto producido; 3) se entiende entonces por

historia esta práctica (una "disciplina"), su resultado (el discurso), o su relación bajo la forma de una "producción".

Queda determinado asimismo el contenido de las cuestiones que se examinarán: 1) la ideología como ya contenida en la historia misma; 2) la existencia de una historicidad de la historiografía, que implica un movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una praxis social; 3) la oscilación de la historiografía entre su remisión a una práctica, a una realidad y su ser un discurso cerrado, el texto que organiza y cierra un modo de inteligibilidad; 4) La historiografía, que es si duda nuestro mito, combina lo pensable con los orígenes según el modo como una sociedad se comprende.

La situación de la historiografía presenta por lo tanto la interrogación sobre lo real en dos posiciones muy diferentes en el proceso científico: por un lado lo real como conocido (lo que el historiador estudia, comprende o "resucita" en una sociedad pasada); y por otra, lo real como implicado por la operación científica (la sociedad actual a que se refiere la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y finalmente una práctica del sentido). De un lado, lo real es el resultado del análisis, de otro es su postulado. Ninguna de las dos posiciones puede reducir o eliminar a la otra, están en una relación mutua sobre la cual se apoya precisamente la ciencia de la historia, y su objetivo es el desarrollo de esta relación en un discurso.

En el asunto del discurso de la historia, siguiendo a Roland Barthes, Michel de Certeau acepta que el discurso sobre el pasado tiene como condición ser el discurso del muerto. El objeto que circula no es sino el ausente, mientras que su sentido es ser un lenguaje entre el narrador y sus lectores, es decir entre

presentes. La cosa comunicada opera la comunicación de un grupo consigo mismo por medio de la remisión a un tercero ausente que es su pasado. El muerto es la figura objetiva de un intercambio entre vivos. Es el enunciado del discurso que lo transporta como un objeto, pero en función de una interlocución lanzada fuera del discurso, hacia lo *no-dicho*. De acuerdo con estas conjugaciones con el ausente, la historia se convierte en el mito del lenguaje.

Preguntar entonces ¿qué fabrica el historiador cuando "hace historia"? O ¿de qué se trata su oficio? Son preguntas acerca de la relación enigmática que mantiene con la sociedad presente y con la muerte a través de actividades técnicas. Pero el necesario punto de partida es que no hay consideraciones, por generales que sean, por más lejos que queramos extenderlas, capaces de borrar la particularidad del lugar desde donde se habla y del dominio donde prosigue la investigación. Incluso el gesto de trasladar las "ideas" a lugares es un gesto de historiador. Para él, comprender es analizar en términos de producciones localizables el material que cada método ha establecido originalmente, según sus propios criterios de pertinencia. O sea que la historiografía se dedicaría a demostrar la relación entre los productos y los lugares de producción.

La pregunta es si cuando la historiografía se convierte para el que la practica en el objeto mismo de su reflexión, se puede invertir el proceso de comprensión que relaciona un producto con un lugar. Es evidente que por este camino sólo puede ser recibida la teoría que trae consigo una práctica; la teoría que, por una parte, da apertura a la práctica en el espacio de una sociedad, y por otra, organiza los procedimientos propios de una disciplina.

Por lo tanto, considerar a la historiografía como una operación es tratar de comprenderla, aunque de un modo necesariamente limitado, como la relación entre un *lugar* (un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera), varios *procedimientos* de análisis (una disciplina) y la construcción de un *texto* (una literatura). Es de esta manera como se admite que la historiografía forma parte de la realidad, de la que trata, y que esta realidad puede ser captada como actividad humana, como práctica. Lo que Michel de Certeau quiere probar es que la operación historiográfica se refiere a la combinación de un *lugar* social, de *prácticas* "científicas" y de una *escritura*. Análisis de sus condiciones previas, de las cuales el discurso no habla, pero que permitirían precisar las leyes silenciosas que organizan al espacio producido como un texto.

Por lo que toca al lugar social, la idea explicitada como principio es que toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Esto implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Es en función de este lugar que se establecen los métodos, se precisa una topografía de intereses y se organizan los expedientes de las cuestiones que se van a preguntar a los documentos.

Un ejemplo de cómo el texto confiesa su relación con la institución es el *nosotros* de un autor, que remite a una *convención* (en términos semióticos, que remite a un "verosímil enunciativo"). Se trata del sujeto plural que "sostiene" al discurso y se apropia el lenguaje por el hecho de presentarse como el locutor (un asunto puesto en claro por Émile Benveniste en sus *Problemas de lingüística*

general). De este modo se revelan la prioridad del discurso historiográfico, de la "práctica discursiva" o del "conjunto de reglas que caracterizan una práctica discursiva" (para decirlo con los términos de Michel Foucault en la *Arqueología del saber*), así como la relación de dicho discurso con una institución social.

El "nosotros" del autor realmente corresponde al de los verdaderos lectores, es decir, los "pares" o "colegas" que la juzgarán según unos criterios científicos particulares, diferentes de los del resto del público, pero decisivos para el autor desde el mismo momento en que pretende hacer una obra historiográfica. Y puesto que la historiografía queda configurada en todas sus partes por el sistema con que se elabora, su enlace con un lugar es la condición de posibilidad de un análisis de la sociedad. Aún antes de explicar lo que la historiografía produce, el lugar es la condición para que cualquier cosa pueda decirse sin ser legendaria (o "edificante"), o a-tópica (sin pertinencia). Si la historiografía instalara su discurso en un no-lugar, le quedaría prohibido hablar de la sociedad y de la muerte, se le prohibiría ser historia.

Si la organización de la historiografía se refiere a un lugar y a un tiempo, esto se debe a sus técnicas de producción. Michel de Certeau se atreve a decir incluso que cada sociedad se piensa "históricamente" con los instrumentos que le son propios. Aunque sitúa el término "instrumento", en la frontera cambiante entre lo dado y lo creado, entre la naturaleza y la cultura sobre la cual queda situada asimismo la investigación. Pero De Certeau se equivoca porque, según él, el análisis historiográfico, antes que ir más allá del rol concedido a la técnica, tendría aquí la raíz fundamental para la determinación de la situación hermenéutica,

cuando esa sería, precisamente, la interpretación más "inauténtica" de la facticidad historiográfica.

También el establecimiento de "las fuentes" participa de esta relación entre lo dado y lo creado. Cuando la historiografía comienza con el gesto de poner aparte, de reunir, de convertir en "documentos" algunos objetos repartidos de otro modo, este primer trabajo de una nueva repartición cultural consiste en producir los documentos por el hecho de recopiarlos, transcribirlos o fotografiarlos, cambiando a la vez su lugar y su condición. El material es realmente creado por acciones concertadas que lo distinguen en el universo del uso, que lo buscan también fuera de las fronteras del uso y que lo destinan a un empleo coherente. Hasta en sus orígenes, los archivos modernos implican ya la combinación de un grupo (los eruditos), de lugares (las bibliotecas) y de prácticas (copiado, impresión, comunicación, clasificación, etcétera).

Por su parte, la construcción de una escritura conduce de la práctica al texto, donde una transformación asegura el tránsito desde lo indefinido de la investigación a lo que Henri-Irénée Marrou ha llamado la "servidumbre" de la escritura, porque con el discurso parece imponerse una ley contraria a la práctica. Servidumbre que el discurso impone a la investigación y puede medirse con algunos rasgos específicos.

El discurso coacciona al prescribir como comienzo lo que en realidad es el punto de llegada o de "fuga" de la investigación: mientras que la investigación comienza en la actualidad de un lugar social y de un aparato institucional o conceptual determinado, en la exposición se impone el orden cronológico; luego, en tanto que la investigación es interminable, el texto debe tener un fin; y por

último, la representación de la escritura llena por medio de un conjunto de figuras las lagunas que constituyen el principio mismo de la investigación, el de estar siempre agujijoneada por la carencia.

Aceptando también las distinciones de Benveniste entre "discurso" y "relato", la historiografía viene a ser un relato que funciona como discurso organizado por el lugar de los "interlocutores" y fundado sobre el lugar que se da el "autor" respecto de sus lectores. El lugar donde se produce es el que autoriza al texto, pero el relato considerado como discursividad plantea algunos problemas que se refieren a la construcción de la historiografía. Literariamente, el resultado es que la historiografía produce textos que, de diversas maneras, tienen la doble característica de combinar una "semantización" (edificación de un sistema de sentidos) con una "selección" (una clasificación que tiene su principio en el lugar donde un presente se separa de un pasado), y de ordenar una inteligibilidad junto con una normatividad.

Pero uno de los aspectos del desdoblamiento del discurso historiográfico se refiere a la problemática de su manifestación, a la relación entre el *acontecimiento* y el *hecho*. Desde el punto de vista de la escritura, el acontecimiento es el que divide para que haya inteligibilidad y el hecho histórico completa para que haya enunciados con sentido. Dicho de otro modo, el primero condiciona la organización del discurso y el segundo proporciona significantes destinados a formar, de un modo narrativo, una serie de elementos significativos.

El acontecimiento es además lo que hay que suponer para que sea posible una organización de los documentos. Es el postulado y el punto de partida, aunque también lo que todavía no comprendemos. Sin embargo, gracias a una

semantización plena y saturadora, el acontecimiento oculta las fallas y las discontinuidades con una palabra propia que se añade al relato continuo. Así, cuando el texto plantea a la vez el cumplimiento del sentido y su condición, los une y los nivela en la expansión del discurso. Por esto mismo es global, pero solamente gracias al ocultamiento de la diferencia, y gracias al sistema que establece de antemano, bajo el título de un lugar adquirido, una autoridad capaz de "comprender" la relación entre una organización del sentido (de los "hechos") y su límite ("el acontecimiento").

Así, Michel de Certeau trata de mostrar cómo, en realidad, la función específica de la escritura no es contraria, sino diferente y complementaria de la función de la práctica. Tal función de la escritura puede precisarse bajo dos aspectos: En el sentido etnológico y cuasi religioso del término, la escritura desempeña el papel de un "rito de entierro"; ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso. Pero la escritura tiene además una función simbolizadora; permite a una sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio: "marcar" un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente lo que queda por hacer, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar su lugar a los vivos. Con la conversión escriturística que se realiza de este modo, la investigación efectúa una crítica de modelos presentes.

Por el poder que adquiere en la presentación e interpretación de "hechos", el discurso de la historiografía se vuelve creíble en nombre de la realidad que supuestamente representa, lo cierto es que dicha representación únicamente

disfraza la práctica que la organiza. El texto sustituye la representación de un pasado por la elucidación de la operación institucional que lo fabrica. Da una apariencia de lo real (pasado) en vez de la praxis (presente) que lo produce, con una autoridad mayor, en la medida que hace olvidar dichas condiciones de fabricación.

Michel de Certeau llega a la conclusión de que la historiografía es "histórica" no sólo porque produce una interpretación de periodos antiguos, sino porque el pasado se cuenta y se produce en ella. La historiografía deviene entonces como una "ciencia-ficción" que trata de ocultar lo que cree vergonzoso. De Certeau propone una "repolitización" o "historicización" de la propia historiografía, es decir devolverle a su discurso todas las referencias socioeconómicas o mentales de su producción, restituirle su pertenencia a las fuerzas presentes que organizan las representaciones del pasado.

Al decir que la escritura de la historia es el estudio de la escritura como práctica histórica, Michel de Certeau sigue pensando en la relación que dentro de la historiografía existe entre los términos antinómicos de lo real y el discurso, y en la alianza que existe entre la escritura y la historia. "Hacer historia", lleva siempre a la escritura, porque la historiografía conserva la particularidad de captar la creación escriturística en su relación con los elementos que recibe, de operar en el sitio donde lo dado debe ser transformado en lo construido, y de construir representaciones con material del pasado.

Y cuando Michel de Certeau dice que el nuevo examen de la operatividad historiográfica desemboca en un problema político es porque los procedimientos propios de "hacer una historia" nos remiten a una manera de "hacer la historia",

mientras que cuando desemboca en la cuestión del sujeto es porque, en el caso de la historiografía, la ficción se encuentra al final, en el producto de la manipulación y del análisis, en la narración que se presenta como una dramatización del pasado y no como el campo restringido donde se efectúan operaciones desfasadas, relacionadas con el poder. Lo real que se inscribe en el discurso historiográfico proviene de determinaciones de un lugar de escritura, cuyas relaciones efectivas que parecen caracterizarlo son "la dependencia" de un poder establecido por otros, "el dominio" de las estrategias que se refieren a las estructuras sociales, y "el juego" con los símbolos y las referencias que tienen autoridad ante el público.

Por eso Michel de Certeau afirma que el verdadero tiempo inaugural del historiador es su presente, sin perder de vista que, además, en su momento de producción, la temporalidad, como condición *a priori* de la investigación, es la que da coherencia al encadenamiento, forma series y llena lagunas para responder a la pregunta sobre el comienzo y a la exigencia de un orden. Sólo entonces adquiere sentido la fórmula de Michel de Certeau cuando dice:

El lugar instaurado por procedimientos de control es a su vez historicizado por el tiempo, pasado o futuro, que se inscribe en él como regreso de lo "otro" (una relación con el poder, con precedentes o con ambiciones) y que "metaforizando" de ese modo el discurso de una ciencia, la vuelve igualmente una ficción.¹⁰

No creo exagerar entonces al decir —y me conformo, de momento, sólo con presentar esta hipótesis— que Michel de Certeau lleva a cabo un análisis acerca de la historicidad de la operación historiográfica que bien hubiera podido situarse

¹⁰ Michel de Certeau, "Historia, ciencia y ficción", *Nexos*, octubre 1981, pp.33-45.

entre el Karl Marx de las *Tesis sobre Feuerbach* y el Martín Heidegger de *Ser y tiempo*. Pero a pesar de un punto de partida concreto, al considerar la escritura de la historia como práctica, y aunque sin trivializar el sentido de la historicidad, De Certeau no llega hasta la cuestión de la temporalidad auténtica. El problema, como dije, es enredarse en prescripciones que sobrevaloran la técnica.

Fue Paul Ricoeur quien sí hizo explícita esta opción desde la hermenéutica fenomenológica. Aunque *Tiempo y narración* pertenece —como las obras de Foucault, Carbonell, Rancière y Carrard— a un círculo francés que, en su intento por generalizar la experiencia historiográfica de *la nouvelle histoire*, la estima en exceso, lo decisivo en Ricoeur es que con su hipótesis analítica de la triple mimesis enfrenta el problema de la realidad que Michel de Certeau deja intacto como premisa.

Considero indispensable la necesidad de tomar la obra de Ricoeur en todo aquello que incumbe a la hermenéutica y no sólo a la semiótica del texto, es decir, “la reconstrucción del conjunto de las operaciones por las que una obra se levanta sobre el fondo opaco del vivir, del obrar y del sufrir, para ser dada por el autor a un lector que la recibe y así cambia su obrar.”¹¹

Paul Ricoeur considera característica de la semiótica del texto que la ciencia del texto puede establecerse en la sola abstracción del tiempo configurado, y puede tener en cuenta únicamente las leyes internas de la obra literaria, sin tomar en consideración el antes y el después del texto. Creo que me equivocaría

¹¹ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, traducción de Agustín Neira, presentación de la edición española por Manuel Maceiras, México, siglo XXI, 1995, 371 pp. (Lingüística y teoría literaria), p. 114.

entonces si tomara este segundo camino, porque según el propio Ricoeur, el único concepto operativo para la semiótica sigue siendo el del texto literario.

El punto de partida fundamental en esta investigación es que el tiempo sólo se hace tiempo humano en la medida en que se articula de un modo narrativo, al mismo tiempo que la narración sólo alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal. Es decir, que entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana (el auténtico, el de la historicidad), existe una correlación que presenta la forma de necesidad transcultural.

Así, Ricoeur construye la relación entre tres modos miméticos para resolver la relación entre tiempo y narración, tratando de demostrar el papel mediador que juega la construcción de la trama en el proceso mimético. Efectivamente la construcción de la trama, como *configuración* del tiempo (mimesis II), es el eje del análisis porque en su función de ruptura abre el mundo de la composición poética e instituye la literalidad de la obra literaria, pero el sentido de esta operación configuradora sólo resulta de su posición intermedia entre los aspectos temporales *prefigurados* en el campo práctico (mimesis I) y la *refiguración* de la experiencia temporal por ese tiempo construido (mimesis III). La investigación trata entonces de seguir los pasos de un tiempo prefigurado a otro refigurado por la mediación de uno configurado.

Mimesis I presupone que la composición de la trama se enraíza en la pre-comprensión del mundo de la acción, y por lo tanto, que no existe análisis estructural de la narración que no recurra a la fenomenología del "hacer". Si se tiene por cierto que la trama es una imitación de acción, se requiere una

competencia previa explicada por la semántica de la acción: identificar la acción estructural por sus rasgos generales. Luego, si imitar es elaborar la significación articulada de la acción, la competencia suplementaria requerida consiste en la aptitud para identificar las mediaciones simbólicas de la acción (estar mediatizada simbólicamente es el carácter principal de la acción). Y el último rasgo, estas articulaciones simbólicas de la acción son portadoras de caracteres temporales de donde proceden, más directamente, la propia capacidad de la acción para ser contada y quizá también la necesidad de hacerlo.

Por lo tanto, la riqueza del sentido de mimesis I, dice Ricoeur, reside en que imitar o representar la acción consiste en comprender previamente en qué consiste el obrar humano: su semántica, su realidad simbólica y su temporalidad, como ha quedado dicho. Incluso la literatura sería para siempre incomprensible si no viniese a configurar lo que aparece ya en la acción humana.

Mimesis II, por su parte, sin desconocer la diferencia que siempre existirá entre relato de ficción y relato histórico, "abre el reino del *como si*", de la ficción, pero tomando su función de mediación del carácter dinámico de la *operación configuradora*, que se refiere a la construcción de la trama. La trama resulta mediadora entonces por tres razones: Porque media entre *acontecimientos* individuales y una *historia* tomada como un todo; porque su construcción *integra* juntos factores *heterogéneos*¹²; y por sus caracteres temporales, resueltos sobre

¹² Entendiendo la trama en el sentido de la disposición de los hechos (y por lo tanto el encadenamiento de las frases de acción) en la acción completa constitutiva de la historia narrada, ella es el equivalente literario del orden sintagmático que la narración introduce en el campo práctico. Esto quiere decir que la narración pone de manifiesto, en el orden sintagmático, todos

todo por la solución poética que la capacidad de la historia para ser seguida ofrece a la paradoja de la distención-intención, de la posibilidad de ser del tiempo.

Mimesis III es una tercera fase representativa exigida por mimesis II, y se corresponde con lo que Gadamer llamó "aplicación". Incluso Aristóteles había dejado significado que el recorrido de la mimesis tiene su cumplimiento en el oyente o en el lector. Mimesis III marca por lo tanto la intersección del mundo configurado por el poema con el mundo en el que la acción efectiva se despliega y despliega su temporalidad específica. Esta tesis de la refiguración de la experiencia temporal por la construcción de la trama, muestra por otro lado, cómo es que la entrada de la obra por la lectura en el campo de la *comunicación*, señala al mismo tiempo su entrada en el campo de la *referencia*.

El último vector de la refiguración del mundo de la acción bajo la influencia de la trama es el acto de lectura, convertido en el agente que une mimesis III a mimesis II. Así es como Ricoeur quiere armonizar la teoría de la lectura de Wolfgang Iser y la teoría de la recepción de Robert Jauss, considerando que para ambos el texto es un conjunto de *instrucciones* que el lector individual o el público *ejecutan* de forma pasiva o creadora.

El texto sólo se hace obra entonces, en la interacción de texto y receptor. La noción de fusión de horizontes de Gadamer entra en cambio al análisis sólo para demostrar que lo que el lector recibe no sólo es el sentido de la obra, sino

los componentes que podrían figurar en el cuadro paradigmático establecido por la semántica de la acción. Es esto lo que para Ricoeur constituye la transición misma de mimesis I a mimesis II, el paso de lo paradigmático a lo sintagmático fruto de la actividad configuradora. *Ibid.*, p.118-132.

también su referencia, con todo y la experiencia que ésta trae al lenguaje, el mundo y su temporalidad que despliega ante la obra.

Son los rasgos temporales del mundo refigurado por el acto de configuración los que devuelven a la conversación triangular entre historiografía, crítica literaria y filosofía fenomenológica que marca las cuatro partes (los tres volúmenes) que integran *Tiempo y narración*, porque es en último término el tiempo de la acción el que es refigurado por su representación. De momento ya no es oportuno extendernos en esto que incumbe más al tema del tiempo narrado y su ontología, algo que atañe a la fenomenología del análisis historiográfico.¹³

¹³ Resulta difícil decidir todavía si Paul Ricoeur ha resuelto de la mejor manera posible esta cuestión al abordar la epistemología del conocimiento histórico desde las aporías fenomenológicas de la memoria. En *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Seuil, 2000, 675 pp. (L'ordre philosophique), él adopta la expresión de operación historiográfica de Michel de Certeau para definir el campo del análisis epistemológico de la historiografía (fase documental, fase explicativa/comprendida y fase representativa o escrituraria del discurso), desligando de aquella la condición histórica que implicaría el análisis frontal de la historicidad. En ese sentido, pienso que al acercarse más su análisis a la historiografía propiamente dicha, Paul Ricoeur sufrió el debilitamiento de su propuesta al tener que reflexionar acerca de las acciones de otros y no de las propias. Dejó de lado la cuestión que sería central en una fenomenología del análisis historiográfico: la relación entre historicidad e historiabilidad.

Escritura y lectura de la historia en México

Como se dijo en la primera parte, los dos caminos por los que comenzó a transitar la historia de la historiografía en México fueron el del trabajo erudito sobre las obras historiográficas del pasado mexicano y el de la llamada crítica histórica. El trabajo erudito puede que haya continuado en el estudio del mundo del historiador, en tanto que la crítica histórica o historiográfica del siglo XIX puede que haya pasado de ser el mero comentario o estudio a fondo de lo informado y expresado en los libros de historias, a ser "un método" riguroso de análisis que, asimismo, construyó su propia historia sin distinguirse claramente de la historia de la historiografía ni de la crítica histórica. Álvaro Matute y Evelia Trejo resumieron así su historia en 1988:

Del Renacimiento a nuestros días se pueden advertir tres grandes etapas del análisis historiográfico. Del siglo XVI al XVIII prevaleció el interés por la forma. La preceptiva daba más peso a la estilística y a la composición. El siglo XIX se apasionó por la verdad y puso el énfasis en la crítica y la heurística, hasta que Dilthey y Croce plantearon que la interpretación era lo más atendible en la lectura de historias. Nuestro siglo desarrolló la doble herencia, aunque los mejores trabajos realizados fueron fruto de la tradición historicista. Hoy en día parece que asistimos a un *ricorso* y con el influjo de los citados White y Barthes, se ha revalorado el aspecto de la composición y el lenguaje.¹

¹ Álvaro Matute y Evelia Trejo, "Veinte años de la historia de la historia en México", en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas; Gobierno del Estado de Morelos; Instituto de Investigaciones Históricas.UNAM, 1990. 843 pp., p.12.

En un artículo posterior, Álvaro Matute puntualizó y abundó sobre aquella historia, recordando esta vez también los nombres de Giambattista Vico y Johann Gustav Droysen, además de José Gaos y Edmundo O'Gorman para el ámbito mexicano, pero sobre todo, definió el análisis historiográfico como un método o instrumento propio de la historia de la historiografía, que consiste en estudiar los textos que forman parte de ella.²

Álvaro Matute es, con toda seguridad, uno de los historiadores de la historiografía mexicana más constante en la actualidad. Desde los inicios de su carrera cultivó el estudio del pasado de la historiografía tanto en la docencia como en la investigación, pero sus contribuciones en este campo reclaman mayor importancia porque ha reflexionado teóricamente acerca de la historia de la historiografía y el análisis historiográfico.

En 1978, al iniciar su participación en los coloquios de análisis historiográfico que propuso organizar en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, su ponencia presentada contenía ya sugerencias interesantes.³ Pensando en la historiografía mexicana como un conjunto mayor integrado, se hacía preciso establecer los compartimentos que fueran necesarios para estudiar a dicho conjunto en grupos significativos, que permitieran apreciar una estructura y un sentido en la historiografía mexicana, entendiendo las unidades en función de

² Álvaro Matute, "El elemento metahistórico. Propuesta para una lectura analítica de la historia", *Ciencia y Desarrollo*, nueva época, volumen XX, núm. 116 (mayo-junio de 1994), p. 62-66.

³ "El positivismo, la Revolución y la historiografía mexicana", manuscrito de la ponencia presentada en el 1er. Coloquio de análisis historiográfico, UNAM, agosto de 1978.

los conjuntos a los cuales pertenecieran y pudieran así ser comprendidas en función de un contexto que las hiciera igualmente significativas.

De entre los criterios posibles para formar estos conjuntos historiográficos, hacerlo por el sujeto parecía una opción con mayores alcances analíticos que los que la agrupación por el objeto común y el método permitían. La posibilidad de la agrupación generacional, la del tiempo convivido por los historiadores, se dirigía más bien a la búsqueda de ese fondo común originario de elementos que aparecerían en la obra histórica, cuyos elementos integrantes particulares Álvaro Matute tomaba directamente de las *Notas sobre la historiografía* de José Gaos.

Sin embargo, la triple operación de investigación, interpretación y expresión que debía examinar el análisis historiográfico formal, no había recibido un tratamiento del todo equilibrado en el medio mexicano. Hasta antes de Edmundo O'Gorman y Ramón Iglesia, que revaloraron el aspecto de la interpretación, había prevalecido el encomio en el valor de la investigación. La diferencia fue que Álvaro Matute afirmó, ya entonces, que aún para adentrarse en los aspectos de la investigación y la interpretación, la estilística y la arquitectónica eran la clave.

Más tarde, el interés de Matute por el aspecto de la expresión lo llevó a ensayos como el de "La Revolución mexicana y la escritura de su historia"⁴, donde, al decir de él mismo, con cierta influencia del semiólogo Walter D. Mignolo, trató de hacer una tipología textual de los trabajos escritos por los protagonistas de la revolución, en un proceso que va del testimonio a la síntesis, después de atravesar otros géneros parahistoriográficos o historiográficos, quedando definido

⁴ *Revista de la Universidad de México*, volumen XXXV, nueva época, núm. 9, enero 1982, p.2-6.

discursivamente en todos sus elementos éste último, cuando el producto es el resultado de un trabajo en que el autor expresa conscientemente su voluntad de hacer historia utilizando los recursos y métodos propios de su tiempo para llegar al fin que se propuso.

Esta atención puesta en la expresión fue también el camino que llevó a Álvaro Matute a releer a Vico y a Droysen, seguir más de cerca la producción del medio anglosajón y, finalmente, encontrar en la obra de Hayden White "la teoría más completa y acabada de las que se han propuesto en los últimos años" en el terreno del análisis historiográfico, "su campo de trabajo".⁵

Pero para Álvaro Matute la obra de White no es un producto exclusivo de la posmodernidad. Para quienes como él se habían formado dentro de la tradición de Gaos y de O'Gorman, la propuesta no era extraña sino novedosa, al vincular el análisis con la semiología, el estructuralismo y el postestructuralismo de los norteamericanos y los franceses. Él, simplemente había ido acomodando para su trabajo los elementos surgidos de ambos cuerpos doctrinarios que funcionaban como metodología del análisis historiográfico. El puente que veía entre el estructuralismo personalista de White y aquella tradición historicista mexicana era importante porque permitía aprender y reforzar las perspectivas de lo que más le interesaba: leer y enseñar a leer historia tratando de sacarle el mayor provecho posible.

⁵ Boris Berenzon Gorn, "Entrevista a Álvaro Matute", *Boletín Filosofía y Letras*, año 3, número 14, noviembre-diciembre 1997, p. 17-23.

Si se quisiera explicar por qué Álvaro Matute ha puesto el acento en la expresión historiográfica, tal vez habría que detenerse un poco en el concepto de historia como arte. No se trata desde luego de afirmar que él reduzca todo el análisis historiográfico a la expresión que culmina con el acto de leer, pero tal vez no sea tan absurdo preguntar aquí si es que la recepción de la obra historiográfica puede estudiarse como se estudia la recepción de la obra de arte.

La historicidad del acto de leer fue también lo que interesó a Alfonso Mendiola, otro de los autores que han experimentado en el campo de estudio de la expresión del historiador, al escribir su *Bernal Díaz del Castillo. Verdad romanesca y verdad historiográfica*.⁶ En este libro sostuvo que para utilizar un texto como fuente histórica era necesario reubicarlo en su horizonte cultural, reconstruir la distancia histórica que nos separaba de él como única posibilidad de no imponerle las determinaciones de nuestro propio mundo. Y esto sólo se podía lograr abriendo nuestro propio horizonte cultural, remitiendo, en este caso la *Historia verdadera* de Bernal, al contexto medieval del cual nacía, donde el mundo de la literatura nos daría las claves de interpretación de crónicas como ésa.⁷

⁶ 2ª. ed., México, Universidad Iberoamericana, 1995, 171 pp. (Serie Historia y Grafía, 4).

⁷ Claro que en este caso también debe recordarse el ya clásico estudio de Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 399 pp. (Sección de Lengua y Estudios Literarios), publicado originalmente en inglés en 1949. Un de los propósitos de Irving entonces fue el de explorar la posible influencia de los libros de caballería sobre la mente, la conducta y los actos de la masa de españoles que se sintieron capaces de realizar milagros aún mayores que los que ocurrían en las páginas de sus libros. Así lo vivieron y así lo experimentaron hombres como Bernal Díaz del Castillo. Agradezco otra vez aquí al maestro Javier Rico el haberme recordado la importancia del libro de Irving.

La propuesta de Alfonso Mendiola consistía en pasar de una hermenéutica de la producción de la obra histórica a una hermenéutica de la recepción, pues convencido de que el texto escrito tiene la cualidad de volverse independiente de su creador y quedar en manos de sus lectores, tomaba como eje central de su investigación al lector, en el intento por reconstruir la lectura que ellos estaban posibilitados a realizar como destinatarios originarios. La idea era intentar hacer una lectura de la crónica bernaldiana a partir de su reintegración al sistema comunicativo a que pertenecía en el siglo XVII. Sólo así se sabría desde dónde nos hablaba, de qué nos hablaba y a quién se dirigía como interlocutor primario. Pero sobre todo, podría precisarse el tipo de información que daba al historiador del siglo XX.

Para cumplir con este objetivo, Alfonso Mendiola hizo explícitas las tesis metodológicas que le habían servido de guía. Primero estaba la teoría hermenéutica de la recepción estética de la escuela de Constanza que se postulaba como una continuación crítica de la neohermeneútica de Hans-Georg Gadamer, esencialmente la obra literaria de Roman Ingarden, siendo, por otra parte, Hans Robert Jauss y Wolfgang Iser los dos representantes más conocidos de dicha teoría.

De *Verdad y método* él tomaba el concepto de conciencia de la historia efectual, que planteaba la historicidad de la hermenéutica con el fin de aumentar el grado de perspectiva de su mundo para desplazarse al horizonte histórico desde el que habla la tradición. De Roman Ingarden retomaba el concepto de concretización de la obra literaria, de la participación cocreadora del lector para construir el sentido de la obra.

Citaba a Hans Robert Jauss para que se comprendiera cuál era la posición de la teoría de la recepción estética con respecto al fenómeno literario, bajo la cual, la historia de la literatura exigía destruir los prejuicios del objetivismo histórico y fundamentar la estética de producción y de representación tradicional en una estética de la recepción y del efecto, pues la historicidad de la literatura no se basaba en la relación de "hechos literarios" *post festum*, sino en la experiencia procedente de la obra literaria hecha por el lector. El historiador de la literatura debía convertirse siempre primero en lector, debía permanecer consciente de su posición actual como lector antes de poder justificar su propio juicio a través de la sucesión histórica de los lectores.

Sin embargo, al escribir el apéndice para la segunda edición de su obra, Alfonso Mendiola afirmaba haber tomado conciencia de que para entender las distintas interpretaciones de una obra era necesario entender la organización social en la que estaba inserto el lector, porque los criterios a partir de los cuales se lee son expresión de la institución desde la que se lee. Las razones por las cuales se lee en una institución o en otra son diferentes. Las prácticas que cada institución desarrolla determinan los cánones de lectura, y cada institución constituye mediante ciertas reglas una forma de leer privilegiada, constituye al buen lector como aquel que durante su proceso de integración a la institución ha interiorizado los criterios que limitan una lectura correcta y una incorrecta. Los relatos eran entonces construcciones culturales que había que entender en sus mecanismos para poder acceder al sentido que dichas narraciones transmiten.

Para Alfonso Mendiola, la historiografía había tenido un cambio importante en la segunda mitad del siglo XX, ahora estaba dominada por la comunicación. No

había ya historia sin historiografía, entendida ésta como las formas de reproducción de la sociedad en su conjunto. Ahora, la historiografía estudiaba socio-epistemológicamente el quehacer del historiador, era una autocomprensión histórica de dicho quehacer, cuyo significado no se podía restringir al estudio de los libros de historia, sino que tenía que ver “toda clase de trazos” que nos abren el pasado.⁸

Si bien es cierto que el análisis historiográfico partía del texto de historia entendido como enunciado emitido en un contexto determinado, el objetivo de la investigación historiográfica era reconstruir ese proceso comunicativo en el que se insertaba el texto analizado en tres planos de sentido fundamentales en el discurso de la historia: el de las reglas formales que estructuran el discurso como perteneciente al género historia, el del lugar social desde donde se produce el texto y el de las formas de recepción o apropiación del texto. En esto consistía el desplazamiento que se había dado con respecto al siglo XIX; los medios de comunicación habían provocado la reflexión sobre la forma como los sujetos se situaban frente a los procesos comunicativos, y por eso se superaba la dualidad entre “hecho” y “relato de hechos”, porque la escritura ya no se concebía como algo sobreañadido al hecho. Así se entendía que hoy toda historia fuese también historiografía.⁹

⁸ Creo que si se hiciera un seguimiento general de las tendencias recogidas en la revista *Historia y grafía*, ésta podría ser la característica que ha privado ahí para el estudio de la historiografía.

⁹ Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, “De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica”, *Historia y grafía*, Universidad Iberoamericana, número 4, 1995, p.245-261.

Después, Alfonso Mendiola volvió sobre estas cuestiones tomando como punto de partida dos términos que lo asombraron en la caracterización que hace Michael Baxandall de sus investigaciones como historiador del arte: observación y descripción. Si por descripción se entendían aquellas observaciones que quedaban plasmadas en textos, lo que Baxandall quería decir era que lo que él estudiaba eran comunicaciones sobre los cuadros; que no sería posible hablar directamente de las pinturas sin pasar primero por los esquemas de percepción (lenguajes históricos que describen cuadros) que las construyen como temas sociales.¹⁰

La intención de mostrar la distancia que podía existir entre las miradas de hombres de siglos diferentes conducía a afirmar que, en sentido estricto, un cuadro sólo existía en las descripciones que hacía una sociedad de él. Por eso era necesario aclarar que si se hablaba de miradas no comunicadas de alguna manera, éstas no pasarían a formar parte del mundo social y se quedarían en el interior del individuo que las viviría sólo con una existencia psíquica. En cambio, de lo que se estaría hablando aquí sería de miradas con una existencia social, de comunicaciones que expresan experiencias individuales mostrando cómo la sociedad mira a través de comunicaciones.

Adaptando entonces el reto de Baxandall a la comunidad científica de los historiadores, la pregunta que surge es ¿cómo reintroducir al observador en la explicación que hace el historiador del pasado? Pues lo que ocurre con ello es que

¹⁰ Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", *Historia y grafía*, Universidad Iberoamericana, número 15, 2000, p.181-208.

los historiadores no explican el pasado, sino observaciones sobre el pasado, o más bien, que explican el pasado sólo en la medida en que lo consideran a la luz de algún tipo de descripción o especificación verbal. "Este nuevo enfoque de la escritura de la historia es sólo comprensible desde una postura *reflexiva*, pues exige al investigador se pregunte por qué dice lo que dice del pasado, y deje de creer que el pasado se expresa sin su intervención".¹¹

El reto de Baxandall, que por lo que dice Niklas Luhmann es una exigencia de la sociedad contemporánea en su conjunto, y se puede sintetizar en la tesis de que "la realidad sólo es tal en tanto que es observada", es un planteamiento que pertenece a la epistemología constructivista que se puede profundizar en Paul Watzlawick. Por este postulado se destaca que no existe una realidad independiente de la observación que se hace de ella, pues no existe una "realidad en sí" que se expresaría por sí misma sin necesidad del observador. Siempre que se describe lo real en la sociedad actual es en función de un observador, de manera que las epistemologías constructivistas que parten de la operación de observar resultan apropiadas para explicar este cambio en la concepción de lo real en la modernidad.

En la sociedad moderna, dice Mendiola, la reflexión se vuelve necesaria para hablar de la realidad. La realidad no se impone ya como una realidad única e igual para todos. La teoría de la verdad como correspondencia ha sido sustituida por la teoría de la verdad como discurso. Y a todo esto, Mendiola se pregunta ¿por qué? Recoge una de las explicaciones sociológicas y dice: la modernidad es una

¹¹ *Ibid.*, p. 183.

sociedad policontextual que ya no produce consensos sino disensos, provocando que la única manera de continuar el diálogo sea preguntándose por qué el otro ve la realidad de otra manera, cuando ya la realidad carece de consistencia como para evitar que existan opiniones distintas acerca de ella. Es por eso que la sociedad moderna sólo puede reproducirse si y sólo si se toma la tarea de reconstruir los contextos de emisión.

Según esto, cuando Gadamer explica el nacimiento de la razón hermenéutica en la obra de Schleiermacher, muestra cómo en la modernidad ya no es posible entender a los interlocutores basándonos en el contenido de lo que se habla (el referente real), sino que es necesario pasar por el quién del que habla para comprender lo que dice. Observar al observador es la necesidad que se plantea entonces a la historiografía contemporánea. Claro que dicha contemporaneidad tendría que extenderse, cuando menos, a todo el siglo XX, si es que se recuerdan los planteamientos del historicismo. Aquí la cuestión es si de verdad puede "recostruirse" el llamado contexto de emisión.

Para Javier Rico Moreno en cambio, "la práctica de recurrir al 'contexto' para explicar un fenómeno ha generado el riesgo de construir una imagen distorsionada de la realidad"¹², porque se trata de unir lo que en la realidad está

¹² "Cultura e historiografía: una dimensión de la investigación historiográfica", en Saúl Jerónimo Romero y Carmen Valdez Vega, coordinadores, *Memorias del primer encuentro de historiografía*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1997, 432 pp. (Colección memorias; División de ciencias sociales y humanidades), p. 361-374. Se trata en realidad de una síntesis teórica de lo que fue la tesis de maestría en historiografía de Javier Rico Moreno, publicado ya bajo el título de *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución mexicana*, México, Universidad Autónoma

separado. La solución puede ser, en cambio, tratar de develar la relación entre las dos formas de construcciones simbólicas que son la historiografía y la cultura, a partir de las determinaciones de su aquí y ahora. Al menos esa es su propuesta para tratar de explicar el surgimiento de la historiografía revisionista de la revolución mexicana durante la segunda mitad del siglo XX.

Lo que merece atención entonces es

ese complejo tejido de relaciones en el que la historiografía puede comprenderse como una forma de representación cultural. De esta manera se diluye el espacio que implícitamente separa al objeto de su contexto; la cultura no es algo que rodea a la investigación historiográfica, sino que ambas son formas en las que se expresa la capacidad de simbolización.¹³

La idea de Rico Moreno es que los historiadores, sobre la base de la interpretación de las fuentes, lo que en realidad hacen es construir una representación de los acontecimientos pasados. Y es que definiendo de ese modo la obra historiográfica es posible visualizar la manera como en ella se expresa una particular forma de concebir la temporalidad, además de permitir la inclusión de la historiografía en el amplio conjunto de representaciones culturales que se producen históricamente en el ámbito de lo social.

Y por otro lado conduce a afirmar que la interpretación es sólo una parte del conjunto más amplio de operaciones que el historiador lleva a cabo. Ahora, la relación entre el historiador, la obra historiográfica y el lector quedan de manifiesto en un nuevo proceso de interpretación-representación-interpretación que se lleva

Metropolitana-Unidad Azcapotzalco; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, 272 pp. (Colección ensayos, 8).

¹³ *Ibid.*, p. 367.

a cabo como un acto cultural. La naturaleza de la obra historiográfica reside, por lo tanto, en su carácter de re-presentación escrita de acontecimientos humanos del pasado.

De este modo se le reconoce a la obra historiográfica su capacidad para dar cuenta de la manera en la que el historiador toma conciencia de su propia historicidad, al tiempo que se le ubica dentro del proceso amplio que es el fenómeno historiográfico, integrador de las múltiples interpretaciones y significaciones particulares captadas en los testimonios para conformar una totalidad significativa mediante la re-presentación escrita, así como del acto mediante el cual el lector emprende otra interpretación.

En la ilustración del proceso que conforma el fenómeno historiográfico, Rico Moreno atiende a diversos ámbitos de lo que él llama expresiones simbólicas para vincular la historia vivida y la historia escrita. Pero lo más importante es que al concebir a la historiografía como una práctica que interroga por el ser que adquiere la representación del pasado, el historiador adquiere la doble categoría de ser histórico y simbólico a la vez, capaz de dar significado a las cosas expresando simbólicamente su propia historicidad. Y esto no es banal, es para mí la confirmación de la necesidad que existe de estudiar la fenomenología del análisis historiográfico.

Otro caso es el de Evelia Trejo, cuyo libro *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión religiosa en México*¹⁴ es un

¹⁴ México, Fondo de Cultura Económica; Facultad de Filosofía y Letras. UNAM; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001, 453 pp. (Sección de obras de historia).

buen ejemplo de la adecuación de posiciones como las de J. E. Hexter y Hayden White acerca de la historiografía, pero sosteniendo que ésta es “una manifestación de la historia de las ideas”, siendo las ideas, “no sólo tan hechos históricos como los que más lo sean, sino aquellos hechos históricos de que dependen los demás”, como dijera de ellas José Gaos.

Entendida la obra de Zavala como un hecho historiográfico que, como tal, es concebido como un cuerpo de proposiciones en ciertas relaciones, susceptible de ser ubicado como una unidad de orden superior dentro del amplio territorio de la historiografía, queda considerado su aspecto retórico. Pero el papel del historiador no queda supeditado al texto historiográfico, sino que es el puente entre la realidad histórica que lo genera y la del pasado que relata.

El autor, la obra y el asunto tratan de ser integrados como los tres factores de la obra a un mismo nivel de importancia, aunque la segunda se sitúa como el campo donde están sembradas las ideas y creencias del autor y de donde se obtendrá la respuesta a la pregunta por el tratamiento de la cuestión religiosa objeto del microanálisis en términos de Hexter.

Sin embargo, si se ve con detenimiento, resulta que no es el espacio de la producción lo más importante, sino el de la recepción, incluso aquella desemboca en esta. La “simple finalidad de exponer de manera analítica en qué consiste el discurso de Lorenzo de Zavala” dirige su atención hacia la utopía del liberalismo decimonónico, que transformado en ideología, ha resultado indispensable para el ejercicio del poder civil y para la comprensión del proceso de secularización de la sociedad mexicana, sirviendo a los lectores de su tiempo y de tiempos posteriores como material apropiado para entender la realidad mexicana, además de

respaldar un aparato ideológico que aún en la actualidad articula más de un discurso que presume comprender lo que es México.

Y esto, a pesar de que insiste únicamente en el caso histórico de Zavala, de su mensaje, porque al final, éste es un asunto de sus lectores. Más que fijar la atención en lo acertado o no de la relación entre autor, obra y asunto, conviene mirar hacia la posibilidad de relacionar la captación del mensaje con su efectucción por parte del lector.

Leer y escribir de un modo peculiar, las dos acciones en las que también Sonia Corcuera ha hecho consistir el trabajo de los historiadores.¹⁵ Leer para conocer y escribir para comunicar, porque Corcuera no cree que los razonamientos constructivos estén presentes desde antes de la escritura. Su libro de *Voces y silencios en la historia* podría pertenecer a esa forma de hacer historia de la historiografía a través de los historiadores y su mundo, porque le interesa dar cuenta de los más curiosos, los más brillantes, los más inquisitivos, los más dedicados, los mejores, los que escribieron para comunicar algo todavía no dicho, o no dicho de esa manera.

También podría no haber sido siquiera mencionado porque se presenta como un conjunto de ensayos que pretenden mostrar las mejores maneras de escribir historia que han existido. No hay un modelo, tal vez porque quiere ser un libro de difusión que sirva para enseñar en qué ha consistido hacer historia. Aunque creo que no lo hay, sobre todo, porque quiere parecer una historia

¹⁵ Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 424 pp. (Sección de obras de historia).

posmoderna de la historiografía, donde todas las formas de escribir historia son buenas, válidas y actuales; ninguna es perfecta, completa ni atemporal.

La pregunta posible sería aquí la misma para Alfonso Mendiola y para Sonia Corcuera: ¿para qué sirve al final observar al observador y ver que todas las observaciones son válidas? ¿Qué tipo de diálogo se podría comenzar o continuar desde ahí? ¿No sería eso, al final, volver al principio y querer reconstruir el mundo del historiador porque es del sujeto de quien depende todo?

Conclusiones

La definición de la historia de la historiografía y del análisis historiográfico consiste en el esclarecimiento de los dos aspectos esenciales de un mismo problema. Es innegable que pueden distinguirse históricamente; tratar de encontrarles un mismo origen sería tanto como querer ocultar lo que la investigación ha revelado. Sin embargo, su relación no debe entenderse simplemente como el producto de una evolución hacia formas más elaboradas o de sistematización. No se puede admitir la presencia de un proceso evolutivo que implica siempre la superioridad del presente frente al pasado.

Tampoco puede decirse ya que el análisis historiográfico sea el método propio para la historia de la historiografía, esta última manera de definir la relación parece la menos desencaminada, porque, efectivamente, desde el siglo XVII hubo lógicos que definieron al análisis como un método, pero también ha sido posible definir al análisis como descripción o interpretación de un objeto, descomponiéndolo en los elementos que lo conforman. Sin ir demasiado lejos en la etimología o en la historia del concepto y el significado de la palabra, decir "análisis historiográfico" es todavía sólo decir el *qué de la investigación*.

Sobre el camino trazado por Kant y Hegel es posible afirmar que el reconocimiento de datos puede tomarse como carácter fundamental del procedimiento analítico y como el que más claramente lo distingue del sintético de la metafísica anterior. Pero hay más, a las filosofías modernas y contemporáneas se debe que el procedimiento analítico lleve a la eliminación de realidad o de

conceptos "en sí", absolutos e independientes de toda observación o verificación y presupuestos como realidades últimas.

Hay en esto un sustrato de empirismo cuyas ventajas o desventajas tendrían que discutirse, pero lo importante es que entendiendo así el procedimiento analítico, antes que oponernos francamente al conocimiento de lo que es necesariamente y "en sí", fijamos la mirada en lo que, como dice Aristóteles, "no es ni siempre ni necesariamente", acaso una definición que se ajusta muy bien a la historiografía, y sobre todo pone en claro que el análisis permanece en el *qué* de la investigación aunque ya permita vislumbrar un *cómo*.

Otra manera de explicar la relación entre historia de la historiografía y análisis historiográfico consistiría en decir, parafraseando a Benedetto Croce, que el universal que se debe pretender es la historia de la historiografía, aunque en realidad sólo se pueda hacer análisis historiográfico, no porque resulte más sencillo uno que otro, sino porque la misma investigación determina el campo de lo posible como objeto.

Esto significaría que aquello que se deba entender ahora por historia de la historiografía ha de partir, naturalmente, de considerar como parte de sí la problemática del significado "historia". Primero porque sólo así es posible situarse en el horizonte adecuado de comprensión desde el cuál interpretar una forma pasada de rememoración. Y segundo porque sólo atendiendo a la simultaneidad anacrónica del concepto "historiografía" se podrá decidir de qué se escribe historia de la historiografía. Porque el concepto de "historiografía" se ha utilizado en diversos momentos, pero no ha sido siempre el mismo.

En eso estriba la imposibilidad de decidir sin ambigüedades si la historia de la historiografía es historia del pensamiento, de la cultura, de la ciencia o del discurso, o si es todo a la vez. Lo fundamental consiste en encontrar lo que más propiamente es la historia de la historiografía, pero no sustituyendo metonímicamente el nombre del todo por el nombre de una de sus acepciones, sino yendo hasta el fondo de su problema, respondiendo satisfactoriamente para qué sirve conocer por la mediación del análisis historiográfico una situación dada en el seno de la historia de la historiografía.

Por eso es justificado emplear el método de la fenomenología en el estudio de la historia de la historiografía. Porque sólo la fenomenología, al convertirse en el *cómo* de la investigación, permite entender la relación que hay entre la historicidad (*Geschichtlichkeit*) como temporalidad humana auténtica y la historiabilidad (*Historizität*) como condición de posibilidad para comprender la determinación de la existencia humana en aquella. Sólo así puede entenderse de verdad, en todo su valor y amplitud, la historia de la historiografía, haciendo del análisis historiográfico una analítica existencial. Aunque estudiar de verdad la fenomenología del análisis historiográfico es una segunda vuelta lógica de lo que apenas se hecho en el presente trabajo.

Con lo dicho, tal vez sea factible rechazar también la relación que desde ciertos estructuralismos se pueda sugerir entre la historia y el análisis de la historiografía o de lo historiográfico. La distinción entre acontecimiento y estructura es artificialmente ahistórica. También las estructuras se construyen, se inventan, y por lo tanto tienen una historia que se puede contar, y contar no es simplemente describir, sino pensar, describir y analizar. Es en ese sentido que me atrevo a

afirmar que el estructuralismo no es el que puede ser la superación y continuación del historicismo en el tema de la historia de la historiografía, sino la hermenéutica fenomenológica. Creo que el estructuralismo no responde a la cuestión última de la constitución del ser de lo histórico porque tampoco desarrolla la problemática de la existencia historiadora.

Esto conduce, por otro lado, a valorar positivamente lo que se ha hecho en México dentro de la reflexión acerca de la historia de la historiografía, y sobre todo a percibir muy claramente cómo es que dicha reflexión no sólo no se encuentra rezagada con respecto de las preocupaciones teóricas de otras latitudes, sino que hasta ha tratado de resolver cuestiones con las cuales las teorías narrativistas e incluso hermenéuticas se han enfrentado después. Decir esto no es simple anhelo de elevación provinciana, sino otra de las conclusiones que, según creo, se pueden obtener de la investigación.

Qué decir entonces de la forma que se ha querido imprimir al presente trabajo. Es preciso insistir en los objetivos que privaron en la primera parte: Es imposible desligar el nacimiento de la historia de la historiografía del intento decimonónico por instituir una ciencia de la historia, de modo que incluso la importancia concedida al mundo del historiador aparece como un asunto que se pliega o que polemiza, pero que depende de la cientificidad de la historia. Con toda seguridad el primer giro que transforma y proyecta la relevancia de la historia de la historiografía es el que corresponde a la historia de las ideas y al relativismo existencial-historicista, porque ella se vuelve un asunto de incumbencia cultural y espiritual.

Para ilustrar mejor esto último, e incluso llegar hasta la importancia teórica que hemos considerado aquí para la historia de la historiografía, se puede recordar que, si la mejor forma de decir lo que algo sea, es contando su historia (y en eso reside la historicidad), entonces la historia de la historiografía consistiría a su vez en una forma de contar lo que los hombre han contado de su propio ser. Así se confirma, creo, por qué el análisis historiográfico debiera constituirse en una analítica existencial antes que estructural.

Y esta conclusión, naturalmente que nos lleva directamente a la filosofía de Martin Heidegger, en donde se percibe claramente cómo la historiografía puede ser *otro cómo de la vida fáctica*, que como movimiento fundamental suyo, en la temporalización de su ser no se ocuparía del ser, sino de cómo le es adecuada al presente la originariedad alcanzada en la situación hermenéutica *elegida y conformada*.

La segunda parte del trabajo entra ya directamente al problema del análisis historiográfico, como aquello que en el fondo consiste la tarea de la historia de la historiografía y revela la importancia teórica de ésta. Y no se trata de un desfile, o avalancha en el peor de los casos, de unas cuantas ideas interesantes que se encuentran en los escritos de historiadores, filósofos y semiólogos. Si acaso no se hubiese percibido la intención es preciso hacerla explícita, porque no todo es válido. Esta segunda parte es realmente el trabajo preparatorio para llegar a la fenomenología del análisis historiográfico, entendido como análisis del comprender historiográfico en que se construye y problematiza la relación entre historicidad e historiabilidad. Esa es de verdad la problemática para la cual considero el resultado de este trabajo apenas como un punto de partida.

Bibliografía

- Altamira, Rafael, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948, 255 p.
- Barnes, Harry Elmer, *A History of historical writing*, University of Oklahoma, 1938, X-436 pp.
- Barthes, Roland, "El discurso histórico", traducción por José Rubén Romero con la colaboración de Javier Manríquez, *Históricas*, número 12, mayo-agosto 1983, p. 21-32.
- Becker, Carl L., "What is Historiography", *American Historical Review*, núm. 44, 1938, p. 20-28.
- Berenzon Gorn, Boris, "Entrevista a Álvaro Matute", *Boletín Filosofía y Letras*, año 3, número 14, noviembre-diciembre 1997, p. 17-23.
- Bermejo Barrera, José C., *Entre historia y filosofía*, Madrid, Akal, 1994, 251 pp.
- , *Fundamentación lógica de la historia: Introducción a la historia teórica*, Madrid, Akal, 1991, 96 pp. (Akal universitaria; serie interdisciplinar).
- Blanke-Scweers, Horst Walter, [reseña de *Historiographieggeschichte als Historik*], *Dilthey-Jahrbuch für Philosophie und Geschichte der Geisteswissenschaften*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, Band 8, 1992-1993, p. 389-391.
- Breisach, Ernst, *Historiography, Ancient, Medieval & Modern*, second edition, Chicago, University on Chicago, 1994, 481 pp.
- Camelo, Rosa, "Los contenidos en la historia de la historiografía", en Victoria Lerner Sigal, compiladora, *La enseñanza de Clío: prácticas y propuestas para una didáctica de la historia*, México, Centro de Investigaciones y Servicios Educativos. UNAM; Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990, 493 pp., p. 291-295.
- , "Jorge Gurría y la investigación historiográfica", en *De la historia: homenaje a Jorge Gurría Lacroix*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 17-28.
- , "Hombre e historia en los siglos XVI y XVII", en *Humanismo y ciencia en la formación de México*, Zamora, México, El Colegio de Michoacán; CONACYT, 1984, p. 157-162.
- , "La historiografía sobre la Colonia y el Instituto de Investigaciones Históricas", *Históricas*, número 64, mayo-agosto 2002, p. 2-10.

- Cantimori, Delio, *Los historiadores y la historia*, tr. de Antonio Prometeo Moya, pról. de Franco Cardini, Barcelona, ediciones península, 1985, 363 p.(Historia, Ciencia, Sociedad, 196).
- Carbonell, Charles-Olivier, *La historiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. (Breviarios, 353).
- , "Pour une histoire de l'historiographie", *Histoire de l'historiographie*, número 1, 1982, p. 7-23.
- Carrard, Philippe, *Poetics of the new history. French historical discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1998, XIX-256 pp.
- Cassani, Jorge Luis y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del Epos a la historia científica: Una visión de la historiografía a través del método*, Buenos Aires, Nova, 1961, 234 pp. (Biblioteca histórica).
- Certeau, Michel de, "Historia, ciencia y ficción", *Nexos*, octubre de 1981 México, pp.33-45.
- , *La escritura de la historia*, tr. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia, 1993, 372 pp.
- Collingwood, Robin G., *Autobiografía*, traducción de Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 163 pp.
- , *Idea de la historia*, tr. de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, 2ª. Ed., México, FCE, 1988. 323 p.(Sección de obras de filosofía) p.244.
- , *The Idea of History: with lectures 1926-1928*, with an introduction by Jan van der Dussen, Oxford, University Press, 1993, LII-510 pp.
- Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia: siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 424 pp. (Sección de obras de historia).
- Croce, Benedetto, *Teoría e historia de la historiografía*, tr. de la 5ª. Ed. Italiana por Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1953, 300 p.
- , *La historia como hazaña de la libertad*, tr. Enrique Díez-Canedo, México, FCE, 1942. 369 p. (Colección de obras históricas).
- Cook, Albert Spauling, *History/Writing*, Cambridge, Cambridge University, 1988, 275 pp.
- Chávez Orozco, Luis, *Ensayos de crítica histórica*, México, s.e., 1939, 190 p.
- Chinchilla Pawling, Perla, "¿Es posible enseñar historiografía?", *Historia y grafía*, Universidad Iberoamericana, número 9, 1997, p. 300-306.

- De Gubernatis, Ángel, *Historia de la historiografía universal*, pról. de Rómulo D. Carabia, epílogo de Juan F. Turrens, con ampliaciones, notas y enmiendas de ambos, Buenos Aires, Ediciones C.E.P.A., 1943. 316 p.
- Escobar Peñaloza, Edmundo Felix, "Breve esquema de la historiografía mexicana", *Anuario de historia*, Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, vol. VI, 1969, p. 101-106.
- Florescano, Enrique, *Historia de las historia de la nación mexicana*, dibujos de Rúl Velásquez, México Taurus, 2002, 530 pp. (Pasado y presente).
- , *Memoria mexicana*, dibujos de Raúl Velásquez, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, 604 pp. (Sección de obras de historia).
- , *La historia y el historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 91 pp. (Fondo 2000).
- , *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y arena, 1994, 229 pp.
- Florescano, Enrique y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1996, 558 p.
- Farolfi, Bernardino, "Historiografía" en *La cultura del novecientos*, 4, traducción de Miquel Martí, México, siglo XXI, 1985, p. 233-260.
- Fernández Álvarez, Manuel, *Breve historia de la historiografía*, Madrid, Editora Nacional, 1955, 126 pp.
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, tr. de Aurelio Garzón del Camino, México, siglo veintiuno editores, 1997, 355 pp. (Teoría).
- , "Nietzsche, La Genealogie, L'Histoire", en *Hommage a Jean Hyppolite*, París, Ed. PUF, 1971, p.145-172.
- Fueter, Eduard, *Historia de la historiografía moderna*, tr. de Ana María Ripullone, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953. 2v.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, trucción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Sígueme, 1997, 697 pp. (Hermeneia, 7).
- y Reinhart Koselleck, *Historia y hermenéutica*, introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina, Barcelona, Paidós; I.C.E. de la Universidad de Barcelona, 1997, 125 pp. (Pensamiento contemporáneo, 43).
- Gaos, José, *De antropología e historiografía*, Xalapa, Veracruz, México, Universidad Veracruzana, 1967, 318 pp. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias; 40).

- , *Historia de nuestra idea del mundo*, en *Obras completas XIV*, nueva edición cotejada con el manuscrito original y prólogo de Andrés Lira, México, UNAM, 1994, 791 pp. (Nueva biblioteca mexicana, 116).
- Gargallo de Castel Lentini, Gioacchino, *Historia de la historiografía moderna*, México, Fontamara, 1997, v. 1.
- González y González, Luis, "75 años de historia en México", *México. 75 años de revolución. T. IV. Educación, cultura y comunicación. 2*, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la revolución Mexicana, 1988, pp.649-704.
- Obras completas VI. La ronda de las generaciones*, México, Clío, 1997, 348 p.
- Gooch, Georg P., *Historia e historiadores en el siglo XIX*, tr. de Ernestina Champourcin y Ramón Iglesia, México, FCE, 1977, 607 p. (Sección de obras de historia).
- Hegel, Georg Wihelm Friedrich, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, prólogo de José Ortega y Gasset, advertencia y traducción de José Gaos, Madrid, Alianza Editorial, 1997, 700 pp.
- , *Introducción a la historia de la filosofía*, traducción del alemán y prólogo de Eloy Terrón, Buenos Aires, Aguilar, 1980, 302 pp. (Biblioteca de iniciación filosófica, 42).
- Hexter, J. H., "Historiografía: La retórica de la historia", en *Enciclopedia de las ciencias sociales*, Bilbao, Aguilar, volumen 5, 1979, p. 451-472.
- Iggers, Georg G., *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middleton, Connecticut, Wesleyan University, 1988, XII-363 pp.
- , *New directions y European historiography*, revised edition, Wesleyan University, 1984, 267 pp.
- , *La ciencia histórica en el siglo XX: tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books, 1998, 189 pp.
- Iglesia, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, 2a. ed., pról. de Juan A. Ortega y Medina, México, Secretaría de Educación Pública, 1972. 328 p. (Septentas, 16).
- Leonard, Irving A., *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 399 pp. (Sección de Lengua y Estudios Literarios).

- Kosellek, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, 368 pp. (Paidós Básica, 61).
- , *L'expérience de l'histoire*, Paris, Gallimard; Seuil, 247 pp. (Hautes études).
- LaCapra, Dominick, *History and Criticism*, Ithaca and London, Cornell University, 1985, 145 pp.
- Lefebvre, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1975, 338 p. (Novocurso, 38).
- Le Riverend, Julio, "Problemas de historiografía", *Historia mexicana*, número 1, volumen III, julio-septiembre 1953, p. 52-68.
- Luhmann, Niklas, *Ilustración sociológica y otros ensayos*, versión castellana de H.A. Murena, Buenos Aires, Sur, 1973, 183 pp. (Estudios alemanes).
- Matute, Álvaro, "Crónica: historia o literatura", *Historia mexicana*, número 184, abril-junio 1997, p. 711-722.
- , "El elemento metahistórico. Propuesta para una lectura analítica de la historia"; *Ciencia y desarrollo*, nueva época, vol. XX, núm. 116 (mayo-junio de 1994), pp.62-66
- , "El positivismo, la Revolución y la historiografía mexicana", mecanuscrito de la ponencia presentada en el 1er. Coloquio de análisis historiográfico, UNAM, agosto de 1978.
- , "La Revolución mexicana y la escritura de su historia", *Revista de la Universidad de México*, v.XXXV, nueva época, núm. 9, enero 1982, p.2-6.
- , *La teoría de la historia en México 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública-Diana, 1981, 205 p. (Sepsetentasdiana, 126).
- Matute, Álvaro y Evelia Trejo, "Veinte años de la historia de la historia en México", en *Memorias del simposio de historiografía mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas: Gobierno del Estado de Morelos: Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM, 1990. 843 p.
- Meinecke Friedrich, *El historicismo y su génesis*, tr. de José Migarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina, México, FCE, 1982. 524 p. (Sección de obras de historia).
- Mendiola, Alfonso, *Bernal Díaz del Castillo. Verdad romanesca y verdad historiográfica*, 2ª. ed., México, Universidad Iberoamericana, 1995, 171 pp. (Serie Historia y Grafía, 4).
- , "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", *Historia y grafía*, México, Universidad Iberoamericana, Número 15, 2000, p. 181-208.

- Mendiola, Alfonso y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", *Historia y grafía*, México, Universidad Iberoamericana, Número 4, 1995, p.245-261.
- Megill, Allan, "Historiography/ Philosophy of Historical Writing", en Kelly Boyd, ed., *Encyclopedia of historians and Historical writing*, London, Fitzro, 1999, 2 v., vol. 1, p. 539-543.
- Mignolo, Walter D., "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en Luis Iñigo Madrigal, comp., *Historia de la literatura hispanoamericana (época colonial)*, Madrid, Cátedra, 1992. Tomo I, p. 70-75.
- , "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Language Notes*, volumen 96, p. 358-402.
- , *Textos, modelos y metáforas*, Xalapa, Veracruz, México, Centro de Investigaciones Lingüístico-literarias; Instituto de Investigaciones Humanísticas. Universidad Veracruzana, 1984, 268 pp. (Cuadernos del Centro, 16).
- Momigliano, Arnaldo, *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, tr. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1997. 330 p.(Sección de obras de historia).
- , *La historiografía griega*, tr. de José Martínez Gázquez, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, 306 p.(Crítica/ Historia, 30).
- Moradiellos, Enrique, *Las caras de Clío: una introducción a la historia*, México, Madrid, Siglo Veintiuno, 2001, 170 pp.
- , *El oficio de historiador*, 3ª. Ed., México, Siglo Veintiuno, 1997, XII-158 pp.
- Muriá, José María, en *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 223 p. (Sepsetentas, 76).
- , *Un panorama de la historia de la historiografía mexicana*, Guadalajara, Jalisco, Universidad de Guadalajara, s.f., 39 p.(Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras).
- Netchkina, Milica Vasilevna, "L'histoire de l'historiographie. Problèmes méthodologiques de l'histoire de la science historique", *Histoire de l'historiographie*, número 2, 1982, 108-111.
- Novick, Meter, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*, traducción de Gertrudis Payas e Isabel Vericat, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, 2 v. (Colección itinerarios).
- O'Gorman, Edmundo, "La conciencia histórica en la Edad Media", en *Del cristianismo y la Edad Media*, México, El Colegio de México, 1943. p. 31-59.

- , *Cuatro historiadores de Indias, siglo XVI*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 251 pp. (Sepsetentas, 51).
- , *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, UNAM. Centro de Estudios Filosóficos, 1951, 417 pp. (Ediciones del IV centenario de la Universidad de México).
- , "La Revolución mexicana y la historiografía", en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960, 220 pp. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 7).
- , "Sobre la obra de Luis González Obregón", *Letras de México*, vol. I, núm.31, 1938, p.2
- Pappe, Silvia, coordinadora, colaboración de Guillermo Zermeño, *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana. Azcapotzalco; Universidad Iberoamericana, 2000, 503 pp. (Biblioteca de ciencias sociales y humanidades. Serie Historia-Historiografía).
- Rama, Carlos M., *La historiografía como conciencia histórica*, Barcelona, Montesinos, 1981, 135 pp.(Biblioteca de divulgación temática, 4).
- Rancière, Jacques, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, tr. Viviana Claudia Ackerman, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, 127 pp. (Colección diagonal).
- Rico González, Víctor, *Iniciación a la historiografía universal*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, 199 pp.
- , *Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*, prólogo de Rafael García Granados, México, Instituto de Historia. UNAM, 218 pp.
- Rico Moreno, Javier, "Cultura e historiografía: una dimensión de la investigación historiográfica", en Saúl Jerónimo Romero y Carmen Valdez Vega, coordinadores, *Memorias del primer encuentro de historiografía*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1997, 432 pp. (Colección memorias; División de Ciencias Sociales y Humanidades), p. 361-374.
- , *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, 272 pp. (Colección ensayos, 8).
- Ricoeur, Paul, *Historia y narratividad*, introducción de Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque, Barcelona, Paidós; I.C.E. de la Universidad de Barcelona, 1999, 230 pp. (Pensamiento contemporáneo, 56).

- , *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico*, traducción Agustín Neira, traducción de la edición española por Manuel Maceiras, México, siglo XXI, 1998, 371 pp. (Lingüística y teoría literaria).
- , *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Seuil, 2000, 675 pp. (L'ordre philosophique).
- Ritter, Harry, *Dictionary of concepts of History*, New Cork, Greenwood, 1986, 490 pp. (Referente Sources for the Social Sciences, 3).
- Romero, José Luis, "Sobre los tipos historiográficos", *Logos. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, Universidad de Buenos Aires, año II, No. 3, 1943, p.105-109.
- , *De Heródoto a Polibio: el pensamiento histórico en la cultura griega*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1952, 144 pp.
- Rüsen, Jörn, *Geschichte im Kulturprozess*, Köln, Böhlau, 2002, X-298 pp.
- Sánchez Quintanar, Andréa, "Tres socialistas en la historiografía mexicana contemporánea", *Anuario de la Escuela de Historia*, Universidad Michoacana de San Nicolás-Hidalgo, vol. II, 1977, p. 37-52.
- , "El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre", *Anuario de Historia*, Facultad de Filosofía y Letras, vol. VI y VII, 1966-1967, p. 65-90.
- Shotwell, James T., *Historia de la historia en el mundo antiguo*, tr. Ramón Iglesia, México, FCE, 1982. 430 pp. (Sección de obras de historia).
- Thierry, Agustín, *Consideraciones sobre la historia de Francia*, tr. Nélica Orfila, estudio preliminar de José Luis Romero, Buenos Aires, Editorial Nova, 1944. 218 pp. (Serie los historiadores ilustres).
- Thompson, James Westfall, *A History of historical writing*, colab. of B. J. Holm, Gloucester, Mass., P Smith, 1942, 2v.
- Trejo Estrada, Evelia, *Los límites un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión religiosa en México*, México, Fondo de Cultura Económica; UNAM. Facultad de Filosofía y Letras; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001, 453 pp.
- , "Voces y silencios en la historia", *Boletín Filosofía y Letras*, año 3, número 14, noviembre-diciembre 1997, p. 10-14.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Historia de la historiografía*, México, Pormaca, 1965. 178 pp. (Colección Pormaca, 14).
- , *La historia de la historiografía mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990, 30 pp. (Historia temática).

- Veit-Bruse, Irmeline, "Paradigms, Schools, Traditions. Conceptualizing shifts and changes in the history of historiography", *Histoire de l'historiographie*, número 17, 1990, 50-65.
- Villegas Moreno, Gloria, *Asedio a Teja Zabre*, México, Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, s.d., 54 pp. (Cuadernos de becarios, 4).
- , "El viraje de la historiografía mexicana frente a la crisis revolucionaria (1914-1916)", *Anuario de Historia*, Facultad de Filosofía y Letras, vol. XI, 1983, p. 213-229.
- , "La visión histórica de Emilio Rabasa", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. V, 1976, p. 119-131.
- Villoro, Luis, "Historia de las ideas", en *Veinticinco años de investigación histórica en México*, edición especial de *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1966. pp.11-45.
- Wagner, Fritz, *La ciencia de la historia*, traducción directa de Juan Brom, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, 593 pp. (Problemas científicos y filosóficos, 9).
- Walker, Lawrence, "The History of Historical Research and Writing Viewed as a Branch of the History of Science", *Histoire de l'historiographie*, número 2, 1982, 102-107.
- White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, ediciones Paidós, 1992, 229 pp. (Paidós básica, 58).
- , *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, The John Hopkins University, 1999.
- , *Metahistoria. La imaginación histórica europea en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 432 pp. (Sección de obras de historia).
- , "La lógica figurativa en el discurso moderno", entrevista realizada por Alfonso Mediola, *Historia y grafía*, México, Universidad Iberoamericana, Número 12, 1999, p. 219-246.
- , "Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier", *Historia y grafía*, México, Universidad Iberoamericana, número 4, 1995, pp.317-329.
- , "El texto historiográfico como artefacto literario", *Historia y grafía*, México, Universidad Iberoamericana, Número 2, 1994, p. 9-34.
- Wilde, Oscar, "El nacimiento de la crítica histórica" *Obras*, Madrid, EDAF, 1965, p.1465-1536.